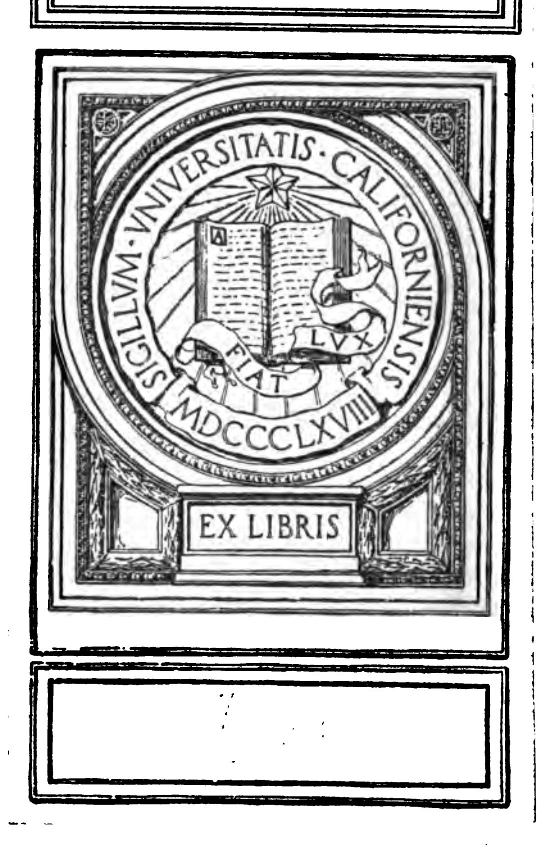

UC-NRLF
$B 268 289


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
LVX
FIAT
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

¡AVANTE!

¡AVANTE!

(NOVELA)

POR

EL CONDE DE LAS NAVAS



JOSÉ MANUEL DE LA CUESTA, EDITOR
Madrid-Valladolid.
1904.

TIRADA DE 500 EJEMPLARES

A LOS SEÑORES

CONDE DE BERNAR

Y

MARQUÉS DE LEMA

Mis mejores amigos: Ahí va ese melón sin calar; que al público le parezca jugosa y perfumada piña. Me atrevo á dedicaros ¡AVANTE! *con el propósito de que mi libro contenga algo bueno—vuestros respetables y queridos nombres impresos al principio,—y como testimonio de la amistad que nos une, hace más de veinte años, sin interrupciones, tibiezas ni egoismos.*

Dios haga que nuestros hijos se quieran como os quiere

JUAN GUALBERTO.

Madrid, 26 de Junio, 1904.

I

Desde las bambalinas.

Cuantos hayan visto por las calles de Madrid, en los carros de la «Comisaría del Parque y Jardines» balancear el pino, el plátano ó la acacia que trasplantan los jardineros de la Villa, para adorno de plazas ó paseos públicos, podrán figurarse, aproximadamente, el pelaje y hechuras de *Mafañera* en el punto y hora en que le presento.

Tenía por aquel entonces cuarenta años, mes más ó menos, la tez curtida, la barba de patriarca, y, como el pelo, rubia tostada; los ojos grandes, tristones, más negros que la miseria y el abandono juntos; las formas hercúleas, la estatura casi gigantesca, y el aire muy simpático, aunque tan desgarbado como cuando, rapaz, descalzo de pie y pierna, pescaba esquilas en el *Pedreo del Conexal*, ó, por las agallas, extraía el corazón á un bonito que, arrojado desde la trainera, rebotaba sobre la arena del puertecito de La Espina tiñéndola de sangre.

Dando elocuentes muestras de impaciencia, iba nuestro hombre por el camino viejo

que conducía (antes de abrirse la moderna carretera) desde la industriosa villa de Don Enrique II á la capital del concejo de Contrueces, al caer de una tarde á fines de julio.

Tumbo aquí, tropezón más allá, al trote cochinero de una jaquilla navarra (que á menos luz se hubiese confundido con un puerco-espín) en desvencijado birlocho, avanzaba *Mafañera* sin cesar de sacudir lapos sobre los descubiertos costillares de la caballería. Así, guardando el equilibrio y dándose con las rodillas en la barba, ganó por fin el viajero la cúspide de la cuesta que llaman de la *Formiga*, más agria que el camino de la perfección, y á respetable altura sobre el nivel del mar.

Mafañera dejó entonces de apalear el caballejo, que paró en firme hecho un jabón; abandonó las riendas, se quitó el sombrero, sin forma ni apresto, azul obscuro, lleno de abolladuras y con el ala doblada sobre la frente, á modo de visera: se limpió el sudor con un gran pañuelo de seda, y después de estirarse, como metro doblado ó anteojo de larga vista, saltó al suelo. Tomó luego del diestro la jaquita, metió el birlocho por una vereda lateral, abierta entre prados y maizales, y al extremo de aquélla, en una encrucijada, abandonó el tren.

El penco la emprendió acto continuo con una sebe de zarzas, en flor á la sazón, y el

hombre, avanzando más hacia la derecha, entróse resueltamente por un *abertal* y fué á colocarse delante de unas ruinas revestidas de *escayos, nisales* y *espinelas.*

Mafañera respiró entonces con la satisfacción del buzo que sube á tierra, al quitarse el escafandro, y derramó la vista, rebosando ternura, por el hermoso panorama que desde aquella eminencia se domina.

Allá abajo, en frente, á derecha y á izquierda, el mar, sin límites visibles como el pensamiento y la esperanza; confundiéndose con el cielo en el horizonte, como la vida y la muerte se confunden; jamás rendido, pareciéndose en esto al dolor humano, y en lo amargo de sus aguas á la realidad, que al fin y al cabo no es otra cosa que el hueso en la tentadora fruta de la ilusión. El mar, más que la tierra, cruel y avaro de sus infinitas riquezas; el mar sobre cuya ingrata y liviana superficie se juegan de diario la vida, para ganársela miserablemente, tantos héroes ignorados, tantos infelices que se dejan en la playa, cuando se embarcan, la mitad del alma.

El coloso reposaba sin cuidarse de las gaviotas, *pardiellas* y cuervos marinos, de las traineras y de los *calderones,* los cuales, dando saltos y volteretas, á modo de negras ruedas dentadas, alteraban la verde superficie.

Hombres, aves y peces iban y venían tras la sardina, tan desgraciada, con sino tan infausto, que sirve de cebo ó carnaza para toda clase de pesca y es perseguida sin tregua ni descanso por cuanto bicho vive en el mar ó vuela sobre éste.

El *Cabo Probas*, hacia la derecha, como arrojado nadador, se entraba resueltamente en el agua, y más allá la *Punta del Carballo* se perdía entre la borrina, que tampoco dejaba ver el *Faro de Tazos*.

Concha abandonada sobre la arena, parecía el risueño puertecito con su *cay* en forma de un 3 imperfecto. Colgando de sus paredones se oreaban velas y boliches, y meciéndose en la ribera ó tumbadas sobre la arena candente descansaban las lanchas pescadoras como caballos de carrera después de disputarse el premio.

Á la izquierda de la *Punta de Cutre,* gran peñasco rojizo pegado al muelle, la vegetación, suspendida como una colgadura, bajaba desde lo alto hasta dejarse bañar por las olas.

Tupidos prados alfombraban la superficie de aquel cabo en miniatura, y en su punta la enjalbegada ermita de San Telmo hacía veces de faro.

En la falda del peñasco, por el lado opuesto, la brisa columpiaba dulcemente los *respigus* del maíz, esbeltísimos penachos que el

sol iba dorando, y las copas de los chopos de temblorosas hojas, que en hilera surgían tras las tapias de un *celleru*. Sin interrumpirse la línea se alzaban más allá los mástiles secaderos de las redes que, colgadas de remos y goteando, suben al hombro desde el puerto aquellos honrados pescadores, quienes en sus disputas y querellas, así tengan la nuez nadando en sidra, no se acuerdan jamás de la faca marinera que llevan atravesada en la faja.

El caserío, como piara de cabras de muy vario pelo, paciendo en las vertientes, se desparramaba á un lado y á otro de la carretera, sin orden ni concierto: aquí la casita-Ayuntamiento, sobre cuya fachada se destaca el escudo nacional ennegrecido por las brisas saladas, junto á un antiguo caserón restaurado que llaman «el Palacio»; mucho más arriba, el moderno edificio de escuelas municipales; luego la iglesia del Santísimo Cristo hacia el que vuelven los ojos en todas sus aflicciones pescadores y aldeanos, y por último, entre un maizal muy verde y un rastrojo como la yesca, el pobre cementerio de la villa, sin cipreses, sauces, mármoles ni coronas de trapo.

Ni la cárcel, ni el hospital, ni la plaza de toros... llamaban la atención por ningún lado; y en punto á cuarteles y fortalezas, desde donde *Mafañera* se recreaba, no

podían verse los restos del fuerte de San Telmo, en el que la hiedra cubría compasiva la herrumbre de dos cañones inútiles, abandonados desde la guerra de sucesión.

El martillo del tonelero, que preparaba barriles de escabeche; el canto del gallo, galanteador incansable; el piar truhanesco de una bandada de gorriones que jugaban al esconder en el seto vivo, ropaje de las ruinas; algún que otro graznido lejano de las mentadas aves marinas, y las canturias de los *rapazucus,* que limpiaba las embarcaciones en el puertecito, formaban un dulce concierto que tenía mucho de salmodia, de arrullo de niñera.

Al parecer todo era paz y harmonía en derredor: el arto se descolgaba por las peñas como si quisiera entrelazar sus espinosos tallos con la viscosa hojarasca de las *oclas;* el grillo, desde su agujero, dijérase que sostenía monótona plática con el *centollu* escondido en las quiebras de los peñascos azotados por las olas; y la gaviota se despedía al pasar del *aguión,* que ya estaba haciendo la maleta para trasladarse con su mujer á África. Las gotas de espuma, que salpica la mar cuando se estrella en las rocas de la costa, salaban las dulces gotas de rocío que en las puntas de las hierbezuelas, á la umbría, no pudo ó no quiso evaporar el sol de la mañana.

Aquella comarca, en fin, en la tierra y en el agua, bajo el cielo límpido y tranquilo, parecía entonar un himno á la paz y al trabajo, sin que, visiblemente al menos, las figuras de tan hermoso cuadro necesitasen poner en práctica las teorías de monsieur Windus, que sostiene la benéfica influencia del revólver en la moralización de los pueblos.

—¡Deme una *perrina*, señor,... para mi abuelo ciego!, dijo, á espaldas del viajero, una voz juvenil femenina, alegre, de timbre hechicero.

—Una limosna, señor,... murmuró otra voz cascada, hombruna, antipática, y en tono más de orden que de súplica.

Mafañera, que al escuchar á la mozuela alzó la cabeza al par que entornaba los ojos, para ver mejor y más pronto en la noche de sus recuerdos, al oir al mendigo se revolvió tan bruscamente como si hubiese sentido á sus espaldas la explosión de un barreno.

II

Pescando esquilas.

Por ocultarlo, precisamente, el cerro que le servía de observatorio, no era posible que viese *Mafañera*, desde aquella altura, el *Pedreo del Conexal*, al menos con los ojos de la cara. Pero cuando la joven, empujada por el mendigo, volvió la espalda repitiendo: «Dios se lo pague, señor, Dios se lo pague», el recuerdo más hermoso en la vida de aquel hombre, que tornaba á su patria después de veintidós años de ausencia, se desveló por completo, y entonces, con los ojos del alma, recorrió los ocultos peñascos y las arenas que fueron un día testigos de su felicidad.

«*Laína*, *Laína*, *llucerín* de la mañana!», murmuró el viajero, con infinita ternura, volviendo á inclinar la cabeza y entornando los párpados, como si quisiese aprisionar entre ellos la luminosa visión. Mientras tanto se alejaban hacia la cuesta de la *Formiga* el ciego, dando muchas vueltas entre los dedos á una pieza de dos pesetas, y su lazarillo volviendo la cara á cada paso, con gran curiosidad, para contemplar por última vez al generoso forastero.

¡Con qué lujo de pormenores fueron desarrollándose entonces en su memoria uno tras otro, todos los cuadros, las escenas todas, que se representaron aquella inolvidable mañana del 2 de agosto, á la hora de baja marea, en el *Pedreo del Conexal!*...

La tarde antes, *Laina,* asomada al *corredor,* había hecho una seña á *Mafàñera* deteniéndole al obscurecer, cuando él iba á la botica por un brebaje para la señora Ubalda su excelente ama.

Aguardó el mozo, bajó la joven, y dando ambos la vuelta á la fábrica de escabeches ocultos en la calleja vecina, llena de *llamuerga*, convinieron, en un dos por tres, en todos los pormenores de la expedición, tantas veces proyectada.

Aquella noche, Mafañera, tendido en su miserable colchoneta sobre las duras losas de la cocina de la fábrica, y junto á un pestilente rimero de *paxas* que goteaban *salmoria,* creíase acostado en los mullidos y riquísimos almohadones de *El Gran Turco,* y no pudo pegar los ojos.

¡Pescar esquilas á solas con *Laina!*...

«¡Madre de mi alma!... que me muera luego... ¿y qué?»

Provisto de un precioso *truel* (que él mismo había fabricado con fina malla, con un trozo de alambre de télegrafos y con una vara de avellano muy derecha), tan cuco,

que más que arte de pesca parecía manga para cazar mariposas; de un *tangarte* nuevecito, en cuyo fondo relucían tres sardinas frescas, y del gancho para los pulpos, por si acaso sorprendían alguno adherido á las peñas; arrimado al paredón, defensa de la carretera, al pie de la rampa que hay más allá de los baños, estaba agazapado *Mafañera*, á las ocho de la mañana, dándole el corazón tan grandes latidos, que parecían crujirle las costillas.

¿Acudiría la joven á la cita?

¿Habría querido, como otras veces, darle una broma pesada?

No; que tan gentil como *La Princesa Delgadina*, requebrada por su propio padre, según rezan los viejos romances asturianos, apareció la joven en lo alto de la rampa.

Venía vestida con airosa falda de percal rameado, á media pierna; traía los menudos pies, que apenas posaba en el suelo, calzados con zapatitos de lona, un pañuelo rojo de seda anudado al cuello, la cintura rodeada por un galón azul obscuro, la blusa del mismo color, y un sombrerillo de palma, en forma de cubilete y á listas horizontales rojas y blancas, como las medias.

El mozuelo, que con la baba caida, veía á la joven de arriba abajo, como á imagen suspendida en las nubes, abarcando en un instante y de una sola mirada aquel que le

parecía conjunto de perfecciones, no pudo contener un grito de júbilo y silbó agudamente para llamar la atención de su ídolo.

Laína bajó la cuesta disparada, y sin perder un segundo, sin hacer caso de las protestas de *Mafañera,* que quería llevar todo el peso de los útiles de pescar, se apoderó del *truel* y del *tangarte.*

Loca de alegría, comenzó á correr por el *pedreo* escudriñando el terreno.

Por fin, después de mucho ir y venir, entre los innumerables pozuelos que al bajar la marea habían quedado llenos de agua salada, dió con uno de su agrado, y junto á él se instalaron, sin consentir la muchacha sentarse sobre la blusa de *Mafañera,* doblada á modo de almohadón.

El agua del charco estaba tan clara como si hubiese pasado por un filtro. En el fondo, asombrado por las rocas, nadaban las esquilas semejantes á los finísimos caprichos de cristal que á la vista del visitante funden en las fábricas, con el candil-soplete. Encogiéndose y alargándose, hendían las aguas, sin alterarlas, aquellos extraños animalejos, nadando hacia adelante y hacia atrás, desde el fondo á la superficie y desde ésta al fondo: se distinguían á la simple vista las finas líneas de color vinoso que en sentido horizontal rodeaban sus transparentes cuerpecillos, sus delgadísimas antenas, sus

ojitos como puntas de alfileres y sus dobles parejas de patas. Aquellas esquilas eran de sombra, es decir, casi langostinos, y muchas de ellas tenían junto á la cabeza una inflamación semejante al haba de las algas marinas que crecían en el fondo de la poza.

Mafañera, con su navajilla, partió en tres pedazos iguales una sardina, atravesó un bramante como diámetro en la circunferencia de la boca del *truel,* y en el centro de la cuerda ató el cebo de forma que no quedase muy somero, sino algo hundido en el vacío del aparejo.

Así dispuesto, por el mango y con galante ademán, se lo ofreció á *Laína.*

—Aguarda un poco—dijo ella, acomodándose bien en la peña bordada de millares de *xorreros* (caracolillos no más grandes que los cañamones), de *musión* de *llámparas* y de *bígarus;*—aguarda, no quiero mojarme los zapatos y he de pescar hoy á mi gusto; pero vuélvete de espaldas hasta que yo te avise, ¿eh?... Y cruzando una pierna sobre la otra, se quitó en un instante los zapatitos y las medias.

¡Dios poderoso!... *Mafañera* sudaba gotas tamañas como altramuces: jamás había visto á la joven tan hermosa.

Tratando de separarse los cabellos que se le venían á la frente, con un movimiento brusco, derribó el sombrerito, que cayó en el

agua; y la brisa, metiéndose resueltamente por aquéllos, los agitó de un lado para otro, como si quisiera lucir su negrura y abundancia.

Mafañera, con atropellada solicitud, se inclinó al mismo tiempo que la joven en demanda del sombrerito que flotaba en el pozuelo: algunas hebras de endrina hicieron cosquillas al mozo en la frente, y sintió hervir su sangre con el *panizal* de la sidra.

Entonces quiso hablar para verse libre del peso de algo que llenaba su corazón hacía tiempo; pero la ruidosa carcajada de *Laína*, que había recobrado el sombrero, le cortó el aliento.

Por fin, fué sumergiendo aquélla el *truel* en la poza poco á poco, mientras *Mafañera*, para atraer á las voraces esquilas, silbaba en forma semejante á la que se emplea para animar al ganado en el abrevadero. Principiaron aquéllas enseguida á nadar en torno de la red por su parte externa, clavando los ojos en el pedazo de sardina, brillante como plata bruñida. Visto que por allí no conseguían picar, siempre recelosas, comenzaron á sortear el peligro é iban y venían, por encima de la boca del *truel*, del centro al borde, y viceversa, tratando de morder en el apetitoso cebo y salirse de la jurisdicción de la malla en un rapidísimo movimiento de avance y retroceso combinados. Como

alguna lograse su propósito, sin que el aparejo de pesca se moviese, las otras se confiaron más. *Mafañera,* sumamente práctico en tales escaramuzas, dirigía la maniobra.

—Tira pa fuera, que ya están seguras: una, dos, tres... Aguarda, aguarda. ¡Díos!... ¡esa qué grande! *Ye* un *llangostino*... ¡Ahora!

Y los animalejos saltaban dentro del *truel* como la langosta devastadora de los campos.

Alguna esquila, sobre todo al meter la mano en el aparejo para trasladarlas al *tangarte*, lograba salvar la red por lo alto y caer de nuevo en la agitada charca.

Cien veces se repitió la faena: en el barrilillo, casi mediado, bullía un enjambre de esquilas cubierto con *oclas;* pero *Laina* no se saciaba, ¡y vuelta á zambullir el *truel* en el pozuelo!

La aparición entre las quiebras del peñasco frontero, asiento del mozo, de un cangrejo negruzco que avanzaba de costado, distrajo á la niña, un momento, arrancándole la más alegre exclamación.

—No vale pa ná—dijo *Mafañera* en tono despreciativo, respondiendo al deseo de la joven apenas formulado.—Ye prieto, cangrejo de tierra, non matriculado... ¡Que me maten, si no hemos de aferrar una *piaña!* ¡Esas sí que mucho bien saben!

Como tuviesen aquella ya agotada, cambiaron de poza los pescadores.

Conviene advertir, que á más de las esquilas, y sin variar de aparejo, llevaba pescados ya *Laína* dos *pinxapos escamones,* una *sueya* y una barbada pequeñita que cayó por haberse distraido comiendo una *xorra.*

El nuevo estanque estaba situado en el centro de una especie de torre formada por las más altas rocas del *pedreo;* de suerte que, desde las más bajas, á las que llegaron los pescadores entrando por una abertura á modo de saetera, no se veía ni mar ni tierra, sino tan sólo un girón de cielo.

Antes de entrar en aquella especie de reducto, *Mafañera,* que caminaba detrás, se fijó en que la marea iba subiendo, y llamó sobre ésto la atención de *Laína.* La rampa que unía la playa con la carretera estaba lejos, y si el agua llegaba á cubrir la arena libre entre las rocas, sería muy difícil ponerse en salvo.

Pero la joven no se cansaba nunca, aunque ofreció detenerse muy poco. Para ganar tiempo había vuelto á calzarse.

Á los pocos momentos de haber sumergido el *truel* sintió que tiraban con fuerza, y vió aferrada al aro una especie de culebra con tentáculos: *Laína* retrocedió, presa de invencible repugnancia, y á punto estuvo de abandonar el aparejo; pero se repuso cuando vió que *Mafañera,* armado de gancho, exclamaba contentísimo:

—¡El pulpo, pulpo!

Inútiles fueron todos los recursos que el mozo empleó para enganchar al cefalópodo.

Cuando zambullía el gancho con un pedazo de sardina clavado en la punta, el pulpo estiraba uno ó dos brazos hacia la ambicionada presa; pero con vista de lince, al más pequeño movimiento del pescador volvía el cefalópodo á ocultarse debajo de la peña. Irritado *Mafañera,* y queriendo jugarse el todo por el todo, echó una sardina entera en la poza.

El pulpo, arrastrado por el apetito, fué saliendo poco á poco hasta enseñar la cabeza, y rápido como el pensamiento, aferró la sardina, mientras el mozo, no menos listo, logró engancharle por uno de los brazos mayores.

Laina dió un grito de júbilo.

—Tira, tira, que te lleva, que te lleva... ¡Se marchó!... ¡Mira; ha dejado en el gancho un pedazo del su cuerpo!

Mafañera, olvidándose por un instante de la joven, echó un terno como una boya, y dió con el gancho tan tremendo porrazo sobre las rocas, que *estrapalló* media docena de *llámparas.*

Y fué lo más original del caso, que como Aarón hizo brotar agua de la montaña, al herirla con la vara milagrosa, no bien el iracundo mancebo perpetró aquella injusta

venganza de que fueron víctimas inocentes las lapas, una ola furiosa azotó el fuerte natural en cuya base pescaban los jóvenes, y, entrando por la saetera, los inundó de espuma.

Tan blanco como ella se quedó *Mafañera*.

—¡Estamos perdidos!—exclamó *Laína* con desesperación, cruzando las manos, miéntras alzaba los ojos al cielo.

—Todavía no—repuso el mozo con acento animosísimo;—ni que fuese *punta nablero*, y también lo he corrido, y aquí me ves. No llores, *llucerín*. ¡Maldito pulpo; él tiene la culpa de todo!... ¡Y cómo debe de estar *amolando el diente* el indino, con el buen almuerzo que va á quedarle! Porque para navegar, hay que largar el lastre de la tu pesca. ¡Lástima de *truel!*... ¡era tan guapo! ¡Agárrate firme, y que el Santísimo Cristo nos valga!...

Mientras que así decía el mozo con notable ardimiento, después de haberse asomado por la tronera y abarcar con ojo de pescador en el Cantábrico las dificultades tremendas de la empresa que iba á acometer, obligó á *Laína* con un ademán imperioso á que montara sobre sus espaldas.

La joven no hizo la menor resistencia, y después de santiguarse y de exclamar él ¡avante!, suspendiendo de sus brazos las piernas de la joven, salieron del escondite.

El mar cubría el *pedreo* casi por completo, ocultando ya las rocas más pequeñas y estrellándose con creciente furia sobre las mayores. Por muy andada que *Mafañera* tuviese aquella playa, era dificilisimo acordarse de la situación exacta de todas las rocas perdidas bajo el agua, y, más que nada, mantenerse en pie resistiendo los embates del oleaje. No pesaba mucho la esbeltísima *Laina;* pero en tales circunstancias parecía de plomo. El terror la obligaba á aferrarse al cuello de *Mafañera* con los brazos cruzados, sofocándole y haciéndole perder el equilibrio, cuando ella se inclinaba violentamente hacia la izquierda huyendo de una ola, ó tratando de contrarrestar, al hacer contrapeso, el violento vaivén producidò por el mal paso que daba el muchacho.

Las fuerzas de éste se iban agotando por momentos; un sudor frío inundaba su cuerpo, más, mucho más que el agua salobre que le bañaba de pies á cabeza. La rampa, el ambicionado puerto de salvación, con estar ya casi al alcance de la mano, parecía huir de los jóvenes.

—Déjame encima de esta peña y ve tú solo á pedir auxilio; aquí no debe subir nunca la marea, y podré resistir hasta la tarde, que bajará... ¡Déjame!—gimió *Laina,* al notar que su animoso salvador flaqueaba, *añando* como un beodo, mientras ella

desprendiéndose de su cuello se agarró á la roca.

—¡Dejarte yo!... antes dejaré la mi vida..., repuso *Mafañera,* respirando con delicia al sentirse aligerado del peso de la joven.

—Si seguimos, el *cachón* ha de vencerte y nos ahogaremos los dos sin remedio.

—¡Ahogarte tú, *Laina!* No lo permita el Cristo; antes me coman vivo los *canillones.*

Una ola inmensa derribó á la niña desde lo alto de la peña.

Mafañera dió un alarido; quiso socorrerla; pero cayó también arrollado por el mar, entre unos pedruscos, quedando ambos jóvenes un momento bajo las aguas que ya les llegaban á medio muslo cuando se levantaron.

—No hay tiempo que perder; monta... y avante así... ¡Animo!... no llores, que de esta libramos y no han de *amentar* por nosotros.

Habían andado veinte pasos, cuando *Laina* sintió que un líquido tibio y más espeso que el agua salada le mojaba, á través de la blusa, el brazo izquierdo arrollado al cuello de *Mafañera.*

Un hilo de sangre manaba de la cabeza del muchacho, hasta caer en el mar; pero como si el peligro pasado redoblase sus energías, avanzaba con paso cada vez más firme y con la precipitación que consentían los

obstáculos multiplicados en tan áspero camino.

Ahora *Laina* era la ànimosa.

—Ya estamos; faltan sólo cuatro pasos: aguarda; afírmate; que viene una grande... así: ¡ya pasó!...

. . . .

—¡Gracias, madre mía, Virgen del Rosario, nos salvamos!... Pero ¿qué te pasa? ¿ahora vas á caerte? ¿No me oyes? *¡Mafa! ¡Mafa!* ¡Dios mío! ¿No respondes á tu *Laina* que te quiere tanto?

Mafañera, que al soltar su preciosa carga al comienzo de la rampa, puerto de salvación, se había desplomado, abrió los ojos desmesuradamente, y mirando á la joven con arrobamiento.

—¡Madre de mi alma!, ¿me quieres tú?, ¿me quieres, *Laina?*... dijístelo... ¿*Ye* la gloria en donde entré?—Y volviendo á inclinar la cabeza, en brazos de su ídolo, perdió por completo el conocimiento.

Hora era ya de que lo recobrase la tarde en que—veintidós años después—evocaba los agridulces recuerdos de aquellas escenas desde lo alto de la cuesta de la *Formiga.*

La marea, como la mañana de la pesca de las esquilas, volvía á bajar la tarde de que trato dejando descubiertas las rocas del *Conexal* y de Palmera; las traineras regresaban al puertecito, viento en popa; el cielo

comenzaba á confundirse en el horizonte con el mar; en el prado, el grillo, «ri-que-ri», sin pararse á tomar *fuelgu* (*),... acompañaba á la triste bubilla, y por fin, casi á un tiempo, comenzaron á lucir las estrellas y las luciérnagas.

Mafañera se pasó la mano por la frente; fué en busca del carricoche, y volviendo á tomar del diestro la jaquilla navarra, empezó á bajar la cuesta dando tropezones por el lado del pueblo, perdiéndose en un recodo del camino hasta donde llegaba la cháchara de las mozas en la fuente de Saltarua.

III

El chigre de Prendes.

Como «la buena taberna no necesita muestra», Juan José Prendes no había colgado en la fachada del establecimiento, sobre la puerta de ingreso, el emblemático ramo de laurel, ni en el interior del marco de aquélla, de todo el ancho y corrida, pendía la media cortina blanca (?) que no

---

(*) Acebal y Gutiérrez (J. M.): *Cantar y más cantar. Asturias.*



deja ver de los *secaños* si no es de muslos abajo.

Á pesar de venderse vino en la tienda, tampoco lo pregonaba la banderola, mitad roja, mitad blanca, cortada en ángulo entrante, por el extremo que no va unido al asta, y fija en la pared, cerca del ramo, en sentido perpendicular á la misma. Digo esto, porque el heroico condimento del estofado, el cándido trapo y el pabelloncillo (según afirma un escritor de la tierra), son característicos en *Vetusta* del *chigre,* ó taberna de sidra... y también, con ligeras variantes (añado yo) en otros pueblos de la provincia, como el de La Espina, que sirve de escenario á esta novela, cuento, historieta, ó como quiera llamársele.

Por fin, á la entrada del comercio de Prendes, no se veían ni la mesita que suele haber en otros *chigres,* con tortillas á la temperatura del granizo, sardinas arenques y huevos duros, ni la castañera con su puesto cerca del mueble antedicho.

Es verdad que, con ser verano, se sentía aquella tarde un fresco agradabilísimo en el cocherón, bodega ó almacén; que por cualquiera de estas dependencias podía pasar el local ocupado por la taberna.

Por la ancha puerta de la calle, á modo de inundación, entraba la brisa del Cantá-

brico, tan salerosa como un cuñete de anchoas malagueñas.

Por la estrecha puertecita del corral, abierta á espaldas del mostrador (ó si se quiere del que en él despachaba) con suavidad de gorrón se colaba el airecillo sutil que descendía de los cerros vecinos, harto de acariciar hierbas y flores silvestres.

Y la pescadora y el *paisanu*, al encontrarse en medio del *chigre*, se abrazaban sin reparo disputándose el orear su suelo, húmedo y terrizo, y mecer el polvo que *Alitorda* levantaba dando con unos zorros muy viejos sobre toneles, bancos y mesas.

Cerca del mostrador, á su derecha, se veía una gran pipa, dispuesta ya al sacrificio, y en dos líneas de tiza, paralelas y á modo de diámetro en la circunferencia de la tapa, sobre la espita, leíase en caracteres no muy cursivos «¡La paga adelantada!», y debajo el nombre y apellido paterno de un *mambís* famoso.

Me parece que la advertencia no ha menester explicación: allí lo *vicioso*, para Prendes, era, ó podía ser, que sus parroquianos remojasen el gaznate antes de aflojar una *perrina* por cada vaso de sidra.

En cuanto al odiado nombre del filibustero cubano, constituía por sí sólo un jeroglífico patriótico cuya solución daban los

bebedores y el tabernero en estos ó parecidos términos:

«Así pudiéramos beber tu sangre, perro; como esta noche consumiremos, ó consumirán hasta la última gota de sidra que guarda esta cuba.»

Carteles de toros, anuncios de fábricas de galletas y cervezas del país y un gran plano de la costa, adornaban las paredes ahumadas.

Pendientes del vigamen, por medio de alambres, desecho de telégrafos, acabaditos de aviar, dos quinqués de petróleo monumentales se mecían ni más ni menos que el *vota-fumeiro* de la Catedral compostelana.

Y es que *Alitorda* (mote de la maritornes del *chigre)* tenía maneras tan reposadas y dulces como una cabra montés.

Delante del tonel en capilla, y sobre una mesita semejante á las de los antiguos covachuelistas, por las faldas de madera, estaba prevenido ancho y profundo barcal con agua clara en la que semiflotaban unos cuantos vasitos de recio y transparente vidrio de Gijón.

Sobre el mostrador, porque ya no cabían en los vasares de la pared, alineadas en grupos, había varias docenas de botellas de gaseosa, cerveza, vino *del otro lado del Puerto*, y vasos de distintos tamaños aunque de forma semejantísima.

El suelo estaba bien barrido; las mesas y los bancos, de pino sin pintura ni barniz, fregados; y el mostrador y los aparadores, limpios y en orden hasta donde es posible en tales comercios.

Por donde el *chigre* de Juan José no conservaba, comparado con los descritos por el Sr. López Dóriga en el libro «Siluetas»... sino es el aire de familia.

Alitorda, muy sofocada, iba y venía de un lado para otro, concluyendo la excepcional limpieza y arreglo de la tienda, pareciéndole los minutos horas de dolor de muelas, que son las más largas.

Como el amo no pensaba asistir á la *fiesta de los patos*, y había licenciado á la doméstica para que dispusiese de la tarde á su capricho, no veía ella el momento de subir al camaranchón para emperejilarse é ir al muelle.

Y como á todo le llega su hora, menos la de un buen gobierno á España, la sirvienta dió por terminada su tarea limpiando la jaula del mirlo, que se puso á silbar el *trébole*, y regalando al gato media docena de cabezas de sardina dentro de una cazuela desportillada.

Por fin el voluminoso Juan José Prendes entró de perfil por la puertecita del corral, y *Alitorda* embistió con la escalera de tablas, que desde el *chigre* conducía á su aposento,

haciéndola crujir bajo el peso de muchas libras carniceras y metiendo un ruido de matraca con el repiqueteo de las madreñas sobre los escalones.

Cosa de treinta minutos haría que el tabernero, despatarrado en el umbral del desierto comercio, con ambas manos en los bolsillos del pantalón, iba convirtiendo en humo y ceniza el apestoso virginia de su pipa de yeso; cuando por el lado del campo llegó la jovenzuela, que conocimos sirviendo de lazarillo en el capítulo primero de esta historia.

Arrastrando por el polvo de la carretera un pulpo fenomenal, que traía cogido por la caperuza, llegó *Palangrero* pisando los talones á la muchacha, que ocultaba debajo del delantal una botellita de vidrio. Corrió ella hacia el mostrador, saludando de paso á Prendes, que la siguió de mala gana, y no hizo lo propio el otro por haberse quedado delante de la puerta viendo venir del lado del pueblo á *Mafañera* en el traje y hechuras de la víspera.

No tardó casi nada en volver á salir la muchacha, precisamente cuando el *desconocido* llegaba junto al pescador.

Fluctuó la chica dudando si pasar por entre los dos hombres ó por la espalda de *Palangrero.*

Aquellos instantes de indecisión fueron causa única de la desgracia.

Alitorda, cuyo atavío festivo se había reducido á untarse un poco de aceite de almendras dulces en la pelambrera; á ponerse medias y á cambiar las madreñas por unos zapatones herrados, llegó disparada al grupo, y atropellando á la joven le dejó caer la limeta, que se hizo añicos en el escalón de piedra, difundiendo un fuerte olor á aguardiente.

—¡Me alegro!, exclamó *Palangrero,* dirigiéndose á la muchacha, no bien le dió en la nariz el alcohol.—*¡Fó!* ¡Así no podrá pescar hoy la *moña* el *Canillón!* ¡Toma; cómprale esta *perrina* de manzanas, y que mate la *sede* con ella!

—¡Quita pa llá, hombre!, interrumpió Prendes (que volvía á salir á la puerta), echando á un lado con la diestra la que *Palangrero* alargaba con los cinco céntimos. Quita pa llá, con la *perrina:* lo que sería fácil es que esa *sacabera* matase á la rapaza si vuelve sin el aguardiente. Y no lo digo por el mi interés, ¡es verdad!; porque voy á regalar á la *Andarica* otro medio casco... medio lleno. ¡Entra, rapaza!

Ella, entre tanto, sin quejarse de *Alitorda,* á quien ya no alcanzaba un galgo, y esquivando las curiosísimas miradas de *Mafañera,* que no le quitaba ojo, fué recogiendo del suelo los cuatro ó cinco cachos de vidrio mayores; luego siguió al tabernero.

—¡Pobre muchacha!, exclamó aquél, con intención de tirar de la lengua al del pulpo, que estaba bastante bebido, pero ágil y decidor.

—¡Madre de mi alma!... ¡sí lo es! Padre no tiene... puede que ni madre ni en el *sacu fariña!*... Figúrese el señor á un perrillo faldero atado á la misma cadena de un tigre hambriento: ¡es verdad!

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Larga es la historia... ¿El señor va á la *fiesta de los patos?*—Y *Palangrero* abría mucho los ojos mirando al forastero cara á cara.

—No,—respondió éste en tono indiferente y como si no reparase en la curiosidad que inspiraba al pescador.

—Es que también desde aquí puede verla.

—Sí, lo prefiero; y si usted no tiene prisa ni interés por asistir á ella de cerca, aquí...

—Al que *quier* bailar, *pocu són i basta*... Ya fué la mi mujer. Prendes nos saca mesa, banquillos y «sidra *aneya* de la que *faz moza* á la *xente vieya*», y yo cuéntole al señor la vida de esa criatura desde mucho antes que su madre echóla al mundo pa serrar de *abaju*. ¡Ya me entiende el señor, eh? ¿No vió serrar nunca?

—¡Vaya!... comprendo perfectamente lo que usted quiere decirme. El que sierra *de arriba* lo hace de pie sobre el banco y tra-

baja desahogadamente: para el de abajo es un martirio.

—¡Es verdad! Pero el señor es de esta tierra... ó se ha rozado mucho con gente de ella en la otra banda... quiero decir, en América.

—Todo puede ser... Pero venga la sidra y la historia.

—Venga, y vaya, mi amo.

IV

Laína y Mafañera.

Aunque en La Espina pasé muy á gusto, en distintos años, algunos meses de verano, y con verdadero cariño estudié un poco el idioma y las costumbres de sus honrados y simpáticos habitantes, seguro estoy de que no acertaría á reproducir aquí, con el propio y apropiado estilo del pescador, la relación que *Palangrero* hizo á nuestro protagonista de la parte más interesante de su vida. Aun suponiendo que yo lograse realizar semejante milagro, la mayoría de mis lectores habrían de quedarse en ayunas sin penetrar el verdadero sentido de los muchos refranes, muletillas y típicas locuciones con que el pescador mechó su plática.

Preferible, pues, será que yo guise el plato, como Dios me de á entender, procurando con ahinco no servirlo fiambre ni recalentado.

Mafaño llaman en La Espina al calamar, que parece portugués, según los muchos nombres con que se le conoce, distintos aun en puertos vecinos de la misma costa. *Mafañera* dicen allí al anzuelo en forma de araña con el que, sin carnaza, pescan el molusco tintero.

Y porque nuestro protagonista fué de niño tan hábil como afortunado en sacarlos del agua por *trolleras* y en embarcarlos luego sin que le emborronaran la fisonomía, le pusieron *Mafañera*. Y con este nombre se le distinguió siempre y pasará á la historia, aunque no tenga más méritos que el de haber dado trabajo á la imprenta.

Curó el muchacho pronto y bien de la descalabradura que le había costado la pesca de las esquilas en el *Pedreo del Conexal*, y de la soberana tunda que, como corolario, le dió el padre de *Laina*, en castigo de la escapatoria. ¿Qué no hubiese sido, de maliciarse siquiera, que el rapaz se había propasado á poner los ojos en la muchacha?

Por lo que hace á ésta, no se acordaba al otro día de las palabras con que *Mafañera* creyó ver abiertas de par en par las puertas del cielo. Las ilusiones del mozo habían

dado demasiado alcance á la cariñosa exclamación de la muchacha, hija, más bien que de correspondencia amorosa, de fraternal afecto y de agradecimiento.

Tiempo hacía que *Laína* estaba segura del cariño de *Mafañera;* y aunque no le correspondiese, le halagaba ser objeto de una pasión tan desinteresada como constante.

El guapo mozo, huérfano de padre y pobre, por su despejo, honradez, bondad de alma y buenos puños, había logrado hacerse muy simpático entre chicos y grandes, merecer en absoluto la confianza de la señora Ubalda y el respeto de todos los jóvenes de La Espina en el mar y en la tierra.

Más de una moza envidiaba á *Laína,* no tanto por su hacienda como por el culto que le rendía *Mafañera.* Y con ser así, el afecto de la joven hacia su adorador, no traspasaba los límites del que hubiese sentido por un perro fiel, que lamiera la mano con que le había castigado, ó por el canario que en repetidos trinos pagase con usura la cotidiana ración de alpiste y el terroncillo de azúcar.

Grande era la distancia que separaba á los jóvenes en calidad social, pero aún era mayor la que existía entre sus gustos y ambiciones.

Mafañera amaba el mar, con haber sido éste la causa de su orfandad.

A *Laina,* que debía la hacienda de su madre al Cantábrico, le era más que indiferente. Contra lo que es usual en La Espina, entre los que se ganan la vida sobre las olas, *Mafañera* solía apreciar las hermosuras del campo y recrearse contemplándolas.

Á *Laina,* el prado siempre verde, los frondosos maizales, el castañar umbrío, la zarza florida, la fuente y el huerto le parecían tristes, monótonos y mudos

Las ambiciones y ensueños del mozo no habían traspuesto aún los límites naturales del concejo de Contrueces; se circunscribían y ajustaban, por aquel entonces, como masa al molde, á pescar mucho, beber poco, ahorrar bastante y ser dueño un día de dos traineras y un par de buenos boliches. Y, patrón y abastecedor de la fábrica de la señora Ubalda, poder decir á ésta:—«No tema mi ama; aquí estoy yo para mantenerlas y ampararlas, ¡es verdad!, el día en que el *Canillón* las deje por puertas.

Para realizar tales ensueños, le sobraban á *Mafañera* voluntad y constancia.

Si el lejano horizonte, que por mar abarcaba *Laina* asomada al *corredor* de su casa, aparecía asombrado por negra columna de humo que iba dejando tras sí un buque de vapor, la joven lo contemplaba con inexplicable tristeza, como si estuviese cautiva en extranjera playa, y viese flotar, en el

mástil de un barco, que se alejase viento en popa, la amada bandera de la patria.

En cambio *Mafañera,* con nobilísima ambición, se extasiaba viendo confundirse con la borrina el negro aliento del vapor, y calculando que, con uno poco mayor que una lancha, aumentarían, como había sucedido en la vecina villa, la industria de la pesca de altura y los rendimientos de la fábrica.

El *Canillón,* que adoraba á su hija, la llevó un día á la villa; era la primera vez que la joven salía de La Espina.

Laina vió en Xixia vestidos de seda, sombreretes adornados con flores de trapo; encajes, plumas, corales y piedras relucientes como las luciérnagas, que tanto abundan en la cuesta de la *Formiga.*

Vió también pasearse por la calle Corrida á muchos mozos con trajes muy distintos, por la hechura y por las telas, de los que usaban los pescadores y la gente acomodada de La Espina. La joven, al volver al pueblo, lo encontró más triste.

Le había comprado su padre un alfilerito de pecho que imitaba una tortuga, formada con diamantillos americanos.

Al domingo siguiente, *Laina* se emperejiló mucho, y contentísima, con la joya prendida, se plantó delante de *Mafañera,* y le dijo:

—¿Qué tal te parezco con estas tan guapas piedras?

—Parécesme... como siempre: un poquito menos que la *Santina*.

—Pero ¿y las piedras?... ¿No ves cómo brillan?

—¡Las piedras!... ¡No valen pa ná, junto á los tus ojos! ¡Es verdad!

V

Los padres de Laína.

Preciso es abrir paréntesis en la historia de los breves amores de *Mafañera* y retroceder un poco, en demanda de cuatro antecedentes indispensables á la mejor inteligencia de la misma.

Dos líquidos pueden representar de cuerpo entero la vida toda de La Espina, la *salmoria* y la sidra. El risueño puertecito se mantiene exclusivamente de la pesca. Los hombres, si se restan las pocas horas en que duermen, pasan día y noche en la trainera ó en el *chigre*.

Fuera, pues, de estas tabernas (tan numerosas, casi, como las viviendas de los pescadores); de las fábricas de salazón y conser-

vas de sardinas, bonitos y calamares; del estanco, de la confitería y de dos tenduchos de comestibles, no se conocían, por la época á que me refiero, otro comercio ni más establecimientos públicos en La Espina.

Tampoco había en el pueblo sino una posada, tan mala y tan sucia como la que, en el país vasco español, describe Heine con cuatro brochazos en su poema *Atta-Troll*.

Á la puerta del mesón de La Espina llegó hace ya bastantes años un mozo segoviano, pobremente vestido y arreando una jaquilla que bien hubiese podido entroncar con la que tiraba del carricoche de *Mafañera* al principio de esta historia.

Traía el segoviano sobre los fementidos lomos de la caballería mezquino cargamento de bisutería ordinaria, pañuelos de seda muy chillones, y otras baratijas por el estilo. Y aun esta pacotilla era fiada, y la venta había de realizarse por cuenta ajena; el buhonero no contaba con otro capital que esperanzas fundadas en su mucha labia y en su gallardo talle. Merced á éstos, casi sin salir de la posada, en tres ó cuatro días logró colocar Bernardino Marrén sus baratijas entre las muchachas y hacerse popular por sus chistes y donaires, que ellas repetían mil veces en la fuente de Saltarua, mientras á fuerza de puños, arena y boñiga de vaca abrillantaban los aros de las *ferradas*.

Volvió el segoviano á pasar el puerto de Pajares con la bolsa llena para abastecerse de nuevas mercancías, y vino otra vez, ya por su cuenta, á las playas de Palmera, realizando aquéllas con no menos fortuna. Pero no paró aquí la del mozo; que antes bien á rienda suelta le condujo hasta dar cima á la mayor empresa con que pudieran soñar sus ambiciones. Y fué el caso, que, con cuatro guiños y media docena de piropos, logró enamorar perdidamente á *Ubalda la Reina,* moza de las más garridas del pueblo, alma sin hiel, huérfana, sobrina y única heredera de D. Higinio Carrió, dueño de la posada y de la mejor fábrica de salazones que por entonces había en La Espina.

Con la constancia y disimulo propios de la raza que logró dominar todo el territorio de la península ibérica y dar su nombre á la lengua en ella más hablada, Bernardino Marrén, establecido ya en La Espina con un tenducho, fué venciendo poco á poco cuantos obstáculos ponía el viejo Carrió á los amores de su sobrina.

Tenía aquél muy buen olfato, y desde el principio hubo de olerle el segoviano á redomado tuno. Pero como desde Eva hasta Luisa Michel las señoras, de proponérselo, se salieron siempre con la suya, *Ubalda la Reina* consiguió ahorcarse por su gusto, casándose con Bernardino Marrén. Para cele-

brar la boda, la posada se convirtió en *hospedaje*, con honores de fonda, y por lo que hace á la fábrica, tanto en el edificio como en la industria, se hicieron notables reformas. Marrén, así como había logrado enamorar á la muchacha, iba conquistando poco á poco la confianza del viejo, que admiraba la industria del segoviano, su actividad y el impulso que lograba imprimir á toda suerte de negocios.

En cuanto á *Ubalda la Reina,* su luna de miel prometía durar tanto como su matrimonio.

Á D. Higinio, siempre un tantico escamado, remordíale en ocasiones la conciencia por la mala opinión que le merecía Marrén, y bendecía al cielo por la fortuna que se le había entrado por las puertas. El nacimiento de *Laína* fué como el marco de aquel cuadro de salud, abundancia y alegría. Coincidió tan fausto suceso con un temporal deshecho que dejó viudas en La Espina á treinta y seis infelices mujeres de pescadores. Una de éstas fué la madre de *Mafañera,* quien por aquel entonces tenía tres años. Era aquella infeliz la mejor operaria de la fábrica, y por esto su hijo se crió en la casa, creciendo junto á *Laína.* Ya comenzaba ésta á hacer gracias, que embobaban al abuelo, más que tío, cuando en el dichoso concierto de aquella familia tan

feliz comenzaron á sonar las primeras desafinaciones..

Marrén, con pretexto de los negocios de la fábrica, menudeaba sus viajes á la villa vecina, en la que á veces hacía noche. No faltó un alma caritativa que contase á *Ubalda la Reina,* exigiéndole el secreto, cómo el segoviano frecuentaba la tertulia de cierta rebotica, en la que hojeaban á menudo el libro de las cuarenta hojas.

Don Higinio, que alardeaba de haber llegado á los setenta y dos años sin que le tomasen el pulso, comenzó á padecer de unos cólicos de caráter desconocido para el médico titular del pueblo.

No se dió nunca el caso de que Marrén se encontrase fuera de La Espina durante aquellos ataques, que dejaban muy mal parado al anciano, y de los que no lograba reponerse por completo.

El segoviano redoblaba en semejantes circunstancias su celo, multiplicándose en la bodega de salazones, en la fonda y en un café económico, recientemente establecido, á fin de que en ninguna parte se echase de menos la dirección de D. Higinio.

Admirables eran también el cariño y cuidados con que secundaba los de Ubalda para con el enfermo, llevados al punto de ir él mismo á la ciudad por las medicinas.

Caigo aquí y allí me levanto, el padecimiento del anciano llegó á hacerse crónico; los ataques cada vez más frecuentes y largos,... y por fin, D. Higinio dió en tierra, llorado por todo el pueblo.

Á los dos años comenzó aquella casa á cambiar de aspecto, dando principio el largo martirio de *Ubalda la Reina*. Marrén pasaba semanas enteras en la ciudad, desde la que pedía á menudo fondos con premura. En La Espina se aficionó mucho, primero á la sidra, luego á los vinos de Castilla, y por último á la caña de Cuba, de la que hacía gran consumo.

El crédito de la fábrica se resintió extraordinariamente, al propio tiempo que Marrén iba convirtiéndose en feroz capataz negrero para con las infelices que, descalzas de pie y pierna, arrastraban día y noche las madreñas por las húmedas y sucias losas de la bodega, y en inicuo explotador de los que, también sin descanso, remaban en las traineras, abastecedoras de la fábrica.

Ubalda se atrevió á quejarse dulcemente, más que de los dispendios de Marrén, de su desvío para con ella y de los malos tratos que el segoviano daba á las operarias; y aquel mal hombre, que estaba á la sazón como el alpargate de un pisador de uva, puso por vez primera las manos encima de su santa mujer.

Y dejaron las mozas de envidiar á *Ubalda la Reina*, cuya monarquía, como la de España por la misma época, veían desmoronarse.

Y algún que otro industrial de La Espina se frotó las manos de gusto; contemplando cómo la hacienda de D. Higinio Carrió llevaba camino de liquidarse cual la sal en el agua. Y el pueblo, juez inexorable, bautizó á Bernardino Marrén con el apodo de *El Canillón*, nombre que dan á los tiburones los pescadores de aquella costa.

Por estos días, precisamente, ocurrió la pesca de esquilas en el *Pedreo del Conexal*.

VI

A coger el trébole...

Manolo Azmirez pertenecía al gran rebaño de los escolares trashumantes. Llamemos así á todos aquellos que, á mediados de mayo, trasladaban la matrícula desde la Central á otra Universidad de España, huyendo de las calabazas madrileñas, para volver á la Villa y Corte aprobados las más veces, y todas con la misma ignorancia con que iban.

Estos jóvenes amables, si no al templo de Minerva, á la olla del presupuesto dirigían sus pasos. Y casi siempre, por obra y gracia de S. M. la Política, llegaban á tiempo de ocupar el puesto de un empleado útil, á quien dejaban sin comer.

Azmírez no era feo, y se vestía á la moda, aunque distaba mucho de ser elegante. Poseía el desparpajo, maneras y cháchara cursados con los profesores que, por mañana y tarde, ponen cátedra recostados en los escaparates de la Carrera de San Jerónimo, en las mesas de los cafés ó paseando por la calle de Sevilla entre toreros de invierno y cómicos sin contrata.

Como otros tantos de la clase, Manolo estrenaba un frac todos los años en butaca, á tercer turno, del Teatro Real, y lo deslucía, después de media noche, cenando casi todas en Fornos, en la Taurina ó en *La Viña P.*

Todo el mundo conoce *de vista* á estos sujetos—que no suelen pasar del recibimiento de la llamada *buena sociedad*—por encontrárselos en paseo, en los estrenos, en la plaza de toros, en funciones en las que reparten localidades las señoras más encopetadas, y en los bailes benéficos del Conservatorio de Música y Declamación.

Forman tales zánganos las avanzadas mejor vestidas de la gran clase media espa-

ñola, la más culta sin duda, pero quizás también la más viciada y viciosa.

Azmírez, mal informado, fué á *Vetusta* en junio para aprobar dos asignaturas que le faltaban de la carrera de Jurisprudencia, especie de cerato simple entre nosotros. Mi hombre se encontró con que en Oviedo hilan delgado, y salió de la Universidad con unas cucurbitáceas tan grandes como la esfera sobre la que se mantiene el Giraldillo.

Salir á provincias y volver á Madrid *suspenso*, le pareció á Manolo como declararle liviano en la última acepción que el diccionario de la lengua da á la palabra.

Huérfano de padre y madre, y con un capitalito, le faltaban al muchacho nada más que dos años para salir de la curaduría ejercida por un cuñado suyo, con quien se llevaba muy bien. A más de ésto, hacía ya tiempo que Azmírez mantenía con constancia, aunque no con gran entusiasmo, relaciones amorosas con una ricachona de San Eugenio, cuyo padre consentía en la boda con la sola condición de que Manolo terminase la carrera. El suegro presunto, formidable cacique en el distrito, se encargaba de quemar la paja con que había de remontarse el globo del señorito madrileño.

No tenía Manolo mucha prisa por contraer matrimonio, pero aquellas calabazas le mortificaron bastante, y decidió volver

por la honra perdida repitiendo en septiembre los exámenes en la misma Universidad. En una excursión que hizo por la costa le habían enamorado los panoramas que desde La Espina se admiran, el fresco que allí se disfruta y la vida sencillísima, barata y sana que puede hacerse en aquella playa. Por todo lo cual, el joven la marcó desde luego como delicioso punto de veraneo, y al mismo tiempo apropiado retiro donde, sin tener que luchar con grandes tentaciones, podría dedicarse, hasta por recurso, á preparar sus asignaturas convenientemente con el fin de darles el segundo golpe sin salir descalabrado.

Como no podía menos de ser, Manolo Azmírez se alojó en el *Gran Hospedaje Marrén*. Al bajar del coche de línea fué *Laína* la primera persona de la casa con quien tropezó, y túvolo por muy buen augurio. Puso el cortesano á la niña una varita al encuentro, que le hizo más que cosquillas, aunque como es consiguiente supo disimularlo.

Tiene el alma de las mujeres un enemigo más que la del hombre: la buena ropa, los moños y las joyas.

Al uniforme debieron la mayor parte de sus triunfos amorosos los militares y marinos de guerra. Y si hoy no se dejan fascinar las muchachas con tanta frecuencia por los colorines y galones dorados, sigue siendo,

como siempre grande, el número de las doncellas que dejan de serlo, sin contar antes con el cura, sólo por cambiar la saya de percal por faldas de seda. Los ternos de franela listada de Manolo Azmírez, y sus chalinas de *foulard,* fueron los primeros cimbeles que fijaron la atención de *Laína* sobre el señorito madrileño. Su conversación, como su ropa, se parecían con mucha ventaja á las pláticas y vestuario que la joven había admirado en los caballeretes que paseaban por la calle Corrida de la villa, cuando allí estuvo con Marrén.

¡Y qué perfume tan exquisito se difundía en el comedor de la fonda cuando el nuevo huésped sacaba el pañuelo! A *Laína* comenzó á hacérsele insoportable la peste á sardinas crudas, fritas y podridas que se percibe, desde que se entra en La Espina, en todas partes... hasta en la Iglesia. ¡Y cuidado si la joven debía de estar acostumbrada á tal olor!

Manolo trazó el primer día su plan de vida en La Espina. Acostarse como las gallinas; madrugar con ellas; en el campo ó en el cuarto, aprovechar bien las siestas estudiando de veras, y dar grandes paseos antes y después del baño de ola, no leer periódicos, y escribir poco y de tarde en tarde á la novia y á la familia.

El cafetín económico y las partidas de carambolas y de tresillo con Marrén, el bo-

ticario y el cabo de carabineros, tuvieron la culpa de que las más de las noches y de las mañanas no se cumpliese el primer número del programa. Azmírez se bañaba tarde, comía luego con gran apetito, tomaba café con los tresillistas y, con gran fuerza de voluntad, se retiraba después á su habitación; cogía el libro de texto y... se quedaba dormido en la mecedora.

Ni siquiera realizó sus propósitos de pasear diariamente por mar y por tierra. ¿Cómo había de hacerlo si á los quince días de estar en La Espina ya era novio de *Laína*?

No hay para qué decir que la noticia de aquellos amoríos corrió por todo el concejo como reguero de pólvora incendiada. A Marrén, que había simpatizado con el madrileño, y que, en todo lo que no fuese dejar de beber y de *verlas venir,* no miraba sino con los ojos de su hija, le pareció muy bien el noviazgo.

Ubalda la Reina, dando una muestra más del maravilloso instinto peculiar de las buenas madres, se opuso desde el primer momento. Al pobre *Mafañera* parecía faltarle el aire respirable. En cuanto á *Laína,* era completamente dichosa, y con el brutal egoismo de las criaturas que no saben lo que son penas ni contrariedades, se empeñaba en lucir el novio á todas horas. En cuanto á éste, se resistía á reflexionar sobre el caso,

mientras saboreaba tan incitante y poco buscada aventura. ¿Pero y la rica hacendada de San Eugenio? ¡Toma! *Aquéllo* era lo formal, lo conveniente; *ésto* no podía pasar de amorcillo de verano sin ulteriores consecuencias. ¡Y cuidado si *Laina* estaba apetecible! ¡Qué comparación podía establecerse entre aquella perlita de color de rosa y la mofletuda palurda! Bien es verdad que tampoco podían compararse las dehesas, ganados, sotos, molinos y lagares de la prometida castellana con la arruinada fábrica de salazones de Marrén, el fonducho y el cafetín. Manolo Azmírez se dejaba, pues, llevar de la corriente, respirando á pulmón pleno el aire impregnado del fuerte y salitroso aroma de las *carquexas*, trasegando del tonel al estómago muchos vasos de dorada sidra, agria y espumosa, merendando en los caseríos un jarro de leche, como *crema*, por una *perrona*, y, de boina y alpargatas, por la playa ó por el prado, libre de preocupaciones, cantando con pescadores y paisanos:

«Á coger el *trébole*,
El *trébole*, el *trébole*;
Á coger el *trébole*
La noche de San Juan;
A coger el *trébole*,
El *trébole*, el *trébole*;
Á coger el *trébole*
Los mis amores van.»

VII

Sardinas con raspa.

Por acercarse septiembre más que á galope, entraron en juego el paraguas, camarada inseparable del *paisanu* en Asturias, y las madreñas con su acompasado repiqueteo sobre los *cantus*.

La lluvia, que había sido madrasta aquel año del pobre labriego, no cesaba hacía cuarenta horas de regar los fogueados maizales y las praderas marchitas.

Manolo Azmírez aprovechó su reclusión forzosa para repasar aquellas lecciones de los programas de Derecho en las que estaba más flojo. Con creces pensaba desquitarse de la clausura, no bien escampara, realizando con *Laína* la proyectada expedición de pesca.

Y escampó, y después del medio día estaba limpia, por extraordinario, y dispuesta para salir á la mar, la mejor trainera de las cuatro propias de la fábrica; las redes ya á bordo, el patrón—que era el propio *Palangrero,* relator de los hechos que vamos narrando—embarcaba el cubo de la *raba,*

cuando llegaron los novios, acompañados por la madre de *Mafañera,* en calidad de dueña de *Laína* y vestida con la ropita de cristianar.

Como varias comadres los viesen bajar tan ufanos hacia el *Cay*, todas las conversaciones de la gente que quedó en tierra versaron, durante aquella siesta, sobre tan importante suceso.

La trainera dobló gallardamente la muralla del puertecito, al poderoso empuje de sus diez remos, gobernada por *Palangrero,* que en pie, y á popa, se servía de otro como de timón.

Junto á aquél, y en la banda de estribor, iban los novios sentados muy juntitos, sobre sendas mantas de colores vivos, y llevando á los pies una *macona* atestada de abundantísima merienda. No hay para qué decir que los jóvenes tortoleaban de lo lindo; pero sí que, frente á la feliz pareja, remaba *Mafañera* en la última banca, tan satisfecho como el reo camino del patíbulo.

Gaviotas y *pardiellas* indicaron muy pronto con sus continuos revuelos y agudos graznidos el sitio más conveniente para echar al agua el aparejo, nunca bastante ligero ni barato—según los pescadores quienes por creerlo así maldicen por mañana y tarde al Ministro de Marina, sea quien fuere.

Cuando arribó la trainera al paraje marcado de antemano, cesó la boga, se embarcaron los remos y el patrón echó al agua una gran piedra atada con un cabo para que sirviese como de ancla ó boya; luego comenzó á tirar *raba* al mar; viró después la barca en redondo, soltando el aparejo, que iba sumergiéndose lentamente, mientras *Palangrero,* como quien siembra, rociaba á derecha é izquierda grandes puñados de afrecho.

Quedaba parte de éste suspenso en el aire, y al bañarse en los oblícuos rayos del sol, parecía oro molido. El agua salada, verdosa y brillante, hervía á borbotones, agitada por el pescado, presuroso en acudir al reclamo del cebo. Noble codicia, sin rebozo alguno, se asomaba á los ojos de los jabegotes, quienes, conteniendo hasta la respiración, los clavaban en *Mafañera,* que iba alando poquito á poco del cabo que, á modo de los cordones de una bolsa, cierra la red en el fondo.

En aquel gran embudo muchos millares de sardinas quedaban presas con alguna que otra *xarda.*

Toda la tripulación, aferrada á la red, fué izándola con mucho tiento. Venía abarrotada; el lance había sido bueno de verdad, y los pescadores no contenían ya su gozo calculando la legítima ganancia. Por fin, con la ayuda de un *truel* muy capaz,

fueron sacando la pesca del aparejo mayor y vertiéndola vivita y coleando en el fondo de la embarcación. Inmediatamente comenzó á escucharse un rumor sordo y nutridísimo que crecía por momentos, y dijérase producido por cien manos que á un tiempo repiqueteasen, con todos los dedos, sobre el estirado parche de un bombo colosal. Era la pesca, suelta ó enmallada, agitándose convulsivamente sobre las tablas; miles de sardinas que brincaban en un montón, con las ansias de la muerte, desnudándose de una verdadera nube de escamas de plata.

De cuando en cuando, de la pila, abriéndose paso entre las moribundas, salían negros cangrejos, que huían atolondrados á lo largo de las bandas de la trainera, sin que nadie parase mientes en ellos. ¡Cualquiera se entretiene en coger una perra chica en un montón de plata acuñada!

Todo era aquella tarde luz, reflejos metálicos, vagos rumores, blando movimiento, efluvios salinos; brisas frescachonas. La naturaleza estaba tan elegre y parlanchina como muchacho que sale del colegio cargado de premios á disfrutar de las vacaciones veraniegas.

El madrileño, de quien había partido la iniciativa de aquella expedición de pesca, no cabía de entusiasmo dentro de su terno de franela listada, calculando el éxito

estrepitoso que iba á conseguir el relato en la mesa del café de Fornos, donde por las noches solía reunirse en Madrid con varios amigotes. *Laina,* como toda mujer enamorada, participaba del contento de su novio, siquiera, como ya se dijo muy atrás, no era aficionada á los espectáculos naturales de mar y tierra.

En poco tiempo la *macona* había ido aligerándose de peso; los novios y los pescadores rivalizaron en excelente apetito, y consumidos casi en totalidad sólidos y líquidos, le había tocado el turno á una partida de manzanas de las más apretadas y jugosas, cuando *Palangrero,* atento á una nubecilla que apenas se columbraba en el horizonte, ordenó poner el rumbo hacia tierra inmediatamente. Y no debían de ser aprensiones de viejo marinero, porque todas las demás traineras, que andaban también á la sardina, y los botes pescadores de *mafaños,* hicieron lo propio que nuestros amigos. Aquello parecía ni más ni menos que un gallinero congregándose más que al trote, cuando se escucha el canto de alarma del gallo que columbró un ave de rapiña en el horizonte.

—¡Afuera, Tazones; *adrento,* La Espina!, gritaba de cuando en cuando *Palangrero,* animando la boga, que era muy larga. Y crujían las bancas de la trainera al acompasado empuje de los diez cuerpos membru-

dísimos, que sobre ellas se doblaban y erguían á un tiempo mismo, como otros tantos flejes de acero bien templado.

El agua iba poniéndose por momentos más verdosa; sus amargas espumas salpicaban la embarcación por todas partes, y del cielo comenzaron á caer gruesas gotas que en el surco que dejaban entre sí las olas parecían burbujas de un hervidero colosal. Por fin, gaviotas y *pardiellas* tendieron apresuradas el vuelo hacia la costa, graznando quizás «¡sálvese el que pueda!» Aquello se ponía muy feo, y el madrileño comenzó á arrepentirse de su iniciativa.

—*¿Punta nablero?,* preguntó *Laína* con mucha angustia al patrón, mientras se guarecía con su novio bajo el mismo burdo impermeable que aquél les ofrecía solícito.

—¡Puede!; pero no temas; no nos alcanza. Á *travayar;* que muriendo descansaremos. Duro, duro, muchuchos; saca Tazones, mete La Espina.—Y los jabegotes respondían á estos gritos animosos remando con nuevos alientos. La atmósfera se ponía por instantes más bochornosa; se levantó un fuerte viento sur, y de pronto, de un grupo de nubes formado como por encanto, se desprendieron otras (brumazón) que parecían rodar desde el Noroeste al Sudeste formando una dirámide. La mar se picaba y obscurecía más y más, produciéndose grandes *xabrones*

que rompían sobre la pobre embarcación, amenazando tumbarla. Manolo Azmírez ya se encomendaba, en sus adentros, á todos los santos de la Corte celestial, ya maldecía entre dientes de haberse metido en semejante atolladero por sus necios amores con *Laina*. Ésta, infinitamente más animosa que su novio, no cesaba de confortarle. En cuanto á *Mafañera,* que *ahogó el remo* en distintas ocasiones, arrancando á *Palangrero* interjecciones demasiado enérgicas, solía sonreír de vez en cuando como un condenado, comparando la actitud del señorito cortesano con sus arrestos para salvar á *Laina* la inolvidable mañana de la pesca de las esquilas en el *Pedreo del Conexal*.

Pero estaba de Dios que Manolo Azmírez se luciese refiriendo en Fornos tan tremenda aventura, presenciada ya desde tierra por muchas almas acongojadísimas. La galerna rompió á cientos de brazas de nuestros amigos, y el madrileño y los cántabros no

«.....se hundieron
con los despojos de su fiel trainera
como cae el guerrero en la batalla
y no abandona su triunfal bandera».

La que pudo ser tragedia terminó en sainete; pues pasada la borrasca, como quedase aún la mar bruta, ya tocando al puerto, Azmírez comenzó á sentirse muy mal, y después de grandes bascas y trasudores, se

volvió del revés como un calcetín, arrojando al mar la buena parte que le había tocado de la merienda.

Mafañera entonces no pudo ó no quiso contenerse, y mirando fijamente á *Laina*, volvió á sonreir.

Mordióse los labios la niña, hasta hacerse sangre, disimulando cuanto pudo, y al desembarcar, acercándose mucho á *Mafañera*, se encaró con él y, como si le escupiese, le llamó:

—*¡Cangru!... ¡cangru!*

VIII

La cueva de las perlas.

Sirve ésta de escenario á un cuento que lleva por título *Lita*, y en él ya se dijo, hace tiempo, que aquella curiosidad de la naturaleza debería llamarse más propiamente cueva ó gruta de las piedras preciosas.

Me fundo en que se la bautizó con el primer nombre á causa de las innumerables filtraciones que en la bóveda se redondean en menudas gotas y allí permanecen suspendidas durante mucho tiempo. Pero como no se enturbian jamás, sino que, por el

contrario, conservando gran transparencia, se descomponen en todos los colores del prisma, siempre que las hiere un rayo de sol tamizado en los zarzales del ingreso á la caverna,el techo de ésta, más que de perlas, parece bordado de brillantes, zafiros, rubíes y amatistas.

No creo, si bien no me atrevería á asegurarlo, que la cueva, fuera de tal particularidad, contenga alguna otra cosa notable bajo los múltiples aspectos de la geología, de la botánica ni de la paleontología. Y con ser así—si lo es—merece visitarse en las cuatro estaciones del año, sólo por la dulcísima temperatura que allí se siente y por cierto fresco é indefinible perfume á búcaro mojado que exhalan los muros. El ingreso, cubierto y coronado en todo tiempo, aunque sólo en parte, de espesos matorrales, no es penoso como el de otras muchas viviendas primitivas, en las que es preciso entrar á gatas. Se compone la caverna de tres habitaciones: sala con dos gabines, por decirlo así, uno á cada extremo; dejando atrás los zarzales, que sirven como de puerta al campo, se desciende hasta el centro de la habitación mayor, en suave rampa, y desde allí, volviéndose de frente, se ve la entrada á modo de gran claraboya.

De obra reciente parecen, á primera vista, los muros de la sala, por lo que propor-

cionaron en todo tiempo materia escriptoria á los gansos del pueblo y al vulgo de los visitantes del *monumento*.

En cambio, las paredes de los gabinetes, sobre todo las de la derecha conforme se entra, son verrugosas y quebradísimas, y en sus ángulos y oquedades brotan muchas y frescas matas de culantrillo. Por fin, el agua se filtra á plomo, resbalando por la pared, y se pierde en el suelo sin formar charcos, regueros ni fangales, por lo que el piso se conserva limpio y casi seco.

Con lo que va dicho se comprende, á lo que infiero, que la *cueva de las perlas* ofreciese sobrados alicientes á los novios para que decidieran visitarla aquella tarde, como término del paseo.

Los exámenes de Azmírez se acercaban, y por tanto la hora triste de la despedida, que *Laína* veía llegar con profunda pena, no obstante las promesas de Manolo. Ambos anhelaban pasar siquiera tres cuartos de hora completamente solos: ella para extrechar á su novio á fin de que concretase sus juramentos y fijara fechas; él para verse libre un instante del inspector de vigilancia, de aquella señora Delfina demasiado celosa en el cumplimiento de su cometido.

Conviene advertir que si el *Canillón* consintió desde el principio en los amores de su hija, *Ubalda la Reina* cada día los miraba

con peores ojos, sin saber por qué, respondiendo al certero instinto de las madres buenas y sensatas, que rarísima vez se equivocan en estos importantes negocios.

Bastantes ejemplos ofrecen las historias sagradas y profanas sobre los que fundamentar sólidamente la afirmación de que las dueñas, ayas y *carabinas,* en todos tiempos y lugares, han sabido trocar fácilmente su papel de guardas ó centinelas de la honra ajena por los de encubridoras ó celestinas; bien por cariño mal entendido hacia las jóvenes cuya custodia les estaba encomendada, bien por enternecerse, más pronto ó más tarde, con las dádivas de novios ó cortejantes.

Ubalda la Reina no era muy fuerte en historia, é ignoraba por tanto aquellos hechos repetidísimos y desconocidos en La Espina, por la sencilla razón de serlo también en el pueblecito de la costa cantábrica las dueñas tocadas y sus modernos congéneres.

La mujer de Marrén confiaba además en la señora Delfina como en sí misma, y no podía, por otra parte, alejarse de la fábrica ni de la fonda.

Precisamente en aquellos días las borracheras y malos tratamientos del *Canillón* se habían acentuado de un modo trágico-cómico. *Ubalda la Reina,* que había ido poco á poco perdiendo salud, hacienda y alegría,

llegó á encontrarse por aquel entonces muy mal también de pelo y de dientes. Marrén, que gozaba mucho martirizando á su infeliz mujer, la convenció de que debía cortarse el cabello al rape y dejarse arrancar, por el barbero del pueblo, todos los pocos huesos que le quedaban en la boca, ofreciéndole reiteradamente comprarle en la villa una buena peluca y una dentadura postiza. La oferta no llevaba camino de realizarse, y Ubalda no se atrevía á salir de la calle hecha un espantapájaros. Esta historia—porque lo es—explica el que, á diario, ejerciese la señora Delfina de mamá postiza.

Los novios no participaron á ésta, como solían, de antemano y concretamente, hacia dónde iba á ser el paseo aquella tarde. Ubalda no tuvo por lo tanto ocasión ni pretexto para hacer á la madre de *Mafañera* recomendaciones especiales. Andaba ésta preocupadísima y á veces llorosa, porque *el su fijo* no hacía comida de substancia y frecuentaba el *chigre* contra su costumbre. Ya era que había *espicha* en una *casa de piso* á kilómetro y medio de La Espina por el lado de tierra; ya que Prendes *trujo* de la villa un vinito, del otro lado del Puerto, al que no era fácil hallarle compañero para *tomar el cuarterón;* ya que le convidaban el domingo por la tarde á pasarla jugando al dominó bajo el tendejón que daba sombra á la casita

del compadre Antolínez en la cuesta de la Formiga,... ello es que siempre encontraba *Mafañera* aparejada excusa para empinar el codo, andar de picos pardos y volver á la fábrica, en la que vivía con su madre, cada vez más tristón y con menos ganas de plática en familia. «¡Es verdad!»

Y la señora Delfina no daba ni remotamente con la causa de las cavilaciones y desarreglos *del su fijo.* Porque *Mafañera* no tomaba aquellas medias *moñas* por vicio, no señor; sino para curarse la mordedura de alguna *sacabera* que le sangraba allá dentro. «¡Es verdad!»

La pobre mujer consultó el caso con *Ubalda la Reina* y con *Palangrero;* algo dijo al *Canillón,* que le volvió la espalda mal humorado, y hasta fué á pedir parecer á don Fermín Cabrales, el boticario, lector asiduo de la *Historia monumental del heroico Rey Don Pelayo,* que escribió Escandón. Y ni la esclava de Marrén, ni el patrón, ni el farmacéutico, pudieron dar á la cuitada pescadora, sobre aquel extraño suceso, ni la lucecilla de un fósforo de cartón.

Nosotros sabemos por qué y en dónde le apretaba el zapato al pobre mozo.

Tiempo hacía ya que *Laína,* con una sola palabra, dicha sin meditar su alcance, había remontado las esperanzas de *Mafañera* hasta las nubes, aquella inolvidable mañana

que fueron juntos á pescar esquilas. Y también con otra palabra muy rumiada, elegida á intento, como se escoge en una panoplia el acero de doble filo, el mejor templado, la tarde de la galerna, al saltar de la trainera, *estrapalló* todas las ilusiones del pescador; así como éste, en el *Pedreo del Conexal,* había machacado á las *llámparas,* furioso por la broma que le jugó el pulpo.

El pulpo era al presente aquel aborrecible señorito madrileño, único norte ya de la mal aconsejada *Laina,* que hacia Manolo Azmírez se inclinaba siempre temblorosa como la aguja ante el imán.

Una semana hacía que el Cantábrico, alborotadísimo, no dejaba que las traineras cortasen sus aguas con la quilla; siete días que los pescadores de La Espina no salían del *chigre,* aguardando que amainase. Y con ser así, comparado el temporal reinante con la borrasca que venía corriendo el espíritu de *Mafañera* á causa de los amoríos de *Laina* con el madrileño, la tempestad del mar no rebasaba los límites de las alteraciones del agua contenida en una aljofaina.

En aquellos días no pareció el mozo por la fábrica sino á la hora de acostarse, y tan sombrío y arisco como gato acorralado en callejón sin salida. La señora Delfina tuvo noticia de que *el su fijo* frecuentaba la taberna establecida en la *casa de piso,* que antes

mentó incidentalmente; y, como el establecimiento estaba camino de la *cueva de las perlas*, se propuso hacerse la encontradiza con *Mafañera* y tener con él una explicación decisiva. De semejante intento dió cuenta la buena mujer á *Laina*, y ésta se hizo cargo inmediatamente de lo fácil que sería matar dos pájaros de una pedrada; es decir, dar gusto á la vieja y salirse ellos con el suyo de verse libres aquella tarde durante una hora por lo menos.

Cuando pasaron por el ventorro preguntó la señora Delfina por su hijo, y le dijeron que no tardaría en llegar.

—Aguárdalo un poco, si quieres; nosotros iremos despacito hacia la cueva, y enseguida nos alcanzas. Si tardas, te aguardaremos á la puerta. Hasta ahora, pues, monina.—Y la joven hizo cuatro zalamerías á la madre de *Mafañera*, sellándolas con dos sonoros besos.

En el ventorro, pues, se quedó muy intranquila la excelente mujer, sin sospechar que el objeto de sus afanes venía siguiéndola desde el pueblo con muchísimo disimulo y adoptando toda clase de precauciones. No era la primera vez que *Mafañera* espiaba á los novios en sus largos paseos, recorriendo un verdadero *vía-crucis*.

Cuando vió que su madre se quedaba en el ventorro, y que la pareja seguía camino

adelante, él lo dejó, y metiéndose por una *pumarada* que lo bordeaba, apretó á correr, siempre ocultándose con propósito de adelantar mucho á la pareja de enamorados y poder luego verla venir de frente. Por su parte, *Laína* y Azmírez, al doblar un recodo y cerciorarse de que la señora Delfina no podía verles, apretaron también el paso.

Como á kilómetro y medio del ventorro, á la derecha del camino de herradura que vamos pisando, y entre viejísimos *carbayones,* nace una veredilla no más ancha que una faja ordinaria; aquel caminito, que bordea la suave rampa de una pintoresca colina, muere á la mitad de ésta, en la misma puerta de la *cueva de las perlas.*

Laína delante, y Manolo siguiéndola como la cola á la cometa, casi se echaron á rodar cuesta abajo hasta perderse de vista, entrando resueltamente en la gruta.

. . . .

. . . .

La tarde fué dejándose caer poquito á poco, triste, melancólica, como de ordinario, porque en el Principado hay muy pocos pájaros en el campo, y no lo alegran al recogerse bulliciosos en las arboledas, cual acontece en otras partes. Tampoco los jornaleros y toda clase de labriegos vuelven allí á sus hogares cantando tras las bestias del hato ó del apero. En cambio, no bien el sol se pone,

es frecuentísimo que comienze á *orbayar,* y que el agua pulverizada se confunda con la borrina.

El solemne mutismo de aquella hermosa naturaleza fué interrumpido, la tarde de que voy hablando, por el angustioso chirriar de un carro del país y por la vocecilla de un rapaz que, guarecido bajo su tendejón, cantaba sin acompañamiento, y siempre en el mismo toño, para que sus dos hermanillas bailasen:

«Les rameres de San Roque,
dicen que se casen todes;
unas veces se dan pares,
y otras veces, salen nones.
Les de agora, non ye igual,
elles ya lo saben bien;
si non se casen isti añu,
casaránse en el que vien».

Atopecía ya cuando la señora Delfina llegó desalada á lo alto de la veredilla que muere en la misma puerta de la *cueva de las perlas.*

También en aquel mismo momento salieron de ella los novios, arrastrando los pies lánguidamente como quien se deja caer, desperezándose, de la cama al suelo.

Manolo sonreía satisfecho; más aún, ahito.

Laína estaba convulsa, con las pupilas húmedas y dilatadas, rojas las mejillas y el pelo y la ropa un si es no en desorden.

El madrileño rodeaba con un brazo la cintura de su novia; la muchacha, con los dos el cuello de su amante, como se aferró ál de *Mafañera* la mañana de la pesca de las esquilas, cuando el furioso oleaje les azotaba. Pero en aquel entonces, cuando temía morir ahogada, contó con un salvador decidido á sacrificarle la existencia. A la presión de sus brazos respondía la de los brazos del joven pescador; al anhelo de su pecho acongojado el latir violento del corazón de *Mafañera* que se curaba más por la vida de la joven que por la suya propia.

Mas ahora, al despertar de su embriaguez amorosa, inmediatamente después de haber aventurado sobre el altar de sus locas ilusiones lo que más vale y más cuesta á la mujer; á su pasión desbordada, respondía á la postre la desmayada correspondencia de su novio; los brazos de éste no la estrujaban como los del pescador; las caricias del madrileño eran ni más ni menos las que se prodigan á un niño cuando ya estamos empalagados de sus gracias, para quitárnoslo de encima.

La mal aconsejada mozuela abrazó más estrechamente aún á Manolo Azmírez, y empinándose febril sobre la punta de los pies, balbuceó acongojadísima:

—¡Manolo, Manolo mío, por el Cristo bendito te pido que no me olvides, que me

cumplas el tu juramento, ya que no puedes pedirme ni yo darte más de lo que te dí!

Y como refacción, más bien que puso, clavó sus labios ardorosos en los de Azmírez, sellándolos con un beso que parecía no tener fin.

El *viesco* de *carbayo* del montículo, que servía de dintel ó frontón á la rústica entrada, crujió bamboleándose un momento, como si se hubiese guarecido en él una alimaña.

El señorito madrileño trató de desasirse dulcemente de los brazos de *Laína,* sin apartar la vista de las zarzas y de los arbustos; pero muy luego llegó otro rumor claramente á sus oídos: se sentían pasos por la vereda, y Manolo, cada vez más nervioso y contrariado, concluyó por separar á su novia bruscamente, mientras exclamaba casi iracundo:

—¡Pero... estás loca? ¿No oyes que álguien se acerca muy deprisa? Buena la hiciste si es la bruja de la se...ño...ra Delfina, como vosotros la llamáis, y te ha visto besuqueándome!

Laína, que estaba de espaldas á la cueva, sintió entonces un fuerte rumor y vió volar por encima de su cabeza una faca marinera, que fué á caer entre un maizal frontero. Manolo, que había visto mucho más, estaba sin pulso y de color de azufre.

Fué todo aquello como el fulgor de un relámpago. *Mafañera*, oculto en el matorral, había sorprendido el tremendo secreto; el beso de *Laina* le había dado de rechazo al pobre pescador como tremenda bofetada en mitad de la cara; y cuando por fin oyó insultar á su madre, una nube de sangre le anubló la vista: se abrió paso, y desnudó la faca con tal coraje, que al rozar en una rama baja se desgarró la mano cruelmente. El dolor le obligó á soltar aquella herramienta del oficio, tan bruscamente como la había empuñado, y el cuchillo voló como una flecha.

Los novios no tuvieron tiempo de reponerse de su espanto, y casi le faltó también á *Mafañera* para volver á ocultarse, cuando su pobre madre aparecía al extremo de la veredilla.

Mustios y cabizbajos emprendieron los tres la vuelta al pueblo, apretando el paso porque comenzaba á llover formalmente.

Como á la venida, *Mafañera* los siguió á distancia, y sus pensamientos embrolladísimos coincidieron en un punto con los no más claros y alegres de *Laina*.

¿Sería preciso, desde aquella tarde, confirmar á la cueva llamándola *de las lágrimas*?

IX

Desde la trainera á la fundición.

Y anda que te anda, insensible á la lluvia que le calaba hasta los huesos, *Mafañera* se dejó atrás el pueblo y siguió por la carretera que conduce á la industriosa villa de D. Enrique II, llegando á media noche á los arrabales de Xixia.

Sentía el noble mozo hambre y frío; se tentó los bolsillos, y viendo que llevaba en ellos como hasta siete pesetas en plata y calderilla, y que la puerta á medio cerrar de un *chigre* le hacía guiños, por ella se coló resueltamente.

Sobre duro y mugriento banco se tendió, después de secarse las ropas, y allí pasó el resto de la noche sin haber pegado los ojos un momento.

Más que el punzante recuerdo de *Laína,* atormentaba á nuestro hombre el remordimiento por las angustias que pasaría su pobre madre dando ya por seguro que le había acontecido alguna gran desgracia.

Así y todo, la resolución de *Mafañera* de abandonar La Espina, era firmísima.

Laina, remontando el vuelo, se había posado en una rama muy alta; ¡que Dios no permitiese que la mal aconsejada joven cayera pronto del árbol con las alas rotas! Al mozo se le habían despertado también grandes ambiciones: esperanzas inexplicables de fortuna, ansia ardiente de ver mundo, y propósito firme de trabajar sin descanso para conseguir, en primer término, comprar la tranquilidad y el desahogo de los últimos años que podían quedarle de vida á su adorada viejecita. Porque repito que, en la soledad y amargura de aquella triste vigilia, *Mafañera,* ya volviese los ojos hacia la alegre mañana de la pesca de esquilas en el *Pedreo del Conexal,* ya los entornara horrorizado para no penetrar por la puerta de la *cueva de las perlas* la tarde anterior, siempre veía flotar, sobre todos sus remotos recuerdos y por encima de sus recientes y tristísimas impresiones, la dulce imagen de la señora Delfina, rebosando amor y sacrificio, siempre vigilante junto al *llar* para avivar en él á todas horas el calor y la luz.

Alboreaba, cuando *Mafañera,* después de pagar el gasto, se echó á la calle resueltamente, respirando á pleno pulmón la salada brisa matutina.

La tierra y el mar iban ya despertándose: el pescador se frotó los ojos, heridos por la luz, y lo primero que vió, á lo largo del

murallón de la dársena, fué una hilera de mástiles pintados de blanco, en cuyos áspices ondeaban sucios gallardetes de varios colores, recordando el reciente paso por la villa de un político *de cartel*. Muchas veces, después, en la América española y en la Europa latina, recordando *Mafañera* este primer término del cuadro, había comprobado que allí como aquí, en cualquier circunstancia de la vida, la política, polilla de nuestra raza é hija mayor del charlatanismo, suele ser siempre lo primero con que tropezamos; lo que nos divide en dos inmensas familias: la de *los que hablan* y la de los que no tienen palabra; los gobernantes y los gobernados; los que producen los garbanzos y trabajan muchas horas para ablandarlos, y los que se sientan á la mesa, las más veces con las manos sucias, para burlarse de los *principios* y engullir el puchero.

Al pie del paredón, del otro lado y allá abajo, iba subiendo lentamente la marea; una lengua de agua verdosa, saturada de inmundicias, que avanzaba y retrocedía sobre la *vasa*.

En la parte aún no inundada, varios calafates restauraban una barcaza que, recostada sobre la arena, dejaba ver mucha parte de la quilla. Éste, introducía con las orejas del martillo puñados de estopa en las grietas de la vieja embarcación; aquél, con

la azuela igualaba una pieza nueva; otro clavaba grandes clavos en la panza del lanchón; y el de más allá, sirviéndose de un escobillón, la embadurnaba de alquitrán.

El grupo de estos trabajadores, viejos lobos de mar, cubiertos y resguardados con sombreros indescriptibles, gruesas botas parecidísimas á las que en Madrid usan los de la ronda de alcantarillas, camisetas de lana de vivos colores ennegrecidos, ó del lienzo azul característico de la blusa del obrero, aparecía disfumado por las emanaciones de una hoguera sobre la que se calentaba la olla de la brea. Los calafates iban y venían con aire solemne, y sin acompañar y hacer más llevadera su faena con cantos populares, como acontece en las playas del mediodía. Dijérase también que temían perder un instante.

El agua seguía avanzando siempre, en sus idas y venidas, y pronto fué preciso ir recogiendo las herramientas para ganar la rampa del muelle, aplazando la restauración hasta el día siguiente.

Los balcones y las puertas de las casas más cercanas comenzaron á abrirse, pero tampoco las maritornes, que sacudían por ellos alfombrillas y ropas, saludaban con sus cantares el amanecer; y en cuanto á pregones, no fueron luego escuchándose otros que

el de las *sardinas* y *El Musel,* diario de la localidad.

Para *Mafañera,* de suyo observador, no pasó inadvertida la mayor habilidad que demostraban en su oficio los calafates de Xixia comparados con los de La Espina. Siguió derramando la vista, y vió luego en el centro de la dársena una fila de lanchones, en un todo semejantes al que restauraban, vacíos de cargamento y tripulación; luego faluchos, pataches, bergantines y bricbarcas, unos flotando, otros recostados sobre las bandas como si descansasen; en algunos oreaban el velamen de la lluvia que cayó la víspera al tibio calor del sol, que ya comenzaba á alumbrar arrancando reflejos metálicos al agua turbia, como si se empeñase en probar su poderío y virtud, capaz de dorar hasta las inmundicias.

En el fondo de la marina, la casa-aduana destacaba su blancura sobre una franja inmensa de azul obscuro del Cantábrico y bajo el azul descolorido del cielo. Á la derecha, en último término, se divisaban como dos terceras partes del faro de Santa Catalina, cortado por la suave curva de un montecillo de perennes verdores. Allá abajo, perpendicularmente á la casa-aduana, se extendía una alegre barriada, mirando á la dársena, que terminaba en la torre de la iglesia-colegiata de San Juan Bautista, contigua á uno

de los obscuros torreones almenados del castillo-palacio de los nobles marqueses de San Esteban del Mar.

En la iglesia, en el palacio, en los barcos, en el barrio, en la tierra y en las aguas, como tiempos en una bien compuesta sinfonía, después del *andante* vino el *allegro;* quiero decir, que fué despertando, cada vez más acelerada, la vida en Xixia, y que muy pronto comenzó á bullir el hormiguero del capital y del trabajo, los que, después y antes de todo, si bien se mira, vienen á ser una misma cosa.

Los ojos de *Mafañera* no se saciaban; aquel era el cuadro con que había soñado tantas veces despierto y dormido. ¡Avante, avante siempre!

Las vendedoras de pescado al menudeo corrían, descalzas de pie y pierna, hacia el muelle, con las *paxas* vacías sobre la cabeza protegida por el *rueñu,* á esperar á las traineras que habían salido á la mar de madrugada. Los trabajadores del muelle iban hacia el tajo, como quien viene de los toros, «¡es verdad!», y los empleados, más pausadamente aún, leyendo periódicos, se dirigían al escritorio. En cambio, devotas y carabineros caminaban de prisa hacia la Colegiata y la Aduana.

No faltaban tampoco, en aquel despertar, media docena de *golfos descuideros,* tan

dispuestos á desempeñar cualquier comisión por una *perrona,* como á hacer noche de bolsas ó pañuelos. Cada cual iba y venía á su negocio, incluso un mendigo, de aspecto repugnantísimo, que fué á establecerse como todos los días junto á la rampa que desde el murallón baja al mar, y allí, arremangada la pernera derecha para enseñar una úlcera purulenta, disparaba la siguiente canturia á todo transeunte de aspecto acomodado:

—Una *perrina, señur;* que esta *úrsula* me come en vida.

Los silbidos del ferrocarril carbonero de Langreo, cuyos trenes entraban de zaga en el muelle superior, respondían, sin concertarse ni armonizar, al continuo gemir de las sirenas de los buques que entraban y salían del puerto.

La negrísima polvareda, que se levantaba al despeñarse la hulla desde los *droks* en la bodega del vapor *Poveña,* de la matrícula de Bilbao, contrastaba fuertemente con las blancas nubes desprendidas de varias carretas, que en el muelle bajo, sirviéndose de una especie de tolva, vaciaban toneladas y toneladas de yeso en el *Joven Eugenio,* falucho de Avilés.

¡Cómo admiró *Mafañera* el sencillo y práctico artilugio á favor del que las vagonetas, llenas de lustroso carbón, subían y bajaban en los ascensores de los *droks* para verter en

dos segundos el contenido en los grandes vapores; y con cuánto desprecio se hizo cargo del contraste que ofrecían las carretas arrastradas por lentísimas yuntas de bueyes, cuyos yugos protegían y adornaban los clásicos vellones!

Por fin, al fondo de la marina y á la izquierda, se divisaba El Musel, con sus vastos muelles en construcción, como una gran esperanza para el enriquecimiento y prosperidad de Xixia, y la línea ó cresta del cabo de Torres, cuadriculada por las arboladuras de las embarcaciones surtas en el puerto viejo.

El mozo, sin acordarse de comer ni de sentarse desde la mañana, se pasó el día yendo y viniendo hasta la punta de Liquerique, y luego se trasladó á los muelles de Fomento para admirar de cerca y á todo sabor una grúa colosal, coronada por su caseta ó garita pintada de plomo.

Allí le sorprendió la noche, hambriento y rendido.

Poco á poco habían ido apagándose con la luz del día silbidos, ruidos de cadenas, pregones y pasos de los trabajadores, á medida que se percibía más claramente el continuo y acompasado murmullo del cabrilleo sobre las murallas, é iban encendiéndose unas tras otras las luces de las casas, las del alumbrado público y los faros marinos, cuyos

rayos, la noche ya entrada, rielaban en las aguas negras.

La obscuridad y el silencio hicieron volver en sí á *Mafañera,* anegando su espíritu de tristeza; volvió á pensar en su pobre madre con más remordimiento, y en *Laína* con grande desesperación.

Sentado en la muralla, las piernas colgando hacia el mar, tropezaron sus manos, en el fondo del bolsillo, con pan y queso comprados en el *chigre* para merendar, y que ahora venían que ni de encargo para la comida y la cena, todo en una pieza. Pero, como si el cuerpo desfallecía por la falta de alimento, el espíritu del mozo se blandeaba aún más, huérfano de correspondencia y de consejo, *Mafañera* humedeció con sus lágrimas el primer bocado, dejando caer luego ambos brazos con desaliento.

El recuerdo súbito de Azmírez y de *Laína,* abrazados al salir de la *cueva de las perlas,* obró como poderoso reactivo, y el mancebo se rehizo inmediatamente, engullendo con rabia su pobre comida.

¡Avante, y siempre avante! Las cartas estaban echadas; y sacudiéndose luego las migajas, se encaminó resueltamente hacia la población, decidido á buscar trabajo.

Muy pronto le atajó el paso una sección de artilleros, en traje de faena, que con su

jefe á la cabeza venía rodeando un camión arrastrado por seis poderosas mulas.

Mafañera volvió sobre sus pasos lleno de curiosidad.

Los artilleros, á una voz del jefe, hicieron alto junto á la grúa, mientras atracaban al muelle dos lanchones. Transportaba el camión cuatro cañoncitos de montaña acabados de salir de la fábrica.

El comandante de artillería que mandaba aquella tropa, comenzó, sin perder un minuto, á dar órdenes breves y precisas, pudiendo observar *Mafañera* la especie de veneración con que los soldados obedecían.

En el metal de la voz, en las maneras, en la mirada, en todo el gallardo porte del comandante, había algo muy extraordinario, que si era difícil de explicar, se sentía á primera vista por sí y por el culto que la tropa le rendía, exento por completo de militar servilismo.

Tampoco pasó inadvertido para el pescador que el comandante lucía sobre el pecho la cruz laureada de San Fernando, y la roja cruz de Calatrava, aunque por entonces no supiese apreciar el gran significado de ambas condecoraciones.

Multiplicábase el jefe, cuidando con extremada solicitud del funcionamiento de la grúa y de todos los pormenores precisos

para llevar á cabo, con la mayor economía de tiempo y de trabajo, el no sencillo embarque de las piezas.

Efectuado éste con toda felicidad, y cuando ya se alejaban las barcazas cargadas con los cañones con rumbo á El Musel, al girar la grúa por última vez, terminada su misión, se espantó una de las mulas del carro, y al desmandarse tiró al agua al soldado que la sujetaba por el cabezón.

Prodújose entonces entre la tropa la consiguiente alarma; ni el náufrago, ni sus compañeros de tierra sabían nadar. Daba voces el comandante, animando al caído, mientras él se desabotonaba rápidamente la levita, cuando *Mafañera,* abriéndose paso, se arrojó al mar de cabeza, logrando salvar al soldado con poco esfuerzo, y remolcándole hasta la rampa más cercana.

En tierra ya y frente á frente el comandante y *Mafañera,* que hacía grandes esfuerzos para no tiritar, se contemplaron con extraordinaria simpatía. El mozo, derrochando tesoros de energía y como si no sintiese el remojón, estaba cuadrado militarmente delante del noble artillero.

—¿Cómo te llamas, muchacho?—preguntó despojándose del guante y tendiendo la diestra al pescador.

—Luis Bravo, señor; pero todos en La Espina llámanme *Mafañera*.

—¿Bravo?... te cuadra el apellido, á lo que parece. Toma, y muchísimas gracias; siento no poderte dar más, pero no llevo más encima; de todos modos, ve á buscarme mañana á las siete á la fonda de la Iberia.

—Gracias, mi comandante, respondió el muchacho, rehusando con muy buenos modos el dinero que se le ofrecía. Lo que yo hice no merece premio ninguno, señor; la mar conóceme bien, y gústame bañarme en ella, en todo tiempo, aunque haga fresco.

Volvió el artillero á mirar fijamente á *Mafañera* de arriba abajo, sin que éste pestañease; dijérase que sentía en todo su cuerpo las caricias de aquella mirada inquisitiva.

Luego, sin insistir en su donativo, volvió á preguntar secamente:

—¿Qué quieres?

—Aprender mucho y trabajar siempre... si fuese posible, sirviendo al señor.

—¿Sirviéndome?... En fin, ya veremos; ahora colócate á retaguardia con el chapuzado y... ¡de frente!, ¡mar!

Y el convoy se puso en marcha á lo largo del muelle, seguido de *Mafañera* y del soldado náufrago, ambos tiritando y dejando un rastro líquido sobre las losas.

X

Desde la fundición á América.

La existencia y funcionamiento, siempre progresivo desde el año 1797, de la famosa fábrica, confirma y remacha la verdad que encierra el viejo adagio de que no hay mal que por bien no venga; porque, como dijo don José María Quadrado, «si algún rumor de armas perturba la comarca, si retruena á veces en sus valles el estampido del cañón, son los ecos de aquella industria belicosa, situada junto á la confluencia de dos ríos, que enriquece el país en lugar de desvastarlo y que convierte para él los instrumentos de muerte y oficinas de guerra en elementos de vida y en beneficios de la paz».

¡Cuántas veces en medios antitéticos se producen efectos idénticos!

Mafañera se sentía casi dichoso y tan tranquilo como si respirase la atmósfera sedante de la iglesia del Santísimo Cristo, saturada de incienso y de humedad, en la caliginosa de los hornos Siemens, capaces de fundir doce toneladas de acero: no le atolondraba el estrépito monótono y discordante

producido por trenes, fraguas, prensas, motores y disparos en el *probadero* de cañones; con ser todos estos ruidos tan distintos al siempre nuevo, jamás empalagoso rumor del oleaje y al sublime fragor de la galerna; esparcía el ánimo en la severa biblioteca de la fábrica sin acordarse del *chigre* y no cambiaba todas sus antiguas relaciones en La Espina por su nuevo y único amigo: el trabajo cotidiano, tan de su gusto.

Nada echaba de menos en aquel vasto establecimiento el alma ni el cuerpo del más exigente. Allí tenían iglesia, escuelas, biblioteca, agua en abundancia, frondosidad, flores, clima apacible, roce continuo con gente instruída y bien criada, múltiples y grandiosas manifestaciones del progreso individual y colectivo;... y finalmente, enfermería muy bien servida y cementerio repuesto y no sujeto á profanaciones de la moda.

En el ánimo más profano á la ciencia de las armas produce una de aquellas impresiones, que difícilmente logra borrar de la memoria la lima del tiempo, la visita al gran establecimiento dirigido por el cuerpo de Artillería español, que cuenta en sus filas, entre otros muchos sabios y caballeros, á los Ordóñez, Sotomayor, Mata y Plasencia, y que, superando como Cuerpo á todos sus congéneres de los distintos ejércitos del mundo—incluso el alemán—sólo en Italia

encuentra hoy quien le aventaje, sumados los progresos que allí realizaron los oficiales del arma.

Y si tal acontece en circunstancias ordinarias y tratándose de cualquier viajero curioso que llega á la fábrica de cañones desde la capital ó de las Caldas de Priorio, sin conocimientos y recomendación de ninguna especie, y en día no señalado para las grandes fundiciones ó pruebas extraordinarias, ¿qué no será cuando el personal facultativo se propone obsequiar á un personaje que, á más de jefe superiorísimo, cuenta en el ejército con tantas simpatías y prestigios como había sabido conquistarse, entre militares y paisanos, el ministro de la Guerra de aquella época?

Para estereotipar, pues, en el ánimo de *Mafañera* la gratísima impresión de respetuosa simpatía que sintió desde luego por el comandante en el muelle de Fomento de Xixia, no fué preciso más que le viese y admirase en el pleno ejercicio de sus funciones, con ocasión de la visita del ministro.

En cómoda y sencilla jardinera, arrastrada por una maquinita de vapor al servicio de la fábrica, se trasladaron á ella los expedicionarios desde la estación de ferrocarril, admirando la limpieza y brillantez del tren, que parecía estrenarse, pregonando á manera de heraldo el orden y policía

admirables que reinan en todas las dependencias de aquel pueblo fabril al par que instituto docente.

Sin perder un momento, el ministro y su séquito visitaron varios talleres, comenzando por el de *Artillería,* para dar así tiempo á que terminasen los preparativos del número más brillante del programa: la fundición de una pieza sistema Ordóñez, de 30 y ½ centímetros de calibre.

El cuadro, que desde cierto aspecto recordaba vagamente el género cultivado por Cutanda, no era para olvidado.

En primer término, rodeando el molde del gran cañón, sumergido en un pozo de doce metros de profundidad, se veía á los operarios con la ropa de los días de fiesta y las herramientas al brazo, capitaneados por el maestro fundidor, quien en una función semejante había perdido el ojo izquierdo.

Más que obreros parecían aquellos hombres sacerdotes de extraña religión, apercibidos para celebrar algún tremendo sacrificio. Graves, inmóviles y cuadrados militarmente, aguardaban en silencio la voz de mando, mientras que al fondo del taller, iluminado esplendidamente por los rayos del sol que se filtraban á través de la techumbre dorando muchas negruras, los grandes hornos de fundición en círculo,

como si se impacientasen ya, murmuraban roncamente.

El oficial encargado de dirigir tan delicada maniobra, formaba detrás de los obreros; después el comandante, aguardando tranquilo el previsto y feliz resultado de la operación, y en último término la brillante plana-mayor del ministro con su séquito, el coronel director del establecimiento, y varios otros jefes y oficiales de distintas armas destacándose sobre la masa compacta de los convidados de la clase de paisanos.

Llegó por fin el momento tan esperado; el oficial, llevándose la mano á la visera de la teresiana, pidió la venia al comandante, al par que imponía silencio al concurso, que notó la acción; aquél, en la misma forma, solicitó el permiso del coronel; éste del ministro, y al sonar por fin la voz de mando, uno tras otro los hornos comenzaron á vomitar torrentes de metal líquido que al correr, sin desbordarse, por débiles cauces de arena refractaria, iban difundiendo pámpanos de oro cuyos fulgores duraban un instante.

El molde fué llenándose poco á poco de su temible y magnífico contenido, que hervía despidiendo siempre ígneo pampanaje, y borbotando como los gargarismos que hubiesen podido hacer aquellos gigantes de la fábula que intentaron escalar el cielo.

El resultado de la fundición respondió con exactitud matemática á los cálculos del comandante, á quien comenzó á considerar *Mafañera* desde aquel día como á un sér sobrenatural. El pescador había creído presenciar algo así como la fundición de un sol destinado á servir de nimbo al genio de la guerra; ó la construcción de una columna de oro capaz de soportar las magníficas estatuas de todos los grandes capitanes, desde Alejandro á Napoleón.

Con su despejo natural discurría también *Mafañera,* sin dar forma exacta y propia á su pensamiento, que si era triste considerar de una parte cómo tres ó cuatro disparos del mónstruo que acababa de nacer bastarían para convertir en pila de escombros la Giralda, ó la catedral de Burgos, no era menos cierto que aquella hermosa pieza de artillería estaba destinada nada menos que á defender la integridad de la patria, la vida de nuestros padres y el honor de nuestras mujeres de todo ataque é invasión extranjera, ya que sobre la fuerza se cimentó siempre el derecho, y es preciso procurar ser muy vigorosos para infundir respeto.

Asociando luego aquel interesante espectáculo á sus sentimientos más íntimos, hubo de confesarse *Mafañera* que á hombres como el comandante hubiera cedido él, con gran pena pero con noble conformidad, las primi-

cias del amor de *Laina,* dejándole el paso franco... ¡Pero no era posible conformarse con ser pospuesto al señorito madrileño! El noble mancebo experimentaba un sentimiento parecido al del cisne—en el cuento de Andersen *El patito feo*—que ignorante aún de su propia naturaleza, se conformaba á morir á picotazos de sus orgullosos semejantes, en el lago del castillo, rebelándose en cambio á sufrir los groseros ataques de otros animales inferiores que poblaban el gallinero de la alquería.

Las legítimas ambiciones de *Mafañera* fueron incubando tranquilamente al servicio del comandante, que poco á poco cobró mucho cariño á aquel muchacho tan inteligente, tan fuerte y tan bueno.

El artillero distaba muchísimo de ser uno de tantos sabios atiborrados de matemáticas, que por incapaces de apreciarlas y de sentirlas, desdeñan toda manifestación artística, atentos sólo á lo que llaman *práctico,* presuponiendo, sin darse cuenta de ello, que sólo de pan vive el hombre.

En el inmenso salón de estudio del comandante, alto de techo y con las paredes encaladas, *Mafañera,* convertido en su ayuda de cámara y discípulo predilecto, quitaba diariamente el polvo al busto de mármol de Byron junto al busto en bronce del general Castaños.

Al lado de un gran nudo echado en un cilindro de acero que servía de pisacuartillas, veíanse las reproducciones de la Sapho de Pradier y de la Psichis de Canova; y cerca de un cuadro muestrario de clavos de variadísimos tamaños, colgaba un bonito paisaje de Cordero y el retrato de María Teresa, reina de las dos Sicilias.

Por fin, el *Don Quijote,* reproducido por López Fabra de la primera edición, *Pepita Jiménez, Sotileza, El Capitán Veneno* y tres ó cuatro *Episodios Nacionales,* de Pérez Galdós, alternaban en la biblioteca giratoria, junto al bufete, con las obras de los más modernos y acreditados tratadistas de la compleja ciencia del artillero. Solía decir el comandante que con aquellas joyas de la hermosa y fecunda literatura española se enjuagaba la boca demasiado pastosa á veces de tanto respirar polvo de bronce y de acero.

Entre los pocos pero elegidísimos libros del sabio, había también tal cual rareza, como *El Perfecto Artillero,* de Julio César Firrufino con láminas grabadas por Pedro Perret.

Indicado dejo que el comandante había venido al mundo entre pañales de batista, y bueno será hacer constar también que, en asuntos de limpieza corporal y domiciliaria, era quizás en lo único que el artillero renegaba de su tierra.

Mafañera junto á su amo y maestro se volvió muy limpio y ordenado. Aprendió el rarísimo secreto de aprovechar el tiempo, y por fin se hizo avaro de palabras, porque al comandante le apestaban los oradores.

—Hablando, decía, no se llega jamás á emular la gloria, poco cacareada, pero sólida como montaña de granito, de hombres del calibre del comandante Elorza (á quien siempre presentaba como ejemplo en sus breves pláticas con *Mafañera)*; «ni se funden estatuas colosales como la de Velarde, levantada en Santander, ni se realizan milagros matemáticos aplicados á la construcción, como el de llegar á dividir dos milímetros en doscientas partes, ó sea en centésimas de milímetro, legibles perfectamente con ayuda de microscopio, como tuviste ocasión de hacerlo en el *taller de construcciones diversas.*»

Había adquirido además el mozo, durante su estancia en la fábrica, más que nociones de fotografía y litografía, y llegó á ser maestro en la construcción de limas de acero, desde las que sirven para pulir las uñas hasta las otras de todas clases, figuras y dimensiones, propias para el surtido y abastecimiento de los múltiples trabajos de ajuste á mano.

En este medio tan favorable al desarrollo de sus aficiones innatas, llevaba *Mafañera*

cuatro años, acreditando constantemente la firmeza de sus propósitos, expresados tan lacónicamente en el muelle de Fomento de Xixia, cuando respondió al comandante, ávido de premiar su arrojo:—«Quiero aprender y trabajar».

Cuatro años de estudio teórico-práctico en la escuela de aprendices establecida en la misma fábrica, durante los cuales aprendió dibujo, práctica de taller, mecánica y geometría; conocimientos todos con los cuales podía aspirar á las vacantes que ocurrieran en el *personal del material,* afecto al cuerpo de Artillería, ingresar con buen sueldo en cualquier otra industria privada, ó establecerse por su cuenta. Precisamente amo y criado estudiaban por entonces cuál de estos dos empleos convendría más á *Mafañera,* cuando el comandante recibió una carta que hubo de perturbarle extraordinariamente, enconando su humor, que no solía ser de almíbar.

Tenía el célebre artillero por toda familia un hermano, médico militar, sabio y estrafalario, de tan buen fondo como empecatadas formas, quien habiendo servido en las filas del pretendiente Don Carlos de Borbón, y concluída la guerra civil, no quiso acojerse al armisticio ni disfrutar por ende el reconocimiento de sus merecidos ascensos.

El comandante había roto toda correspondencia con el carlista, afiliado á tal causa en los días en que se bailaba el cancán en las iglesias de España; el Interior estaba al 10 por 100; los soldados ébrios silbaban á sus jefes, y los alemanes, como si se tratase de limpiar de ratas los buques de nuestra escuadra, desalojaban de ellos á los amables y cultísimos cantonales cartageneros.

El comandante quería mucho á su hermano, cuyos talentos y sólidas virtudes conocía de sobra, aunque jamás disculpó que se hubiera pasado al enemigo.

La carta mentada contenía la malísima noticia de que el médico, enfermo y sin recursos, se hallaba escondido en cierto pueblo de la costa de Levante, dispuesto á embarcarse para la América española como el más pobre emigrante.

No podía nuestro artillero reunirse con su hermano, ni tampoco abandonarle á tan triste suerte, solo y sin recursos de ningún género. ¿Y cómo y con quién enviárselos en aquellas circunstancias? ¿Á qué persona podía confiar el cuidado del enfermo querido? ¿Cómo era posible dejarle atravesar solo el gran charco?

Mafañera no quitaba ojo al comandante en aquellos días, mientras le ayudaba á vestir ó á desnudarse, no atreviéndose sin embargo á dirigirle ninguna pregunta.

Después de la señora Delfina, á la que solía ir á visitar dos veces al año, sin entrar nunca en La Espina, era al artillero á quien el antiguo pescador quería y reverenciaba más en este mundo. De *Laina* no sabía sino que desapareció del pueblo en cuanto se hizo pública su deshonra y el abandono de Manolo Azmírez. *Mafañera* tenía esperanzas de que, así como el mar arroja sus víctimas á la playa, algún día la desgracia, el dolor, la miseria ó los años le devolverían á *Laina,* siquiera para compadecerla; quizás para darle sepultura.

Tan negro se tornó el humor del comandante, que *Mafañera,* desechando escrúpulos, se atrevió á preguntarle, con el laconismo que sabía era tan de su agrado:

—Mi comandante, ¿puedo servirle de algo más que de lo poco que le sirvo?

—¿Por qué lo dices?

—Porque le veo con el pabellón arriado, y dispuesto me tiene á ayudarle para izarlo de nuevo.

El artillero miró á su asistente de arriba abajo, como lo había hecho la primera vez en el muelle de Fomento de Xixia; meditó un instante, y luego...

—Dime, Luis; habida cuenta de que si te embarcases para América no irías, gracias á lo que sabes, como el andaluz de cierto cuento, ¿te repugnaría hacer el viaje y buscarte

allí la vida en vez de establecerte en España? Piensa, antes de responderme, en tu pobre madre, que es anciana y ya no está fuerte.

—Si es que usted me necesita en la otra banda, ¿cuándo, cómo y en dónde he de embarcarme? Por mi madre, usted mirará.

Con las pupilas humedecidas volvió el comandante á mirar de arriba abajo á *Mafañera,* que no pestañeaba, cuadrado enfrente de él; y le tendió la diestra, que el marinero estrechó con toda su fuerza.

Y no habrían hablado más aquel día, si *Mafañera,* con el propósito de distraer á su bienhechor, no le hubiese preguntado:

—¿Quiere decirme el señor, qué fué lo del andaluz del cuento?

—Pues verás; un empresario de emigrantes, hallándose en alta mar, con rumbo á una de las más florecientes repúblicas sudamericanas, quiso hacer el recuento de sus huestes, cartera y lápiz en mano. Reuniéronse sobre cubierta los emigrantes, y el negrero, digo, el tratante en carne blanca, iba preguntando á cada cual su oficio y circunstancias.

«—Pues yo voy de carpintero, para servir á usted...—Yo de labrador...—Yo de herrero...—Yo de dorador...»—Y así por el estilo, iban respondiendo aquellos infelices.

Dirigiose por fin el empresario á un andaluz muy jacarandoso, que se apoyaba ne-

gligentemente en el palo mayor fumando una gran tagarnina:

«—¿Y usted, amigo, de qué va á América?

—¡Pues yo... *de poblaor!*», respondió el andaluz, tocándose con una mano graciosamente el ala del pavero y sacudiendo con la otra la ceniza del puro.

Rieron ambos la ocurrencia, aunque no estaba el alcacer para zampoñas, y después se convinieron muy al pormenor todas las condiciones y circunstancias, mediante y á favor de las cuales *Mafañera* dejó el servicio del artillero, embarcándose con el hermano para América. Y quiso su mala fortuna que, como despedida, llevase el mozo clavada en el alma una última y gran pena.

La víspera del viaje, solo con sus recuerdos, tomaba el fresco *Mafañera,* al caer de la tarde de un calurosísimo día de agosto, sentado junto á una fuente en lo más sombrío del parque y de espaldas á un cenadorcito al que llegaron, departiendo amigablemente, dos tenientes de artillería.

El uno hacía tiempo que estaba destinado en la fábrica; el otro, recién venido de Madrid, para emprender prácticas. Hablaban alto y alegremente, como buenos camaradas que no se veían desde la Academia de Segovia.

De pronto, vino á mezclarse á sus confidencias, y cuando *Mafañera* se levantaba

para volver á casa, el nombre de *Laína*, que no es común. El mozo dió un brinco, y volviéndose todo oídos, pudo enterarse fácilmente de que su ídolo figuraba á la sazón en primera fila entre las perdidas de alto coturno de la Villa y Corte.

—¡Avante!, murmuró el infeliz, rehaciéndose vigorosamente como en otras ócasiones. ¡Avante!... Ahogaremos su recuerdo envenenado en la mucha *salmoria* que hay desde este viejo mundo hasta las costas del otro. ¡Avante! ¡No sabe bien mi amo y maestro el gran servicio que me presta desterrándome con su hermano!...

XI

La fiesta de los patos.

La fiesta de San Félix, ó *de los patos,* tiene, como la del Santísimo Cristo, carácter de general para todos los vecinos de La Espina; pues la más solemne, entre las propias exclusivamente de la clase marinera, se celebra por Pascua de Resurrección.

En la del Santo, las barcas matriculadas en el puertecito pagan á escote la música,

traída generalmente de Avilés, los cohetes, las regatas y *los patos,* que suelen ser gallos los más de los años.

No bien sirvió Prendes la sidra que pedía *Palangrero,* en el tercer capítulo de esta historia, y comenzaba á referirle á *Mafañera* la parte de la suya que prestó argumento á los que preceden, cuando rompió también la murga en el muelle, rodeada de tantos chiquillos como moscas acuden á un panal de miel.

Con su desatinado chin-chin animaba los regates en la cucaña, ensebada y fija horizontalmente en el espigón de la derecha, conforme se entra en el puertecillo.

Cuando alguno de los mozos, después de fluctuar mucho, luchando por restablecer el equilibrio, lograba por fin aferrar el ramo de roble clavado al extremo de la cucaña, y dando dos zapatetas en el aire caía al agua sin soltar la ambicionada presa, se escuchaba siempre un clamor inmenso, sobresaliendo los agudos chillidos de las mujeres, que tanto parecían de desesperación como de júbilo; mientras que el público más lejano, ó de segunda fila, preguntaba aquí y allá con vivísimo interés:

—¿Quién ye? ¿Quién ye?

Como la cucaña avanzaba sobre el mar, muy cerca de la cuerda de que pendían los gallos, tendida de espigón á espigón, solía

cimbrearse violentamente cuando caían al mar los cucañeros, con lo que el martirio horrendo de las pobres aves comenzaba mucho antes de que les tocase su turno de actuar en la fiesta.

Y les llegó por fin muy pronto; en medio de los aplausos de la multitud que llenaba los muelles, la lancha del jurado fué á situarse á la entrada del puerto, gobernada por un respetable patrón y llena de alegres mozuelas vestidas de vivos colores, algunas de ellas novias de los regateros.

Tres eran las traineras que tomaban parte en la fiesta aquel año, tripuladas cada una por su patrón y doce marineros que vestían limpísimas elásticas blancas y boinas azules. A más llevaban á popa, de pie sobre una tabla á manera de balancín, á dos mozos con elásticas de colores chillones y calzoncillos muy cortos; eran los *cazadores de patos,* llamémosles así.

Y suspendidos de la cuerda por las patas, de trecho en trecho, balanceándose contínuamente y cacareando aterrorizados como si ya barruntasen su pasión y muerte, se veían los ocho pollos que iban á actuar de patos.

Cansado ya el público del espectáculo monótono de la cucaña, pedía impaciente que comenzase enseguida el número más atractivo en el programa de la fiesta.

Dieron por fin la señal, y las traineras, con boga lenta ó de ceremonia, salieron del puertecito, situándose á trescientas brazas de la embocadura. Iban provistas de sendos estribos de cuerda fijos á las bandas, á favor de los cuales los cazadores volvían á subir á bordo hechos una sopa después de sus continuas zambullidas.

Varias lanchas de Motrico, izada la lúgubre bandera blanca y negra de su matrícula, presenciaban la fiesta sin tomar parte en ella. A una señal, dada desde la lancha del jurado, partían las traineras como flechas, alcanzando el máximun de velocidad al pasar por debajo de la cuerda; entonces los mozos que iban á popa, objeto de la espectación general, trataban de echar mano afanosamente de los gallos, cogiéndoles por la cabeza. Como la barca seguía naturalmente el impulso de su arrancada, los cazadores caían siempre al agua, unas veces sin haber logrado hacer presa en sus víctimas, y otras colgados del gallo ó de la cuerda, que cerdeando violentísimamente, sumergía de una vez en el agua salada á los ocho desdichados animalitos, para volver á salir alguno sin cabeza, chorreando sangre y aleteando con las convulsiones de la agonía, ó dejándose otro las patas en la cuerda, arrancadas del cuerpo.

El cazador afortunado zambullía volviendo á salir á la superficie, nadando arrogan-

temente con un gallo ó parte de él á veces entre los dientes, bañados de sangre fresca, para avanzar así con más desahogo.

Los que en España y en el extranjero tanto nos critican por las corridas de toros, no paran mientes en el horrible y repugnantísimo espectáculo que ofrece la llamada *fiesta de los patos*.

Y digo ésto, porque no es exclusiva de España, sino que en país tan culto y de costumbres tan dulces como es Holonda, con ligeras variantes en los pormenores que apunté, es popularísima. No parecerá, pues, aventurado suponer que semejante barbaridad pudo muy bien importarse en Asturias por la gente marinera con el nombre primitivo, que responde á la abundancia en aquella tierra de las aves acuáticas que son siempre las víctimas.

El año de que vengo hablando, para multiplicar el sufrimiento de los gallos, una perrita de las lanchas vizcaínas se divertía en nadar debajo de la cuerda y sacaba afanosamente la cabeza del agua cuanto podía, tratando, entre ladrido y ladrido, de cogerlos cuando venían á darle en las narices, merced á los frecuentes sacudimientos del cordel.

No hay para qué decir que la murga y los continuos alaridos del público, compuesto exclusivamente de marineros y aldeanos

de La Espina, coreaban el cacareo agonizante de los gallos, aclamando al héroe que sin arte ni gracia alguna realizaba tan antipática crueldad, sólo por la conquista de un miembro palpitante de las mismas aves ó una triste botella de vino peleón.

Como hemos visto, en el traslado fiel de su relato, *Palangrero* no había llegado aún á referir á *Mafañera* nada que tuviese exclusiva relación con la *Andarica,* que así llamaban en el pueblo á la nieta y lazarillo del *Canillón.*

Entre *cachada* y *cachada,* y sin dejar de mirar de vez en cuando hacia el escenario de los *patos,* el viejo patrón comenzó por *apigazar* frecuentemente, mientras con lengua borrosa mechaba su relación con refranes y observaciones no siempre oportunas, concluyendo por quedarse dormido sobre el tablero.

Mafañera, fingiendo prestarle mucha atención, le había escuchado como quien oye llover en tiempo de sequía, y no es labrador; en cambio no perdió pormenor del triste espectáculo de los *patos.*

En el fondo y en la forma era el mismo que cuando él tomaba parte en las regatas.

Había, pues, que convenir, pensaba nuestro protagonista, en que su señoría el Progreso camina por La Espina más despacio que los cangrejos ahitos. «¿Cómo habré

podido yo divertirme con semejante barbaridad?, se preguntaba. ¿Cómo pueden gozar tanto, público y actores, siendo unos y otros en su mayoría gente temerosa de Dios, de buenas entrañas, y no tan cerril y afeitada de todo estudio como lo son otras muchas de distintas comarcas de la Península?»

Palangrero roncaba como un órgano con todos sus registros sueltos: había dejado caer su cabezota sobre la mesa, y derivada hacia el cogote la boina, bañaba un mechón de greñas marisaladas en un charco de sidra vertida sobre el tablero.

De vez en cuando, *Mafañera* le contemplaba con paternal solicitud, recordando la época en que á sus órdenos bogaba en la trainera. ¡Cómo había envejecido sin cambiar de genio ni de figura!...

Y el apreciar lo primero, así de golpe y porrazo, era en verdad ni más ni menos que mirarse al espejo. ¿Cómo no habría cambiado él también físicamente, cuando nadie hasta entonces le reconoció en La Espina?

Algunos puntos de contacto podían marcarse entre el antiguo patrón y el flamante indiano.

En el fondo eran dos almas de Dios, satisfechas con sus respectivos destinos; tan feliz *Palangrero* en su pobreza, no faltándole sidra y política, como *Mafañera* en la abundancia,con tal de que su actividad hallase

empleo. Tomaba aquél la vida como venía, y siempre en broma, dejándose llevar de la corriente.

Para éste era también apetecible la existencia y no renegaba jamás de ella; pero como palestra: ¡avante, avante siempre!; aprender y trabajar, sin descanso, é ir remediando el mayor número de infortunios entre los muchos que nos salen al paso constantemente.

Tenía *Palangrero* de las señoras mujeres un concepto harto mezquino: se había casado con *Alitorda,* de la que no tuvo sucesión, como quien contrata á una cocinera y criada en el mismo volumen, y para toda la vida.

Mafañera, escaldado la primera vez que se acercó al amor, aunque huía de volver á intentar la suerte, conservaba el ascua arropada en cenizas, acariciando el natural deseo de compartir, con una mujer que le comprendiese, aspiraciones y riquezas.

. . . .

. . . .

Palangrero seguía roncando, mientras la fiesta de los *patos* tocaba á su fin. Las muchachas, desplegadas en fila, cogidas de la mano y ocupando el ancho de la carretera, se encaminaban alegremente hacia la fuente de Saltarúa, «que fai á la xente aguda», seguidos de marineros mozos que las reque-

braban, dispuestos unas y otros á armar el gran baile debajo de los castaños y de los plátanos, al son de la gaita y del tamboril.

A los *secaños* iban tragándoselos las puertas de los *chigres;* y en la concha del puertecito, hasta el agua se fué retirando poco á poco. En la arena descubierta, limpia y fina, jugaban algunos rapaces echando al agua un canastillo con restos de la merienda, divirtiéndose así en enconar la voracidad de una *patexa* que avanzaba y retrocedía de costado, ávida de asaltar el cestito.

Por fin formaban parte del desfile tres ó cuatro borrachos que, *añando* torpemente, venían en dirección al *chigre* de Prendes, á cuya puerta *Mafañera* velaba el sueño de *Palangrero,* deleitándose con la marina y rumiando recuerdos.

Antes de que aquella gente de poco fiar empareje con nuestros amigos, quiero hacer justicia completa al viejo patrón de quien dije que era feliz, si no le faltaban ni sidra ni política.

Dominábanle efectivamente ambas pasiones cuando *Mafañera* huyó de La Espina, y seguían esclavizándole á su vuelta; pero conviene advertir que las *moñas* de *Palangrero* eran siempre inofensivas, y se desleían en el primer sueño que echaba, despertándose luego fresco como un cogollo de lechuga. La sidra sólo conseguía aumentar su

buen humor, proclamando á voz en cuello la honrada condición del sujeto.

¿Seguiría también ejerciendo como antaño y con loco entusiasmo el oficio de muñidor electoral y dándose aires de cacique?

Ya se verá, si es que viene á cuento.

Mientras *Alitorda* encendía las luces, el *chigre* iba llenándose de parroquianos de mar y de tierra, por sus dos puertas.

Los labriegos entraban por la del fondo sin soltar sus varas ó aguijadas, en mangas de camisa llena de polvo de color de ladrillo, y, muy recelosos, iban sentándose en segundo término á respetable distancia de los marineros, por no atreverse á alternar con ellos.

Y es que la gente marinera en La Espina desprecia á los labradores, de quienes suele decir en son de burla:

—Ganan pa la contribución y mal vestirse con el maíz, *arbeyos* y las *fabas*. ¡Si ellos pudiesen sembrar *sardines!*...

Los pescadores, como Pedro por su casa, entraban todos por la puerta del mar.

Aquellos se cubrían con sombreros de fieltro negro muy ordinario; traían éstos boinas azules. Unos y otros bebían sin tasa del tonel filibustero, y charlaban también sin medida de cosechas y pescas, de los lances ocurridos en la fiesta de los *patos* y de las últimas noticias publicadas por los diarios madrileños

de más circulación, á propósito de la guerra de Cuba.

Había anochecido ya por completo, cuando el grupo de borrachos de que antes hablé, capitaneado por el *Vaqueriñu*, que venía muy bebido, se detuvo á espaldas de *Mafañera*.

Enarbolaba aquél en la diestra un muslo de pollo sanguinolento, del que colgaban como hilos los tendones desgarrados...

—Dos botellas de sidra á que no te atreves, le dijo uno.

—¡Tres á que sí!

—¡Á verlo!...

—¡Míralo!

Y el *Vaqueriñu* llegóse á *Mafañera* y le sacudió en mitad del cogote con la piltrafa.

El coro rompió en una estúpida carcajada.

Como salta un robusto fleje de acero sujeto á exagerada tensión, así de un brinco se puso en pie *Mafañera;* en un santiamén cogió con ambas manos al *Vaqueriñu* por el busto, le alzó del suelo como si fuese una gavilla de centeno, y bamboleándole un instante le arrojó lejos de sí dentro del *chigre*.

Entró en él, como fardo disparado por una catapulta, el insolente borracho, y después de dos ó tres trompicones fué á dar de cabeza en el mostrador, causando un gran destrozo en vasos y botellas.

Al estrépito despertó *Palangrero* sobresaltado, lanzándose dentro del *chigre* para averiguar lo ocurrido; y volviendo á salir á la puerta, se quedó plantado delante del forastero, mirándole fijamente.

Mafañera había vuelto á sentarse muy tranquilo; de pronto, el viejo patrón abrió un palmo de boca, se rascó entre las greñas, y medio llorando de sorpresa y de alegría entró de nuevo en el *chigre* dando gritos:

—¡Ye *Mafañera!*... ¡ye *Mafañera!* —decía.

Y Prendes, *Alitorda,* labriegos y pescadores, cada cual en su tono... hasta el *Vaqueriñu,* que pugnaba en vano por levantarse, debatiéndose bajo el mostrador en una verdadera laguna de bebidas gaseosas, todos repetían á coro:

—¡Ye *Mafañera!*... ¡ye *Mafañera!*

XII

Sardinas en fresco y escabechadas.

Orbayaba tenazmente desde el amanecer: así es que á las cuatro de la tarde hubo que encender los apestosos candilones, que ennegrecían más y más las paredes de la fábrica, revestidas de espesas capas de *sarrio.*

Sobre los *muertos,* entonces vacíos aunque no limpios, destilaban *salmoria* varios rimeros de *paxas* saturadas de roña antiquísima con esmaltes de escamas brillantes.

Las grandes tinas en hilera, á la derecha conforme se entraba, con la boca abierta como sepulturas, aguardaban que las llenasen de pescado y salmuera, y las ligeras parrillas de alambre refrito, que sirven también de secaderos, llenas de sardinas crudas, descabezadas y con las colitas hacia arriba, yacían formadas en fila á lo largo de la pared, esperando que escampase para que las volvieran á sacar al aire.

Todo era obscuridad, pringue, miseria, aceitón, tufo, sangre reseca y tizne de muchas especies, en aquel gran zaguán ó bodega, pieza principalísima de la antigua fábrica de salazones y freiduría.

Un montón de bonitos, acéfalos desde el muelle, brillaba con resplandores metálicos sobre las losas húmedas del suelo; las cabezas se habían vendido allá abajo en el puerto, para cocerlas y extraer *sain,* alumbrado de los pobres.

Arrodillada en el suelo, una moza rubia, fresca y sonriente siempre, armada de *macheta,* iba cortando los bonitos en gruesas rodajas, de dos ó tres pulgadas de espesor, y apartaba de paso las *pestañas,* ó sea el extremo que había quedado junto á la cabeza,

á modo de media luna, y la cola. A tales residuos se da salida, fritos ó en crudo, en la plaza ó en la fábrica, pero no son nunca objeto de exportación.

Otra muchacha, que tampoco era costal de afrecho, sino bollito de trigo candeal, enjuagaba las rodajas en un tanque lleno de agua dulce, y las echaba después en el *muerto* para salarlas. Dábaseles luego un nuevo lavatorio, y á la parrilla con ellas; por fin pasaban una noche al sereno (que allí las más es nublado), y después se empaquetaban en barriles, donde se les añadía el *moje* ó escabeche, cuya base la constituye vinagre de vino.

Allá al fondo de la bodega se delataban, por sus resplandores y fétido humazo, anchos fogones con sus calderas, ó *pailas,* circulares y cuadradas, en armonía con la forma de las parrillas de alambre que en ellas se sumergen, y por medio de una polea y unos ganchos se vuelven á sacar sin abrasarse de aquellos estanques de aceite hirviendo, ya frito el pescado.

Una de las lanchas propias de la fábrica había sido aquella mañana la primera en arribar al puertecito de La Espina, y por consiguiente la que, al atracar al muelle, puso precio á las sabrosas sardinas: siete pesetas por millar, y ella sola trajo cuarenta y nueve. La pesca había sido abundantí-

sima aquel día, sobrando para sus diversos destinos muchas *manos,* que son á cuatro sardinas, y veinticinco manos un ciento.

Varias muchachas destripaban y descabezaban las sardinas destinadas al frito y escabeche, echando en barriles los desperdicios, con objeto de venderlos á los labriegos para abono de sus tierras. Luego, dentro de *paxas,* enjuagában el pescado en un riachuelo que lamía los muros de la fábrica, y acomodaban por fin sardina por sardina en las parrillas ó cestas de alambre, en la forma que ya dije, á fin de ponerlas á secar antes de freirlas. Después, se les echaba dentro del tonel el mismo *moje* que al *bonito.*

Otra cuadrilla se ocupaba en *arrumar,* ó sea meter en cestas las sardinas por tandas; tal y como habían llegado de la mar, es decir, con cabezas y tripas entreverándolas con capas de sal gruesa, dentro de groseras cajas de ripia, ó en banastas de avellano cubiertas de helechos, para exportarlas á Castilla. Á esta primitiva preparación llaman *en fresco.*

Por fin, la tercera parte de la pesca se prensaba bajo una gran piedra, como la de los molinos harineros, dentro de los *tamboretes* ó grandes toneles que suelen verse á la entrada de muchas tiendas de ultramarinos por casi toda España.

Riendo y cantando, al compás del repiqueteo de las madreñas sobre las losas húmedas, ó chapoteando con los pies desnudos, iban y venían por la bodega hasta diez ó doce mozuelas garridas, fuertes, llenas, respirando salud, el color arrebatado y sudorosas las frescas mejillas y los robustos cuellos, como manzanas bien maduras sobre cuya tersa y brillante superficie resbalaba el rocío convertido en gotas.

La nostalgia de la fiesta de los *patos*, el cansancio del bailoteo, y más que nada la inmensa curiosidad producida por la nueva del arribo de *Mafañera* y el lance ocurrido con el *Vaqueriñu* en el *chigre* de Prendes, imprimía un compás más lento que el normal en la labor de las operarias de la fábrica de salazones, que fué un tiempo de don Higinio Carrió, liquidada luego por Bernardiño Marrén (el *Canillón*) y propia entonces de un tal Bernabé Degaña, acredor del segoviano, que se había quedado con ella por una copla.

Por allí andaba nuestro hombre al pie del yunque, increpando á grandes voces á las alegres operarias, quienes no haciéndole gran caso se detenían frecuentemente para cuchichear sobre el magno acontecimiento.

Como una inundación, la noticia se abrió paso en pocos minutos, difundiéndose por todo el pueblo. Chicos y grandes, todo el

mundo se acostó la noche antes sabiendo que *Mafañera,* más rico que el Conde de Xixia y que los dueños de las minas de Mieres y Langreo, estaba en el pueblo y había descalabrado al mal bicho del *Vaqueriñu,* odiado por los labriegos y por los pescadores como lo es el murciélago entre los mamíferos y las aves.

La mayoría entre los fabricantes de salazones se sobresaltaron, temiendo la competencia si al indiano le ocurría establecer en La Espina su industria con procedimientos nuevos, cual era por entonces el francés de preparar la sardina cocida al vapor, sin raspa, en aceite fino y en latas llamativas por la forma y los letreros ó marbetes.

Las ciencias físicas y naturales, representadas por D. Fermín Cabrales, el boticario, amigo leal y consultor gratuito de la señora Delfina—que en gloria estaría—recibieron la nueva con verdadero júbilo, echándose á la calle inmediatamente, sin quitarse siquiera el gorro de tercipelo, bordado y con borlón, para ir á dar un abrazo á aquel tunante de *Mafañera* con quien la fortuna, tantas veces tachada de ciega, había tenido vista de lince.

Pero D. Fermín tuvo por lo pronto que echar su gozo en el pozo de la botica; porque Vicentona, dueña del hospedaje y mujer del mayoral del coche de línea entre Xixia y La Espina, dió al boticario la mala noticia de

que D. Luis Bravo, *Mafañera,* había salido después de comer sin decir adónde.

¡Qué de comentarios se hicieron aquella siesta en la rebotica, entre la gente acomodada y sensata!...

El señor cura, que llevaba sólo media docena de años rigiendo la parroquia del Santísimo Cristo, fué también de los que se regocijaron, pensando que la vuelta del hijo pródigo se traduciría en alguna función solemne y limosna para los pobres. Y así discurría lógicamente, trayendo á colación el oportuno recuerdo de las misas que dos veces al año decía por la intención de D. Luis Bravo, quien daba espléndida limosna por estos sufragios en favor de las almas de Delfina y de *Ubalda la Reina*.

En cambio al maestro de escuela, á la pedagogía (ó pedantería), no le hizo gracia ninguna la repentina aparición del jabegote, enriquecido vaya usted á saber por qué artes, y de quien se contaba que había viajado por ambas Américas y por la mayor y mejor parte de Europa y de Asia.

¿Vendría aquel sujeto á hacerle sombra directa ó indirectamente, y á contrarrestar su rastrera propaganda anarquista, enconada por la envidia y el general desprecio con que le miraban los tertulianos de D. Fermín, las personas de más viso y *posibles* de La Espina?

La buena nueva se había colado hasta debajo del hórreo ruinoso en donde de limosna se guarecían la *Andarica* y el *Canillón,* despertando profundamente la inmensa codicia del viejo, y acariciando el espíritu de la pobre niña, sencillo, bello é inmaculado como máta de blancas margaritas nacida en mitad de un estercolero.

La tía *Trazona,* pergamino viviente, había llevado el cuento al *Canillón,* arrastrando las chanclas por el fango, tocada con un guiñapo, dando aire, al mover las caderas, al refajo de bayeta que fué amarilla, y sin dejar de la mano el huso y la rueca con que *filaba* un poco de estopa para hacer camisas.

Ya quedaba aclarado el enigma; ya sabían quién era el rumboso caballero que les socorrió la antevíspera con dos pesetas en lo alto de la cuesta de la *Formiga.*

Y el *Canillón,* que estaba aún en fondos, obsequió á la bruja con un par de traguitos de amílico.

En tanto que todo el pueblo andaba de esta suerte como revolucionado por el peregrino acontecimiento, *Mafañera* iba hacia el pobre cementerio, repuesto allá en las alturas, entre un maizal muy verde y un rastrojo como la yesca, sin cipreses, sauces, mármoles ni coronas de trapo.

La primera visita del hijo pródigo en La Espina había de ser por fuerza á las cenizas

de su buena madre y á las de *Ubalda la Reina,* enterradas ambas en el suelo bajo sendas y hermosas lápidas, que costeó *Mafañera* desde América, y á la sombra de dos robustas y elegantes cruces de hierro, sobre cuyos brazos solían posarse en primavera las mariposas y los pájaros para contarse sus amores.

¿Á qué volvía Luis Bravo á La Espina después de veintidós años de ausencia y cuando ya no le quedaba sobre aquella tierra ningún ser querido?

Él mismo iba preguntándoselo aquella tarde por centésima vez, con las manos metidas en los hondos bolsillos del impermeable, y la mirada melancólica derramada por la marina y el paisaje...

¿Volvería como regenerador, ó *superhombre,* para implantar en aquel pueblo atrasadísimo y *cristalizado* nuevas industrias, procedimientos prácticos y allí desconocidos, respondiendo así lógicamente á sus ingénitas aficiones de progreso... avante, avante siempre? ¿Acudía al pérfido reclamo, al recuerdo del bien perdido antes de gustado? Le empujó la curiosidad y el propósito de dar con *Laína,* siguiendo desde su origen el rastro de la desdichada para tener el desahogo de decirle, si es que aún alentaba en este valle de lágrimas:

—¿Lo ves, *llucerín*... apagado? ¿Lo ves? Te perdió la impaciencia. Bastáronme unos

cuantos años, que pudiste esperarme, para ganar honradamente una fortuna, que ni en sueños te ofrecía el zascandil, ¿qué digo?, el infame de Manolo Azmírez.

«¡Pobre mariposilla!; ¡no conocías aún el oro de ley, y te deslumbró el similor! Aquel canalla, aprovechando tu ceguera, *al pasar* te dejó sin honra, como despunta la vaca aguijada el tallo fresquísimo que sobresale de la cerca, y sigue su camino sin cuidarse más del arbusto en que dió el bocado.»

Ni á vengar agravios, como el Conde de Monte Cristo, ni á hacer justicia, ni mucho menos á que le admirasen ó envidiaran, había vuelto *Mafañera* de América.

De todas suertes, le contrariaba mucho que, por haber tropezado á las primeras de cambio con un borrachín atrevido, se hubiese él dado á conocer á sus paisanos por sus buenos puños. Y por otra parte, aquella ocurrencia parecía tender un cable entre la niñez de *Mafañera* y la época presente; porque el *Vaqueriñu* había sido siempre su único é impotente enemigo en La Espina. De rapaces, cuando descalzos de pie y pierna mariscaban en los *pedreos*, luego en las regatas y fiesta de los *patos,* en las duras bancas de la trainera, en el *chigre*... en todas partes, Luis Bravo había vencido y humillado sin esfuerzo á su constante provocador Pachu Feitín, como la víspera, después de

tantos años, sin reconocerse en un principio, le descalabró arrojándole sobre la pipa de sidra.

En cuanto al *Canillón*, enemigo pretérito y como en boceto, *Mafañera* no olvidaba la paliza que le costó la pesca de esquilas. La mano de la Providencia se había posado con tremenda pesadumbre sobre la cabeza del viejo ruín.

¿Pero quién sería la joven rubia que iba sirviendo de lazarillo al segoviano?

Mafañera recordaba vagamente ciertos rasgos de aquella simpática fisonomía, en un rostro odiado que no acertaba á puntualizar. Y era lo cierto que todo asomo de repulsión que hubiese podido sentir por la mendiga, se borraba al hablar *Andarica*. El timbre de su voz, humilde sin bajeza, dulce sin ñoñería, cariñoso y persuasivo, traía á la memoria, como eco muy lejano, el de la voz de *Laína* cuando la mañana de la pesca de esquilas confortaba á su salvador exclamando:

—¿No me oyes? ¡Mafa!, ¡Mafa!, ¿nò respondes á tu *Laína* que te quiere tanto?...

Y dando vueltas á semejantes reflexiones, *Mafañera* volvió á entrar en el pueblo, encaminándose resueltamente hacia la antigua fábrica de salazones de D. Higinio Carrió.

Palangrero, vestido de día de fiesta, le aguardaba en el portal para presentarle á Degaña. El viejo patrón, con aire solemne,

encendía un puro apestoso en el cuernecillo lleno de trapos deshilachados que le sirvió de yesquero toda la vida.

XIII

La romería del Cristo.

Por las carreteras de Xixia y de Luanco, veredas, trochas, atajos y campo á través, afluía á La Espina, antes de alborear, gente de toda especie y de todas condiciones.

Las mozas solteras, de muchas leguas á la redonda, á pedir marido al Santísimo Cristo, fijándole plazo, con la amenaza de retirarle la visita si no lograban su natural anhelo antes del 14 de septiembre del año siguiente. Esto al menos me parece que se desprende, como breva madura de la rama, de la siguiente copleja popular que cantaron, terminada la fiesta y en son de despedida:

«Adiós, Cristo de La Espina,
Adiós, camarín florido,
Ya no pienso verte más
A no ser con mi marido».

Los *paisanus* viejos, por atún y á ver al duque; quiero decir que les llevaba la piadosa costumbre, al par que la esperanza de realizar un negocillo cualquiera que pagase

los gastos del viaje á pie con el paraguas al hombro y un lío colgado junto al regatón. Las mujeres ya maduras iban descalzas, con los zapatos en la *paxa* ó *macona* sobre la cabeza, juntamente con las demás galas. Y los rapaces, andando y desandando el camino como perrillos jóvenes, jugaban unos ratos, y otros, cogidos de las manos, entonaban sencillas cantinelas como es aquella que reza:

«Tú eres la que vienes,
Tú eres la que vas;
Tú eres de mi gusto,
Tú me llevarás.
A coger limones
En el limonar,
Naranjitas dulces
Para refrescar.»

. . . .

. . . .

Referían las malas lenguas que de Xixia, en día tan señalado, vienen siempre á La Espina ciertas menestralas «á ganar para el *refaxo*», perdiéndose por la noche en las obscuridades adyacentes al famoso *Campo de la Baragaña*, «que ye onde se fai la foguera la viéspera del Cristo, y güelve quicias más xente q' la q' va».

Y conste que yo ni quito ni pongo; el texto copiado es de D. Apolinar Rato de Argüelles en su «Vocabulario de las palabras y frases bables que se hablaron antiguamente y de

las que hoy se hablan en el Principado de Asturias».

Los mendigos, más ó menos lisiados ó llenos de úlceras, no faltaban tampoco en aquel gran concurso, porque es sabido que en Asturias, en toda romería, á la música de las *giraldillas* y el *chiringüèlu,* han de mezclarse siempre las lamentaciones plañideras de los pobres de oficio, que van de feria en feria, como en tierra castellana las mesillas del turrón.

Por devoción ó limpieza, muchos romeros antes de entrar en La Espina, se lavaban los pies en las playas de Palmera ó en el *Pedreo del Conexal.*

El mar estaba alborotadísimo, como si protestase del momentáneo, pero total abandono en que le dejaban sus diarios parroquianos. Ni una sola lancha cabeceaba sobre la cresta de las olas; ni una bocanada de humo de los barcos de vapor empañaba el azul del horizonte.

Dice Max-Nordau que el alma humana no disfruta de un bien más querido que la ilusión, y que de todas ellas no hay ninguna ni más grande ni más consoladora que la fe y la oración.

De Luarca, que dista veinte leguas de La Espina, habían venido á pie unas pobres mujeres que rendidas de fatiga se desmayaron á las mismas puertas de la iglesia.

No puede ni debe negarse que, exceptuando á los vendedores, mendigos y charlatanes, la fe era quien llevaba en primer término á chicos y grandes á la tan popular romería. La fe, que así puede conseguir trasladar montañas de un lado para otro, como convencer á no poca gente sencilla, *a posteriori*, y para representarse aún más grande el milagro y la gracia, de hechos tan estupendos como el que proclama un exvoto colgado en la habitación de donde arranca la escalera que sube, y por la que suben continuamente de rodillas muchos fieles al camarín de Cristo.

Me refiero á la «tan peligrosa enfermedad, de D. Ramón del Valle; su edad, seis años», quien, como máquina para la fabricación de fideos, «arrojaba lombrices por ambas vías y también por el ombligo».

Nada menos que diez carros de argoma se habían quemado la víspera en la gran hoguera encendida en el *Campo de la Baragaña,* cuyo humazo, junto al de las buñolerías que ya funcionaban, dejó tamañito á los famosos de las minas de cobre en Huelva, que tanto ruido metieron en el último tercio del siglo pasado.

Á *Mafañera* este número del programa le pareció detestable, como la fiesta de los *patos*; ¡á él, que tanto gozaba de muchacho saltando por encima de las llamas sin miedo á chamuscarse!

El día amaneció muy hermoso, y apenas picaba el sol cuando las explanadas que se extienden delante de la iglesia del Santísimo Cristo estaban ya llenas de romeros.

Entre aquel gentío se diferenciaban mucho á primera vista, por el traje, tocado y barbas, los paisanos de los marineros y pescadores que parecían una clase superior.

Aquéllos vestían trajes muy obscuros. de grueso y bastísimo paño, y zapatones negros herrados, anchos sombreros del mismo color, y llevaban unas sota-barbas á modo de barbuquejo, tan recias y recortadas que parecían postizas. Como si temiesen ser víctimas de sorpresas ó burlas, iban recelosos, siempre de aquí para allá, en grupos nutridos, llevando al mujerío por delante y los garrotes apercibidos.

La gente de mar se cubría con boinas azules y encarnadas, blusas de aquel color, pantalones de lienzo ó de pana, generalmente rayados, y alpargatas nuevas, de corte y hechura de las que gastan en Guipúzcoa y en Vizcaya. También el traje de las pescadoras era mucho más alegre y pintoresco que el de las campesinas.

Unas y otras andaban ya muy de mañana curioseando por las tiendas y los puestos que iban abriéndose en el campo de la feria. Y les llamaban más la atención, como es consiguiente, los pañuelos de seda de colores

rabiosísimos, las medias á listas, las cintas y toda suerte de baratijas de bisutería ordinaria, que los puestos de cerámica, al parecer de hierro ó de carbón, industria de Faro, junto á Oviedo, y los de golosinas y comestibles.

Entre aquéllas, se llevaban la palma, para mi gusto, las sabrosísimas *ablanes,* con reflejos de caoba barnizada y azabache, turradas en el *sardu* de la famosa tía Rita, tan popular en todo el concejo de Contrueces, como lo fué y sigue siéndolo en Madrid la tía Javiera por sus rosquillas.

Advertíase que todas las vendedoras de avellanas, tías Ritas más ó menos auténticas, eran viejas y fumaban sin cesar, con verdadero regodeo, cigarrillos de papel.

Llamaban mucho la atención de todos aquellos que por vez primera concurrían á la romería, unos muñecos comestibles de pasta pajiza—no podía averiguarse si de garbanzos ó de azufre—que representaban leones, palomos, y la propia y veneranda efigie del Santísimo Cristo, de arte todo ello caldeo, asirio, ó cosa así.

Y créaseme, que lo digo muy de veras: los crucificados, que se parecían bastante á la imagen original, si bien eran todavía más arcaicos, tenían tan marcada y tristísima expresión, que ponían coto á toda burla... y quitaban el apetito.

No faltaban entre los comestibles y chucherías, regalo de aquellos sencillos paladares, rimeros de langostas cocidas y montecillos de *marañuelas* amasadas con harina de trigo, limón, canela, huevo, anís y no se si algún otro ingrediente, pastas de exclusiva fabricación de La Espina; ni tampoco los clásicos *amargos,* pastelitos que vienen á ser el obsequio más fino en las romerías asturianas; con todo lo cual *amolaban el diente* chicos y grandes.

En los puestos de manzanas, á las que se mostraban aficionados en primer término los rapaces y las viejas, solían suscitarse disputas sobre si estaban *podres* (podridas), según decía alguna melindrosa beata, después de manosear la fruta más que las cuentas del rosario; y también, á causa de la confusión producida por tanta demanda, sobre si *las tengo pagas* (pagadas) ó *no pagómelas.*

En estas y las otras dieron las nueve de la mañana, y el repique de las campanas, con el estampido de los *voladores de palenque,* ó cohetes de lágrimas, anunciaron la salida de la procesión precedida por el que les prendía fuego, seguido de dos parejas de la Guardia civil, imprescindible heraldo en las diversiones y en los duelos del pueblo español. Venía enseguida el estandarte del Concejo, á cuadros blancos y rojos, con la imagen del Cristo bordada en su centro, y el gaitero

y el tamboril con el parche muy bien *templado*. Luego la Virgen del Rosario, acompañada de los sacerdotes revestidos, dos frailes de Santo Domingo, el señor alcalde, el cabo de mar, tres carabineros y dos concejales. Por fin una murga soplando de veras; lo que junto con los traquidos de los cohetes producía un estrépito insufrible para oidos delicados, pero magnífico y entusiasmador para toda aquella bonísima gente.

Del lucimiento con que desempeñó su cometido el magistral de Oviedo, que predicó en la misa cantada que siguió á la procesión, puede formarse idea por el diálogo siguiente, cogido al vuelo, entre doña Caralampia la boticaria y D. Dimas Naviego, notario de Carmiña, que solía ir á la fiesta del Cristo casi todos los años y había faltado el anterior.

—¡Dichosos los ojos, mi señor don Dimas! ¿No vino la su mujer?

—Quedóse en Carmiña mortificada con una *benita* de mala especie que le salió en la nalga izquierda.

—El Señor la sane, sin haber necesidad de médico ni de botica, que Él todo puédelo. No se figura usted lo que siento que no haya venido, porque perdió el sermón más guapo que se ha predicado en el mundo, desde que Nuestro Señor Jesucristo dijo el de la Montaña.

—¡Cómo se conoce, doña Caralampia, que sus abuelos fueron andaluces!

—No señor; que ha sido muy guapo; muy guapo; y luego, como el señor magistral tiene esa voz tan dulce como las *teresicas* de Trubia... ¿no las comió Vd. nunca?

—No señora, ni se qué cosa sean.

—Pues unos pastelillos de crema, que ni amasados por mano de serafines.

—¡Ave María Purísima!

- Lo que usted oye. Vaya, quede con Dios y no deje de venir á casa al caer las once, que ya no tardarán. Tenemos convidado al señor magistral para *tomar el cuarterón:* ya usted sabe que la gente de iglesia no lo perdona, y Fermín trujo un vinito blanco del otro lado del Puerto que huele á rosas y sabe á gloria. Luego, que le presentaremos á *Mafañera,* quiero decir, á don Luis Bravo, un rapaz—lo era, porque ya tiene cuarenta años ó cosa así—hijo de una pescadora, muy buena mujer (e. p. d.) que siempre se aconsejaba de Fermín en todos sus apuros. El muchacho fuése á América, para él tierra de *felechu,* quiero decir, que en menos de veinte años, sin ofender á Dios ni perjudicar á los hombres, reunió mucha plata, mucha plata; por donde ya se ve, contra lo que reza el refrán, que honra y provecho caben en el mismo saco. Yo le digo á Fermín que aconseje á *Mafañera,* ¡dale!, á Luisito, que compre

muchos *dias de güés* en el término de La Espina, pero al mozo le tira más montar una fábrica... Pero ¡qué sermón tan guapo, señor don Dimas!; ¡es verdad!; si no dejo de relamerme. Como tiene una tantos conocimientos, desde la iglesia hasta que tuve el gusto de tropezarme con usted, lo menos me detuve veinte veces, y aunque yo soy de pocas palabras. y siempre voy al maíz apartando el panizo á un lado... Debe de ser ya muy tarde. Conque no se entretenga mucho por ahí, ¿eh? Verá usted que *Mafañera*—no me acostumbro á llamarle de otro modo—*es mucha persona,* y en oyéndolo hablar hay que le dar lo que pide. Después, tan llano, no obstante su mucha hacienda, que nadie podrá decir de él «ál burru que non ta acostumbrau á la albarda, muerdei la alfafarra». Casárase si quiere con la misma princesa Delgadina, la del romance, ya usted sabe, la que el su propio padre requebraba. Está usted muy *remocicado*; señor don Dimas; por usted pasan los años como el agua por bajo de la puente del Morcín, sín rozarle tan siquiera. A ver, ¿qué hora es esa que da? Una, dos... ¡Ave María, las once! ¡Y yo aquí con esta calma! Deme Vd. el brazo y vamos corriendo á casa. ¡Qué dirán el señor magistral y Fermín!... Pero qué sermón más primoroso; el tema era el siguiente: como el buen molinero separa en la criba las malas semillas

del trigo, así estableció el señor magistral la diferencia que hay entre la blasfemia y el juramento que hacen los valientes de cumplir un gran empeño. El sermón venía ni más ni menos que como la horma al zapato ó el zapato á la horma. Ya Vd. sabe, esta gente marinera lo que le da á la lengua y «cacarexaba la gallina en ñeru, cacarexaba y non traía huevo». Sin venir á cuento, ¡largan cada blasfemia que se estremece el *Cabo Probas*. Yo les ando siempre á los alcances...

—Si señora,... vamos andando, que ya son las once y cuarto, interrumpió don Dimas llevando de remolque á la boticaria, cuya lengua parecía el aspa de un ventilador eléctrico.

Á las cinco de la tarde había llegado la romería á todo su apogeo; el cuadro no podía ser más pintoresco ni rebosar más vida y alegría.

Atravesando los umbrales de un ancho portón de huerta, se entraba resueltamente en el fresco, verde y espacioso prado, teatro principal de la fiesta. A pocos pasos, cobijado por un sombrajo, se veía un gran tonel, revestido de frescas hojas de *carbayo,* vertiendo sin cesar raudales de sidra en pucheros de barro de Faro. Contenía el barril dos pipas y media de licor, ó sean doce quintales, 1.440 botellas; y al obscurecer ya estaba

más vacío que antes de que lo llenasen. También sobre un carro pintado de azul Prusia, desenganchado, cuatro hombres no daban abasto á descorchar botellas de sidra, del mismo cosechero, que iban luego amontonándose vacías debajo del vehículo.

Y merecía el trabajo de observarse que, á pesar de que los bebedores estaban ya hasta más arriba de la cinta, la Guardia civil permanecía mano sobre mano, porque en las fiestas de aquella noble tierra la sangre no se mezcla jamás con el zumo fermentado de las manzanas. Los hombres riñen como valientes é hidalgos, con las armas que les dió la naturaleza, á puñetazo limpio, y cuando más, esgrimiendo la cádava.

La rufianesca navaja no ha traspasado aún, felizmente, el Puerto de Pajares; la peor referencia que del *Vaqueriñu* hacían sus paisanos, era que la usaba.

Allá abajo, cerca de la acequia que limitaba el prado, funcionaban los tíos vivos.

A derecha é izquierda, familias enteras merendaban opiparamente, ofreciendo á cuantos pasaban cerca un bocado y una copa.

Predominaba el color rojo en las faldas y blusas de la clase acomodada, y también alguna dama linajuda vestía del propio color, constituyendo así un esmalte que destacaba vivamente sobre los verdores del suelo, del

horizonte sensible, y de cuanto podía abarcarse con la vista más poderosa sobre la redondez de la tierra. Parecían, pues, las mujeres amapolas de aquellos prados.

En ellos derrochaban mozos y mozas la santa alegría, hija de la honradez y de la salud, saltando y brincando sin cesar, acompasadamente, con la falta de garbo propia de los montañeses.

Bailaban sobre todo *xiraldillas*, hasta *matar zapera*; es decir, hasta no poder más.

«Hacían rueda hombres y mujeres juntos, á diferencia de la antigua danza prima, cantando coplas, por lo regular disparatadas, y con un estribillo bailable como este: «Giralda, Giraldilla, que no hay más Giralda que la de Sevilla», que dió nombre al baile. La cántica más antigua de este baile era: «Cantaba la páxara pinta á la sombra de un verde limón; con les ales esparce les rames, con el picu derriva la flor. Aire, cuandu veré á mi amor; aire, cuandu le veré yo. Salga Vd. á bailar, etc.»...

Razón tiene don Apolinar Rato: el sentido de muchas giraldillas suele ser incomprensible para quien las canta y mucho más para los forasteros que las escuchan, como sucedía aquel año con esta copla de actualidad, muy repetida:

«Mi marinero, madre,
ya está de gala,

con el puñal de acero
salta á la cama.
Vaya una gala,
vaya un salero,
que tiene, madre,
mi marinero.»

Lo que no puede negarse es que en aquel escenario, y entonadas por tales cantores, esta y otras tonadas, más ó menos discretas ó inspiradas, rebosaban ritmo y poesía verdaderos, en un todo semejantes á las de las canturias infantiles de *la rueda,* de la que es tipo la tonadilla:

«A la limón, á la limón,
Que se ha roto la fuente.»

. . . .

. . . .

Es más para visto y sentido, que para descrito por mi torpe pluma, el cuadro que ofrecía el prado al *atopecer,* cuando comenzaba á *orbayar* y la cercana *carbayera* y las verdes colinas, límite del horizonte visible, iban disfumándose lentamente tras la niebla.

Dos blancos toldos de los puestos, movidos por la brisa vespertina, semejaban gaviotas colosales que se abatían sobre el prado; tesoros del coral más fino, los rimeros de langostas-vacías como armaduras desceñidas, debajo de las mesillas de los vendedores; joyas preciosas, los gallos de caramelo color

de guinda, encanto de los *rapazucus;* ricos ceñidores de plata nativa los áros de las herradas, despidiendo en el aguaducho vivos destellos al herirlos el último rayo de sol, que se abría paso difícilmente al través de la finísima lluvia; de telas orientales las faldas de las mozas bailadoras, ondeando como provocativas y continuas tentaciones; y por fin, música propia de las edades clásicas, la melancólica y monótona música de la gaita y del tamboril, coreada por la charla franca é inofensiva de los *secaños,* que hacía veces de acompañamiento de contrabajo en tan rústica orquesta.

Quien haya visto lo que sucede en una manada de ovejas al aproximarse un mastín extraño, se representará con toda exactitud lo que ocurrió en el campo de la romería al llegar la noticia.

Las ovejas comienzan por reunirse inmediatamente, apretándose unas con otras, de cara siempre al probable enemigo. Después, á los primeros ladridos del mastín, retroceden y avanzan como la marea, y van y vienen de un lado para otro, dando bandazos; por último, una res *hace punta,* como dicen los pastores, y tras ella se precipita todo el rebaño, sin parar en obstáculos, sin detenerse un momento, sin volver la cara hacia atrás; arrollando cuanto se le pone delante.

Pinxapín, el monaguillo del Santísimo Cristo, arremangándose la sotana, en tres brincos trajo la noticia, que, después de algunas vacilaciones, despejó el campo de la romería como si en él hubiese entrado un toro de Miura.

Mafañera, pálido como el cirio de un tenebrario, y como proyectil de grueso calibre, abriéndose paso entre el gentío, fué el primero en llegar á la iglesia.

Sigámosle, que el caso lo merece.

XIV

Bien vengas, desgracia, si vienes sola.

Los asturianos de los pueblos limítrofes á La Espina, para dar vaya y cantaleta á los naturales de este pueblo, dicen con tonillo despreciativo:

«Si á La Espina vas,
El Cristo y no más».

Y sin percatar, sientan una verdad tamaña como el Cantábrico, porque no se concibe manifestación alguna en la vida del risueño puertecito, ni en la de cada uno de los vecinos, que no vaya marchamada por la devoción hacia la milagrosa imagen, faro, refugio, paño de lágrimas y padre amantísimo

y reverenciado para todos y por todos los paisanos y pescadores del concejo de Contrueces.

Cuando Enrique VIII, el Barbazul de Inglaterra, resucitó por un decreto, en los días de la *Reforma*, la guerra iconoclasta. la imagen del Santo Cristo de la La Espina fué arrojada al mar como muchas otras, en Irlanda, y salvada por unos pescadores de ballenas, naturales de aquel pueblo, los que con gran devoción la trajeron á Asturias. Esto afirma una piadosa tradición, que corrió de padres á hijos, y esto repiten los curas que van sucediéndose en la parroquia.

La efigie, si no de gran mérito artístico, tiene á no dudar mucho carácter. Menos realista que el Crucificado de Burgos, de talla y de tamaño natural, recuerda algo la manera latino-bizantina, aunque parece obra mucho más moderna. Si bien el genio maléfico de la restauración no debe de haber puesto sus manos excomulgadas en la imagen, la piedad indiscreta de sus devotos le vistió enagüillas de terciopelo rojo bordadas de oro en gran realce.

En un principio estuvo el Cristo en la iglesia de San Sebastián, á la entrada del pueblo, yendo á Xixia. Hoy ocupa un lujoso camarín churrigueresco sobre el altar mayor de la parroquia, en el punto más culminante de la villa.

Se subía años hace al camarín por una empinada y alta escalera de caracol, toda de piedra, oculta en un tambor cuyos cimientos se hunden en las rocas cercanas al puerto. De subir de rodillas los romeros, gastaron de tal suerte los peldaños de aquella *escala santa*, que, habiéndose hecho peligrosísima la ascensión, hasta en pie hubo de prohibirse, construyéndose la moderna escalera. Arranca ésta en la espaciosa sacristía baja, y muere en una pieza, también muy capaz, que sirve de antesala al camarín; es de madera, con las aristas de los peldaños de hierro, así como el barandal.

Al poco tiempo de haberse construido, el hierro de los escalones brillaba como plata bruñida, y parecía la madera impregnada del barníz más fino: tanto puede el continuo roce de las rodillas de los romeros.

Las cuatro paredes de la antesala del camarín están casi cubiertas de retratos al óleo, de fotografías y de marinas que representan naufragios. Generales, literatos, damas de añeja alcurnia, indianos, gente de aldea, pastores y marineros; desde el señor más calificado en todo aquel país—el Conde de Xixia, que viste en el cuadro el uniforme del cuerpo de Artillería,—hasta el más humilde pescador; todos los favorecidos por el Crucificado quisieron ofrecerle una muestra visible de su agradecimiento.

Tiene el camarín un gran cancel hacia la iglesia, de suerte que, al descorrerse el cortinaje que cubre el altar del Cristo, puede éste verse desde todas partes, siempre alumbrado por lámparas y candelabros.

A la derecha del camarín, y haciendo juego con la antesala, está la sacristía particular de la imagen, con ancho balcón al fondo, desde el que se domina todo el pueblo y la inmensidad del Cantábrico. En esta dependencia encuentra el visitante una verdadera exposición de ex-votos de todos tamaños, materiales y especies; espadas y fajas militares; bastones de gobernadores y magistrados; trenzas de pelo rubio, negro y marisalado; figuritas de oro, de plata y de cera, retratos obtenidos por todos los procedimientos que se conocen, y mortajas de niños, de hombres y de mujeres.

En un ángulo, entre la cajonera donde se guardan las ropas sacerdotales, y la pared, llama vivamente la atención una gran pila de aquellas tristes vestiduras; son todas de grosera tela negra ribeteada de galoncillos blancos; más que mortajas parecen trajes de baño. Las traen puestas los peregrinos en romería, que fueron desahuciados por la ciencia, y que sanaron por encomendarse ya casi en la agonía al Santísimo Cristo de La Espina. Los romeros dejan estas ropas como ofrendas en la Sacristía, y allí se venden á

otras personas para servir de mortajas de verdad.

La iglesia es grande, obscura, húmeda y fría; más que á incienso huele en ella á sótano ó á cripta.

La efigie negra, flaquísima, rígida, destaca medrosamente su gran melena sin brillo, sus barbas lacias, las espinas y la sangre, sobre el profuso dorado del retablo churrigueresco, alzando hacia el cielo la mirada enérgica, como si exclamase:

—Mi pasión y mi muerte os abre las puertas del Reino de mi Padre; todo aquí abajo es efímero, como esos cirios que á mis pies se deshacen en lágrimas alumbrando á una calavera.

Cuando el sacristán descorre las cortinas rojas que ocultan á las insaciables miradas de sus devotos la venerada imagen, se escucha en la iglesia un tierno y nutridísimo murmullo de adoración, de reconocimiento, de ferviente entusiasmo, al que se mezclan muchos suspiros y sollozos. El más incrédulo é indiferente, á la vista de este espectáculo, dobla la rodilla con respeto y se siente subyugado.

El *orbayu*—cosa allí muy frecuente—se había trocado en lluvia formal, y en sombras la luz ya mortecina. La triste efigie del Crucificado parecía más negra, más escualida y más rígida; los rezos de los romeros, que

llenaban el templo, las escaleras y las sacristías, parecían angustiosas plegarias inspiradas por el terror de una catástrofe inevitable; los cirios corridos goteaban sobre el altar, y las lucecitas de las lámparas, tumbadas por una corriente de aire, lamían la superficie verdosa de su continuo alimento; algún que otro murciélago revoloteaba gozoso bajo las bóvedas, saludando el reinado de las tinieblas, que ya se avecinaba.

Mafañera, como animoso general que atraviesa el campo de batalla para ganar una posición codiciada de la que depende la victoria, avanzaba abriéndose paso violentamente entre el gentío, sin cuidarse de sus protestas.

Estaba harto familiarizado con las flaquezas humanas y con la muerte misma. El médico militar, hermano del comandante nuestro amigo, fundó, al llegar á América, una casa de salud. En ella, hasta seis años más tarde, cuando murió, le había servido *Mafañera* de ***barchilón*** ó enfermero. Después heredó el hospitalito, cuyo traspaso, en excelentes condiciones, á un médico alemán recién llegado de Europa, fué base de la fortuna ulterior de nuestro Luis Bravo. Repito que estaba hecho á mirar cara á cara á la *gran niveladora,* si bien es cierto que tiene ésta el triste privilegio de sorprender hasta

á los mismos enterradores y sepultureros que viven á su costa.

Tampoco se forjó ilusiones *Mafañera* con respecto al fin probable de *Laína,* desde que escuchó la conversación de los dos tenientes de Artillería en el parque de la fábrica.

Todos los años desde entonces, y después de muerta la señora Delfina, por Navidades —que es por excelencia la fiesta de la familia—con el poeta Ferrari había recordado Luis, con piadosa conmiseración y desgarrándose la herida siempre viva, á

«Esas pobres mujeres sin alma
Que aguantan caricias
Y no las comparten».

Lo había previsto; un amargo y tenaz presentimiento venía anunciándole que el mar de la vida, mil veces más cruel que el Cantábrico con sus víctimas, arrojaría pronto á la playa, para que él los recogiese, los adorables despojos de aquella pobre mujer.

Pero ¿qué eran las tristes experiencias aprovechadas como consuelo, qué los recuerdos piadosos como conformidad, ni el presentimiento, enfrente de la realidad brutal?

Laína, como espiga tronchada en el tallo después de haberla revolcado el vendaval en el fango, yacía en el suelo, envuelta en una mortaja semejante á la de los otros romeros, á la entrada misma del camarín del

Santísimo Cristo, sin haber conseguido llegar hasta Él. El cura acababa de darle la absolución. Tenía la infeliz apoyada la cabeza en las faldas de una caritativa forastera, que pudo ampararla al venir al suelo desfallecida. La mortaja estaba manchada por el pecho de sangre descolorida; la respiración era suspirosa, anhelante.

Mafañera, arrodillándose, pulsó y auscultó á *Laína* en el pecho, y alzándose luego del suelo, exclamó en tono de gran seguridad, al que se mezclaba un reflejo de alegría:

—Aún hay vida para unas cuantas horas; se trata de un colapso pasajero, del que creo que saldrá.

Y poco después, en efecto, *Laínà* abrió los ojos, que tenían un brillo extraordinario. No reconoció á *Mafañera;* se apoderó de la mano del sacerdote, besándola, y susurró luego con infinita pasión:

—¡Mi hija... mi padre... quiero verles antes de morir!

El conjuro fué satisfecho á medias.

Palangrero acababa de abrirse paso hasta el triste grupo, conduciendo de la mano á la *Andarica*.

Nadie la hubiese reconocido, de haberla visto sólo en el traje y hechuras en que dos meses antes la presentamos de lazarillo del *Canillón* en lo alto de la cuesta de la

Formiga. Venía vestida y calzada con mucha modestia, pero toda la ropa era nueva y estaba limpísima. Parecía una señorita disfrazada de menestrala en día de fiesta.

Laina clavó sus ojos en la joven, mirándola intensamente, y fué animándose poco á poco, como lámpara próxima á extinguirse y á la que van echando aceite gota á gota.

Por fin las pálidas mejillas de la moribunda se colorearon; sus ojos adquirieron aún más brillo, sus labios marchitos se entreabrieron, para dar paso á un suspiro de los que desahogan el corazón;... diríase, en fin, que en el interior de aquel mísero cuerpo se había encendido de pronto un foco luminoso, cuyos fulgores intentaban abrirse paso á través de todos los poros.

Mafañera no perdía pormenor de esta especie de resurrección.

Laina, incorporándose, atrajo hacia sí á la *Andarica:* entonces á Luis Bravo le pareció que su existencia sufría un violentísimo retroceso; que estaba sentado en el duro banco de la trainera; que el agua iba poniéndose por momentos más verdosa; que las espumas amargas salpicaban la embarcación por todas partes, y comenzaban á caer gruesas gotas; que las *pardiellas* tendían apresuradas el vuelo hacia la costa; que *Laina* volvía á guarecerse con su novio bajo el burdo impermeable de *Palangrero,* como

la tarde en que, veinte años antes, fueron á pescar sardinas y les sorprendió la galerna.

Las personas se parecen unas á otras, mucho más que en las facciones, en la expresión moral que á veces les anima.

Ante los ojos de *Mafañera,* la *Andarica,* atraída dulcemente por *Laína,* desapareció un momento; era Manolo Azmírez quien se inclinaba hacia la pobre tísica, temblando de cariño y de angustia.

Y cuando *Laína* murmuró, besando á la joven con arrobamiento, segura de no equivocarse: «¡hija mía... qué hermosa eres!», á *Mafañera* le pareció que exclamaba como antaño á la puerta de la cueva de las perlas: «¡Manolo, Manolo mío, por el Cristo bendito te pido que no me olvides!»

Un solo gesto había bastado para que la *Andarica* le recordase de tal suerte á su padre.

La emoción postró de nuevo á *Laína;* un golpe de tos seca la acometió, y en poco estuvo que no manchase de sangre á la *Andarica,* que parecía aterrada.

—Mi padre... mi pa...dre; su perdón, su per...dón,—balbuceó, perdiendo otra vez el conocimiento.

—Sí, sí, murmuró *Palangrero* al oído de *Mafañera;* ¡cualquiera lo trae; tiene una *moña* que ni las que tomaba Pendín el de *Uvieo!*

—Pues si él no puede venir, llevémosle á su hija para que la vea, sea como quiera, antes de morir.

Y Luis Bravo, con muchísimo tiento, levantó del suelo á *Laína* y echó á andar con ella en brazos, más fácilmente, con menos esfuerzo, que la mañana de la pesca de esquilas en el *Pedreo del Conexal.*

La *Andarica, Palangrero* y el cura le siguieron en silencio; todo el mundo les abría paso con respeto.

Á causa del aguacero estaba desierta la calleja de la marina á espaldas de la parroquia. En ella, y en un cuarto modestísimo, pero limpio y alegre, vivían ahora el *Canillón* y la *Andarica.*

Mafañera, con su preciosa carga, avanzó resueltamente, pegado á la pared para guarecerse de los canalones.

Laína iba envuelta en un mantón de la forastera, y Luis Bravo la estrechaba contra su pecho para resguardarla aún más de la lluvia; apenas si podían seguirle sus acompañantes.

Ya pisaba el umbral de la casa del *Canillón,* cuando un bulto surgió de las sombras, acercándose rápidamente por la espalda; *Mafañera* sintió un fuerte golpe en el costado derecho; luego pasos de alguien que huía, después que un gran frío se apoderaba de todo su sér; que se le aflojaban los brazos

y las piernas y perdía la vista.—«¡Me han matado!»—exclamó al fin, desplomándose sin soltar á *Laina*.

Había ésta despertado momentos antes, al sentir el fresco de la calle; á la luz del reverbero que alumbraba el portal, pudo fijarse en el herido tendido junto á ella, y entonces le reconoció, y acudiendo á su memoria una escena semejante ocurrida la mañana de la pesca de las esquilas, exclamó como entonces:

—Mafa... Mafa; ¡Dios mío! ¿No me respondes?

Luis Bravo pudo aún escuchar á *Laina*; después perdió el sentido por completo.

XV

Antecedentes y consiguientes.

Á *Mafañera,* que había estudiado en Nantes, con mucho detenimiento, cuanto se relaciona con la industria de la preparación y conserva de sardinas en latas, le causó deplorable impresión la visita á la apestosa fábrica de D. Bernabé Degaña.

La misma falta de limpieza en todas las operaciones, desde que el pescado llegaba de la mar hasta que, en una forma ó en otra,

salía del establecimiento para su destino. Idéntica ausencia de facilidades para hacer el trabajo más llevadero y economizar fuerzas y tiempo. Tan primitivos y en tan mal estado los pocos aparatos y herramientas de que disponían los operarios. Tan poca agua y tan poca y mala luz, natural y artificial, en aquella bodega infecta.

No se había adelantado un solo paso en veintidós años transcurridos desde que Luis remaba en la trainera; podía éste cantar, como cierto personaje de zarzuela en situación análoga:

«¡Todo está igual,
Parece que fué ayer!»

Lástima le daba de ver aquellas mujeres tan guapas, pero tan sucias y despeinadas, como caricaturas vivientes de la bíblica Judit, blandiendo la *macheta* sobre los bonitos descabezados. La mayoría de aquellas garridas mozas iban y venían siempre descalzas de pie y pierna; sólo unas pocas arrastraban rústicas madreñas para atrevesar sin mojarse las continuas corrientes de agua sucia, de pringue y de sanguaza, que inundaban las losas de la bodega.

Recordaba *Mafañera*, y pudo entonces confirmarlo, que las infelices obreras trabajaban á destajo, en tiempos de apuro, por la mucha demanda *de fresco*, á veces dos ó tres días seguidos sin salir de la fábrica, ni

pegar los ojos; como sonámbulas, cantando y bebiendo sidra, aguijoneadas por la ganancia excepcional de cincuenta á sesenta reales cada veinticuatro horas, según el número de barriles que arrumbaban. Por cada uno de ellos se les abonaban dos reales y medio.

Hasta las canciones de aquella especie de esclavas blancas, le parecieron á Luis Bravo impregnadas de cierto tufo de epicureismo rústico y desengañado. Al entrar *Mafañera,* en la fábrica, las operarias entonaban á coro la siguiente cantinela:

«Mientras tenga una niña bonita
Que me diga de veras: «te quiero»;
Mientras tenga licor la copita;
Mientras tenga en bolsillo dinero;
Cómo, bebo y alegre respiro,
Y pensar en mañana no quiero;
Lo que quiero es pasarlo bien hoy.
¿Quién se acuerda de lo venidero?»

Ni idea había allí de bancos ó cajas de ahorros para prevenir la vejez ó el accidente. Un descuido; la *macheta,* en vez de dar en el bonito, dió en un brazo; y desde la fábrica al hospital, y después de curada á pedir limosna por las calles.

Los dos ó tres freidores de pescado—á quienes llaman en las fábricas de La Espina *tostadores* ó *tostones*—corrían parejas en cuanto á suciedad con las operarias; y por lo que hace al arte con que desempeñaban su

cometido, ni á cien leguas podían compararse con los gaditanos del mismo oficio.

Las preocupaciones é injusticias persistían también en el espíritu de la marinería, cristalizadas en sus cantos más populares, giraldillas y danza prima. Como antaño, los pescadores despreciaban al aldeano ó labriego, expresándolo en esta copla viejísima é insulsa:

«¿Quién te metió á palangrero
Siendo tu padre pastor?
La codicia del dinero
Hace al hombre pescador».

¡Buena estaba la codicia! Y el precio del bonito, que era el pescado más caro, oscilaba de diez céntimos á una peseta la libra, y había que jugarse la vida ó poco menos para salir á pescarlos á muchas millas del puertecito, que ni faro tenía por aquel entonces.

Durante la visita, *Mafañera,* como es consiguiente, menudeó sus observaciones en voz alta, dirijiéndose casi siempre á *Palangrero,* y como quien dice: «Á tí te lo cuento, suegra; entiéndelo tú, mi nuera».

Á veces se aventuró á aconsejar á don Bernabé tal ó cual reforma, con gran discreción; y otras por fin se lamentaba de aquel estado de cosas, cuidando siempre de no herir su susceptibilidad; que era lo mismo que si temiese atravesar la piel de un elefante con una aguja despuntada.

Degaña oía al indiano con el mismo interés con que el carro escucha el chirriar, cuando no se *sonsañaba* con cierta risita impertinente. *Mafañera* llegó á cargarse, y cuadrándose delante de Degaña le interpeló de esta suerte:

—¡De modo que no *presta* nada de lo que me ocurre, hijo del estudio y de la experiencia adquirida en otros lugares mucho más adelantados que La Espina, y en los que esta industria se practica en condiciones muy semejantes?...

—Eso es lo que falta puntualizar: que lo sean; por otra parte, señor mío, á mí me va bien así, y no quiero mejorar.

—¿En ningún sentido?

—¿Qué quiere usted decir con eso?

— Que como el movimiento se prueba andando, y yo soy un poco caprichoso, me ocurre preguntar á usted si le convendría venderme la fábrica, para yo remozarla de acuerdo con mis fantasmagorías, y ensayar en ella esos procedimientos que á usted le parecen irrealizables. No es puñalada de pícaro, como dicen los andaluces; piénselo usted, y la semana que viene me da la contestación.

Y dicho ésto, *Mafañera* saludó muy cortesmente á D. Bernabé Degaña, volviéndole la espalda y saliendo de aquel antro seguido de su fiel escudero; quien, como solía en los

momentos de honda preocupación, derribándose la boina hacia el cogote, se rascó entre las greñas de la frente, murmurando: «¡Hicístela buena, mi alma! ¡Es verdad!»

Diez días más tarde, don Dimas Naviego, el notario á quien conocimos en la romería del Cristo, otorgaba la escritura de venta de la vieja fábrica de salazones fundada por D. Higinio Carrió, á favor de D. Luis Bravo. Degaña, que, como queda dicho, la adquirió por una copla cuando Marrén liquidó la hacienda de *Ubalda la Reina,* le dió el segundo golpe al negocio.

¡Avante, avante siempre! Las obras de restauración comenzaron inmediatamente, y fué encargada maquinaria y toda suerte de utensilios; por último, *Mafañera* contrató á dos hábiles operarios de Nantes, para que sirviesen de maestros á los de La Espina.

Él personalmente dirigía las obras, que adelantaban poco.

Palangrero, que le servía de sobrestante, echando mano como siempre de su caudal inagotable de refranes, trataba de consolarle exclamando á cada momento:

«Si tienes priesa, toma vagar». Lo que en castellano mondo y lirondo significa: «Vísteme ó vístete despacio si estás deprisa».

Palangrero había buscado la habitación para el *Canillón* y la *Andarica,* amueblándola como dispuso *Mafañera,* en tanto que

concluyesen las obras de la fábrica, en la que todos vivirían con entera independencia.

Cuando *Palangrero* quiso decir á Luis quién era la *Andarica*, éste le impuso silencio, negándose por el momento á recibir á sus protegidos, que solicitaban visitarle en el antiguo hospedaje donde se albergaba para darle las gracias.

La mayor prueba de reconocimiento que podían darle era aplicarse á trabajar el *Canillón* adobando las redes de la fábrica, «que *ye remendarles*», y por lo que hace á la *Andarica*, compró para ella *Mafañera* rueda, *calabaza, champeles* y demás útiles propios para torcer el *filo* con que se fabrican los aparejos de pescar.

El abuelo y la nieta, de mendigos pasaban á ser obreros; á ganarse la vida honradamente. Á más la *Andarica* cuidaría de la ropa blanca de *Mafañera*, ya que *Alitorda*, quien también pasaba á su servicio, era demasiado cerril para desempeñar estos menesteres. Gracias que fuese á la fuente de Saltarúa á bruñir los aros de las herradas, la *calavia* y el dorado *canxilón* con polvo de ladrillo y no con boñiga de vaca, como acostumbraban á hacerlo las mujeres en La Espina, cosa que *Mafañera* pensaba prohibir terminantemente en su casa, si es que se quedaba allí á vivir.

¡Y pensar que todos estos proyectos, mejoras y bienandanzas se venían abajo, se los llevaba el viento, como á un milano en agosto, por obra de aquel infame *Vaqueriñu!* «Barba bermeya, nunca bona pelleya». ¿Qué podía esperarse de un hombre rojo como Judas, el que vendió á Nuestro Señor Jesucristo? «Fiu de cabra, cabra ó cabritu...; ya la su madre fué *moza de cama!* Desde rapaz fué él también tierra de *paniega:* como de la maldita descendencia de los *vaqueiros de alzada* que se pusieron al lado de la morisma y en frente del buen Rey D. Pelayo en Covadonga. *Llamuerga* y no más que asquerosa *llamuerga,* de las *brañas* donde se refugian, viven y se reproducen estas *sacaberas,* como *cangrus* en los *forapos* de los *mendigus*. Pachu Feitín, llámase el *Vaqueriñu;* y Feitin *ye* uno de los nombres de aquella condenada *xente*».

Era la centésima vez que *Palangrero* ensartaba aquel día, en todos los tonos, este rosario de exclamaciones, paseándose de arriba á abajo por la antesala del piso principal del hospedaje, atento á cualquier rumor que pudiera venir de las habitaciones interiores.

En ellas, entre la vida y la muerte, se encontraban *Laína* y *Mafañera.*

El excelente don Fermín Cabrales trajo de Xixia á un médico famoso, grande amigo

suyo y hombre de muy buen humor, que acostumbraba á disparar el diagnóstico más desesperanzado, envuelto en una chirigota.

El doctor, después de ver á los enfermos, hizo las siguientes tremendas declaraciones:

—Amigo D. Bernabé, la señora no tiene remedio. No he de ocultar á usted que ya en Xixia la he visitado; me llamaron una noche de prisa y corriendo á la fonda Iberia, donde se alojaba con un caballerete bastante antipático, que no sé lo que le toca... aunque parecía tocarle bastante. Yo no puedo hacer milagros; riámonos de invenciones de sueros maravillosos y de tratamientos aereopáticos en la cumbre de montañas con «tocas de nieve», como dijo el gran santanderino. La tisis galopante no hay quien la cure. De un momento á otro, cuando menos se piense y la enferma crea, y ustedes con ella, que se encuentra mucho mejor, se quedará muerta como *carrizo* estrujado en la mano de un rapaz...

—Y de *Mafañera*... digo, de don Luis Bravo, ¿qué me dice usted?

—Tampoco doy por su vida un *cantín*. La puñalada fué de las que pueden comprenderse dentro de la maldición gitana que solían echar en Málaga cuando yo estudiaba en la escuela de Medicina de Granada: «¡Mala *puñalá* te den, qu'el tio Antonio se *aturruye!*» Este tio Antonio era un viejo,

practicante del hospital de la Victoria, habilidosísimo para echar puntos en las heridas: ¡para que él se aturrullase!

—De modo que tampoco tiene remedio?

—No diré tanto; no se trata aquí, como en el otro caso, de una naturaleza débil y arruinada completamente. ¡Lástima de hombre! En fin, mañana veremos.

La *Andarica* desde el primer momento se instaló en el hospedaje, alternando sin descanso en la más solícita asistencia de los dos enfermos. Doña Caralampia, la boticaria, no dejaba crecer la hierba desde la farmacia al hospedaje, yendo y viniendo y prestándose gustosa á ayudar en cuanto hacía falta.

Mafañera daba muy poco que hacer; presa de altísima fiebre, yacía como un tronco, sin delirar siquiera.

En cuanto á *Laina,* no podía dejársela sola un momento; á nadie quería ver más que á su padre, que dormitaba, bien comido y bien bebido, horas enteras embutido en una butaca, y á *Palangrero,* mayordomo y administrador de Luis Bravo en virtud de las circunstancias, y con poderes que había que suponerle.

Una semana después de la doble desgracia, *Laina,* que se sentía muy mal, hizo salir del cuarto á la *Andarica* y al *Canillón* y, encarándose con *Palangrero,* le habló de esta suerte:

—No me hago ilusiones; sé que mi fin se avecina, y doy á todas horas muchísimas gracias á Dios que me consiente morir entre los míos y después de haber recibido los santos Sacramentos al pie mismo del altar del Santísimo Cristo. Aquí, en la que fué mi casa, paréceme olvidar el pasado; junto á la *Andarica* se me antoja que no conocí otro hombre que á su padre; Dios le perdone, como yo le perdono. No quiero volver á ver á nadie que me recuerde mi vergonzosa vida. En Xixia huí de mi último amante para venir hasta La Espina en peregrinación y á morirme entre vosotros. Los médicos aconsejaron á Julio que me trajese á respirar los aires natales. Me adora, es riquísimo y se arruinaría por prolongar mi vida veinticuatro horas. No quiero verle. Me aterra que pueda venir á presenciar mi agonía. Le aborrezco. Capaz es de reclamar mis despojos para darles sepultura en una tumba de mármoles, y yo quiero que me enterréis allá arriba, á la vista de ese mar tan hermoso y que yo aborrecí siempre. ¡Pobre *Mafañera*; qué alma tan grande! Dile, si vive, que no abandone á mi hija ni á mi anciano padre; que yo muero bendiciéndole. Si él no estuviese herido, quizás moribundo, también me defendería. ¿Verdad? Julio es un niño caprichoso y acostumbrado á hacer su santa voluntad, apartando á fuerza de oro cuanto obstáculo

se atraviesa en su camino. Prométeme que no llegará hasta aquí; debe de estar revolviendo cielos y tierra para averiguar mi paradero. Es tenaz é inteligente; te repito que me adora. Yo nada necesito ya; sólo quiero morir en paz. Dí, ¿accedes á mi ruego?... ¿Te acuerdas cuando me llevabas en brazos? Por la memoria de mi santa madre, júramelo.

—Te juro que primero me dejaré comer vivo de los *canillones* que permitir que ese don Julio entre en esta alcoba. ¿Pero tú crees que vendrá?

—Estoy segurísima.

Aquí llegaba el diálogo entre la pobre tísica y el viejo patrón, cuando se escucharon los cascabeles del coche de línea y la voz aguardentosa del mayoral: «¡Jip, jip, *Llucera, Rabica,* ¡jip, jip!»

—Ahí debe de venir,—balbuceó *Laina* aterrada;—sal sal, por Dios y cierra por fuera. Por el Santísimo Cristo, *Palangrero,* no le dejes entrar.

—Serénate, mujer, pierde cuidado; ya sabes que yo soy una *alezna* cuando es menester.

Á *Laiña* no le engañaron sus presentimientos. Veinte minutos después don Julio Vizcarruelles se hallaba delante de *Palangrero,* quien, mirándole espantado de arriba abajo, se hubiese atrevido á certificar en aquel momento que el dinero es capaz de

guardar agua en un cenacho malagueño cuando aquel tipo podía haber sido amante de *Laína*.

XVI

Palangrero factotum.

Aquella típica reunión había ido formándose insensiblemente en el comedor de la fonda, de la costumbre de ir cada cual, al obscurecer y concluídas sus ocupaciones, á informarse en el hospedaje sobre la salud de *Mafañera* y de *Laína*.

El párroco, don Martín Espada, solía ser el primero en llegar todas las noches á la reunión. Decía de él Buitrago, el maestro de escuela, que sus luces podían compararse á las que alumbraban en las fábricas de salazones de La Espina. No era, en verdad, don Martín un Santo Tomás de Aquino, ni un Bossuet, y puede que tampoco le hiciese falta, siquiera el entendimiento y la sabiduría á nadie le vienen mal, ni estorban en parte alguna.

En La Espina no llamaban jamás al cura para que resolviese arduos problemas de conciencia; y si en los sermones del buen párroco la elocuencia y la doctrina andaban de ordinario tan escasas como el jamón y

los *pitus* en su pobre mesa, en cambio don Martín *daba mucho trigo* y bonísimos ejemplos. Para dar cabal idea de la economía que observaba en su persona, contaban, y era muy cierto, que estando de cura en Tineo le duró treinta años un sombrero de teja, y luego le restauró con la tapadera de una caja de jalea embadurnada de hollín. Lo cierto era que en el hórreo del párroco había siempre más hojas más secas que panoja, y es sabido que en toda aquella tierra el maíz no es sólo alimento, sino que representa también el capital necesario para las demás atenciones de la vida.

Llegaba luego á la tertulia Buitrago, y después de saludar al cura de medio lado y con un gruñido, sacaba del bolsillo un periódico, siempre muy radical y revolucionario, entregándose en cuerpo y alma á su lectura hasta que iban llegando los demás, don Fermín Cabrales, el boticario; doña Caralampia, su mujer; el médico titular, si ya no estaba en las habitaciones de los enfermos; el cabo de mar, como si dijéramos el almirante en La Espina, y el cabo de carabineros.

También don Bernabé Degaña solía parecer de vez en cuando por el hospedaje.

Palangrero hacía los honores de la casa, pues la Andarica, como dije, no se separaba un instante de los enfermos. El *Canillón*

seguía embutido en su butaca, enfrente á la que, cerca de la ventana, ocupaba la tísica, ávida de aire y de luz. Parecía embrutecido, en parte por la buena vida que llevaba desde el día de la fiesta del Cristo, y—hay que hacerle justicia—de la otra por la tremenda impresión de haber vuelto *Laína* medio muerta á sus brazos. Ya sabemos que, de antiguo, su hija había sido y era para aquel mal hombre el único ser querido en este mundo.

Doña Caralampia fué la primera en acudir aquella tarde al hospedaje.

Pasaba la ilustre matrona muchas horas cosiendo tras la reja de una sala baja, atalaya desde la que fisgoneaba cuanto entraba y salía en La Espina.

Había visto llegar el coche de línea con un solo viajero que se apeó á la puerta del hospedaje. Era un caballerete muy almidonado, de viajante no tenía hechuras, ni trajo maletas, ni era de suponer que viniese por devoción al Santísimo Cristo. El forastero no había vuelto á salir de la fonda. Doña Caralampia se pudría de curiosidad. ¿Tendría algo que ver aquel joven con *Laína*? Y la boticaria, con su pasito de pájara de las nieves, atravesó la calle plantándose en un dos por tres á la puerta del hospedaje.

No había pisado aún los umbrales cuando la *Andarica* pasó por delante de ella

como una exhalación; se dejó oir inmediatamente el sonido acompasado de una campanilla, y doña Caralampia vió venir calle abajo, muy de prisa, al señor cura con los santos Oleos precedido de Pinxapín.

La boticaria, hecha un mar de confusiones, se arrodilló dándose golpes de pecho. ¿Para quién de los dos enfermos sería la santa Unción?

Ya en el portal, en poco estuvo que no viniese al suelo á causa del violento encontrón que le dió el caballerete motivo de tanta curiosidad, que salía disparado.

Don Julio Vizcarruelles, último amante de *Laina*, no era un tipo curioso aislado; pertenecía, por el contrario, á una clase que va siendo numerosa. Sus individuos dijérase que vienen al mundo ya desengañados y escépticos desde el claustro materno. Trascurre su niñez y la primera juventud sin que tengan trato íntimo con otras mujeres que con sus mamás y nodrizas.

Al salir del colegio, donde fueron muy aplicados deciden correrla para desquitarse de tantos malos ratos y fatigas. Nada de amores románticos, como ellos dicen; bonito fuera que *los pescase* una señorita sensible y virtuosa.

Y después de mariposear mucho, de ordinario con alas de pavo, concluyen por estrenarse con una perdida cualquiera, esto-

fada á la francesa. Es decir, que asisten á la primera representación del amor en la barraca de una feria.

Para ellos no existe debajo del sol una mujer digna, honrada y generosa; parece que ninguno tuvo madre ni hermanas, ó que éstas se parecían á la *primer conquista.*

El tipo de estos jóvenes abunda hoy en la aristocracia de la sangre y de la banca, lo mismo que en la clase media.

Aquéllos pasean en automóvil su elegante escepticismo considerando á la mujer propia como fondo de reserva y panacea de última hora. *Los títulos* arruinados ó hartos de correrla, buscan para mujer cualquier rico adefesio, venga de donde venga, á cuya costa restauran esplendidamente la corona en liquidación, y después de casados siguen haciendo la misma vida que llevaban de solteros. Los gallitos de la banca con la carnaza de sus talegas pescan una aristócrata, de la cepa vieja, muerta de hambre que les lleva el derecho de llamarse condes ó marqueses y poner corona en la petaca y en las guarniciones de los caballos.

Los *esprits forts* de la clase media, que, en un país pobre como España, es numerosísima, principian por procurar á toda costa meter las narices, y después todo el cuerpo, en *la buena sociedad.* Comen, se pasean en coche, bailan y triunfan á costa de la aris-

tocracia, y después la desuellan viva en casa, en el Ateneo y en la mesa del café, sino es que sacan sus vicios, vistos á través de un cristal de aumento, á la pública vergüenza en el libro ó en las tablas, sin ánimo ni propósito de moralizar ni de enseñar nada, sino simplemente con el de armar escándalo para conseguir un éxito, sea como quiera y cueste lo que cueste.

En nuestros días, dada la efervescencia de los llamados problemas sociales, el proceder de tales publicistas recuerda el grito soez y sanguinario de «¡¡Caballos, al toro!!»

Ya indicamos que la mayoría de estos jóvenes amables fueron muy aplicados desde la amiga hasta salir de la universidad con la pesadez y ausencia de rasgos geniales tan característica de la mayor parte de los *empolla-textos*.

No pocos se educaron en establecimientos regidos por comunidades religiosas; pero así la ciencia como la religión fueron inútiles, porque los tales ya vinieron al mundo con todos los perfumes del alma evaporados.

Una de las cosas que más llamaron la atención á *Palangrero,* al verse frente á frente de Julio, fué el *monocle*. ¿Para qué serviría aquello? Hasta mucho tiempo después no logró averiguarlo. También chocóle bastante al viejo patrón de trainera, tan reñido con todos los artes y primores de la peluquería

el corte de pelo y el peinado de aquel mocito tan oloroso. ¿Si tendría algún gato destinado á lamerle el cabello después de haberse abierto la raya? Estaba afeitado como los eclesiásticos, cómicos y toreros, y traía un cuello del tenor de los antiguos corbatines de suela que gastaban los militares.

Por casualidad se enteró Vizcarruelles, en la fonda Iberia de Xixia, de que *Laina* había encargado á una costurera, muy en secreto, la hechura de la mortaja. A Julio, como es consiguiente, le bastó este hilo para dar con todo el ovillo. El mayoral del coche de línea diario desde Xixia á La Espina, marido de Vicentona la dueña del hospedaje, enteró al amante abandonado de todo lo demás.

—Comprenderá usted, señor mío—decía Julio á *Palangrero*—que fuera de La Espina rigen otras leyes y costumbres muy distintas. Yo no vine aquí á discutirlas con usted, á quien por otra parte no puedo reconocer personalidad suficiente para atajarme el paso. Yo vivo hace tres años maritalmente con esa señora, por cuya salud quebrantadísima me intereso más que nadie. De hecho, *Laina* no tiene en el mundo más familia que yo; usted, que parece muy aficionado á refranes, según colijo por los que ya me lleva endilgados, conocerá el adagio «no con quien naces, sino con quien paces». Sea

por lo que fuere, *Laina* no se acordaba para nada ni de su padre ni de su hija. La primer noticia que de la existencia de estos séres que llega á mi conocimiento, es la que usted me da... no quiero mentir, la que me dió ayer mismo el mayoral del coche que me trajo. Es evidente que ella no contaba para nada con su familia. Por prescripción facultativa y no por cariño á su patria, vinimos á Xixia. En ella se sentía *Laina* muy mejorada, cuando, por una de esas alucinaciones tan propias de los enfermos del pecho, y por sentirse acometida de una devoción que, en su estado, hay que calificar de impertinente; aprovechando mi momentánea ausencia, se escapa de mi lado y emprende una absurda peregrinación que la coloca á las puertas de la muerte. Usted comprenderá que, para un hombre de mis circunstancias, que viene consagrando su vida entera á prolongar lo más que pueda, á fuerza de sacrificios de toda especie, la de ese sér tan querido, es intolerable que, cuando después de creer que la perdió para siempre, logra encontrarla, siquiera sea moribunda, se pretenda prohibirme que le diga siquiera adiós. Y, desde otro punto de vista, y puesto que la razón se estrella en la fuerza y yo no he de ponerme á luchar con usted á brazo partido, semejante actitud me autoriza á dudar de su providad y buena fe. Me

asiste el derecho de suponer que tienen ustedes secuestrada á la enferma. En su saco de viaje, que tuve necesidad de registrar al notar su desaparición, faltan algunos miles de pesetas que debió de traer consigo: ¿quién sino ella misma puede darme cuenta del paradero de esa suma?

El recurso era hábil; el tiro dió en el blanco, pero sin ahondar; el proyectil, después de hacer un ligerísimo desconchado, volvió á caer al suelo por su propio peso. *Palangrero* se rascó la melena y devolvió el cintarazo en estos términos:

—Protegida está *Laína* por quien no necesita pedir á usted limosna ¡es verdad! De suerte que el dinero que pudo traerse, le sobra. El ciego y la mozuela mantenidos están también á cuerpo de rey y yo no necesito apandar tampoco la hacienda de nadie, primeramente porque con lo que gano pescando esquilas y pulpos, con perdón de usted, señor, me sobra pa sidra y todavía puedo ahorrar con lo que me regala el señor Conde de Xixia por las elecciones. Luego, porque el dinero, si bien se mira, no sirve pa comprar las cosas que valen de verdá; y por eso yo digo de él «alábate boroña»... No se ría usté, señor, y cómpreme, si puede, entendimiento, juventú y salú para lo que me queda de vida. Si *Laína*—yo no le digo señora porque la conocí mamando y ella no quiere

tampoco que la trate con tanto miramiento; —digo que si *Laina* escondió debajo de la mortaja ese dinero que usted reclama, se le devolverá, sí señor, *no hay inconveniente,* que á nadie arregostaron en esta casa esos ochavos, ¡es verdad! Y por fin, señor míreme usted á la cabeza...

—¿Para qué?

—Es un decir nuestro;... vamos que «bien adivina la vieya el cantar de la corneya»... que «me jamé la partía», como solía decir un malagueño que sirvió conmigo en la *compañía* del vapor de guerra *Alerta.* El señor quiso darme un buen *codeo* en mitá de la cabeza para atortolarme, y tan y mientras colarse hasta la alcoba; pero no lo consigue.

—¿No?

En esto estaban cuando se abrió una puerta violentamente y la *Andarica* salió por ella despavorida y sollozando.

—¿Qué sucede?—le preguntó *Palangrero.*

—Que se muere, se muere y voy por la Unción! Entra tú.

—¿Quién se muere, muchacha?

—¡La mi madre!

Al oirlo Julio Vizcarruelles se puso en pie de un salto, avanzando resueltamente: *Palangrero* le detuvo con un ademán vigoroso. «Espere el señor un momento», y entrando por donde había salido la Andarica, cerró la puerta tras sí.

Transcurrieron no más que tres á cuatro minutos, que á Julio le parecieron siglos, cuando volvió á aparecer *Palangrero* demudado.—«Ye inútil que üsté entre, señor, *Laina* salió ya de este mundo, y no puede verle; ahora *amentar* por ella.»

—Ahora la veré á toda costa.

—Ahora menos que antes.

Y *Palangrero* abrazó al sietemesino como si fuese un costal, é insensible á los puñetazos y puntapiés con que se debatía, bajó con él hasta el portal cuando llegaba el cura con los santos Oleos. Le soltó entonces y, empujándole hacia la puerta suavemente, exclamó en tono firme y como de despedida:

—Respete usted á la muerte y á la Iglesia, señor, y salga de esta casa y del pueblo sin dar más escándalos: usted díjolo antes: en La Espina las leyes y las costumbres son otras que por ahí fuera. El coche de línea debe salir muy pronto y le alcanzará en el camino.

XVII

Alegrías y cavilaciones.

Todo era júbilo en la gran Sión. *Mafañera* había podido levantarse por primera vez unos momentos mientras le hacían la cama,

y hasta hablar con *Palangrero* cuatro palabras á propósito de las obras de la fábrica, suspendidas desde el día de la desgracia.

Las máquinas iban llegando poco á poco sin novedad, y ya estaba impaciente el viejo patrón, deseando desembalarlas y verlas instaladas y funcionando.

No faltaba en La Espina quien murmurase propalando la especie, entre la clase obrera, de que tales artilugios é invenciones de extranjis abaratarían los jornales, dejando por último sin trabajo á no pocos operarios. El maestro de escuela decía en todas partes que el establecimiento de la nueva industria, en la forma proyectada por *Mafañera*, constituía ni más ni menos que una imposición violentísima é ilegítima del capital sobre el trabajo. Y lo más gracioso era que Degaña, después de realizar tan pingüe negocio, le secundaba, hablándose ya de cierta comunidad de pescadores que pensaba establecerse para imponer la ley á la nueva fábrica en la compra del pescado fresco.

Palangrero se reía de todo ésto, siquiera en su fuero interno distase mucho de aprobar los planes de Luis Bravo, porque, como él decía, aquella costosísima restauración de la antigua fábrica de don Higinio Carrió, era ni más ni menos que «ensertar en árbol vieyu», cosa que «nin llena el plato ni el

güeyu». ¿Qué necesidad tenía *Mafañera* de meterse en más negocios, para salir á la postre tal vez con las manos en la cabeza, y ni agradecido ni pagado?

En fin, lo que importaba por lo pronto era ponerse completamente bueno y salir á la calle para dar, en primer término, las gracias al Santísimo Cristo por haber librado la pelleja, y luego... luego habían de ir los dos una tardecita á pescar *mafaños*, ¡es verdad!; veríamos quién remaba con más coraje.

Cada cual, en la fonda y fuera de ella, celebró á su manera el fausto acontecimiento.

La *Andarica* fué con doña Caralampia muy de mañana á oir misa, después de confesar y de comulgar en el Santísimo Cristo.

El párroco vino al mediodía á ver á don Luis, y le trajo una estampa bendita de la milagrosa imagen, á la que, según D. Martín, le debía la vida, sin que ésto fuese rebajar en lo más mínimo el mérito del famoso doctor de Xixia.

Vicentona guisó como nunca obsequiando á sus huéspedes con un plato de dulce por extraordinario, y *Palangrero* bebió en el *chigre* de Prendes un vaso á la salud de San Valentín, y otros á las de San Hilario, San Ermengol, Santa Venefrida y los innumerables mártires de Zaragoza, cuya fiesta celebraba la Iglesia Católica aquel día.

Por último, jamás se pudo averiguar quién le trajo al *Canillón* una botella de aguardiente; pero el hecho fué que no dejó de ella ni una gota, dando con sus huesos en la cama como piedra en el fondo de un pozo.

Mafañera, rendido del primer pinito, dormía tranquilamente; la *Andarica,* cerca de la ventana, acababa de rezar el rosario; el *Canillón* roncaba en su habitación lejos de la del enfermo; los tertulianos no habían llegado aún. En el cuarto del herido se podía oir volar una mosca: tan grande era el silencio.

La *Andarica* dió dos ó tres vueltas al rosario, luego lo guardó muy despacio, y derramando la vista satisfecha por toda la habitación, desde un vasito lleno de hierbas olorosas colocado debajo de una estampa de la Virgen del Rosario encima de la cómoda, fué á posarla en Luis Bravo con infinita complacencia.

La hermosa cabeza del herido se hundía blandamente en medio de las almohadas con la placidez y gallardía de la de uno de aquellos guerreros y príncipes que en los suntuosos sepulcros de nuestras catedrales duermen el sueño eterno.

Mafañera estaba aún muy pálido; la barba patriarcal, crecidísima y sin una sola cana, destacaba su tinte rubio tostado sobre las blancuras del embozo que en blando

oleaje subía y bajaba cediendo al acompasado movimiento de la respiración franca y tranquila. Bajo las ropas de la cama se adivinaban en parte las formas hercúleas del enfermo, en las que la fiebre había hecho estragos.

La mano derecha fué resbalando fuera del embozo hasta arrastrar consigo el brazo, que quedó descubierto, cayendo de un lado de la cama.

La *Andarica* se levantó, y acercándose de puntillas con mucho tiento, se apoderó de la mano de su bienhechor; alzó el embozo, miró cuidadosamente á todos lados, como quien intenta cometer un hurto, y sin ruido la besó con adoración antes de ocultarla de nuevo debajo de las ropas.

Después volvió á sentarse con idénticos cuidados.

Atardecía con luz tristona; las campanas de la parroquia tocaron las oraciones; la *Andàrica* sintió vivo deseo de hacer examen general de conciencia.

Su triste vida, breve por los años y eterna por el martirio de todos los días, empezó á desarrollarse en la memoria de la joven, escena tras escena, como pasan por delante de nuestros ojos las películas del cinematógrafo sin soluciones de continuidad.

El primer dolor—lo recordaba bien—fué en la amiga, cuando disputando por la po-

sesión de una manzana con la chica del confitero, le echó ésta en cara: «dice mi madre que la tuya es más mala que el viento sur, y que tu padre no es por la Iglesia».

Luego, ¿por qué no querían aclararle aquel negro misterio que anubló de golpe toda la inocente alegría de su niñez?

Muy poco tiempo después, por cada caricia de su santa abuela le daba Marrén dos pescozones; porque reía, porque jugaba, porque estaba quieta, por todo.

Á veces la pobre niña llevaba una paliza por cuenta de Ubalda. «Si no haces ésto ó lo otro, solía decirle al *Canillón*, lo pagará la chiquilla».

Murió aquella mártir dejándola, aún muy niña, sola y desamparada. Marrén entregó el cuidado de la casa y de su nieta á la *Trazona*, con la que andaba enredado hacía tiempo. La *Andarica*, que no había conocido á su madre, tuvo entonces madrastra.

Vino luego la ruina, las escaseces, el hambre por fin. Se vendieron la fábrica, el hospedaje y el café; perdió el viejo la vista; la *Trazona* les abandonó; y tropezando aquí y cayendo allá, fué preciso pedir de puerta en puerta para pan y aguardiente.

La *Andarica* no protestó jamás de los malos tratamientos del abuelo; besaba la mano que la hería, y todos en La Espina querían á la pobre niña casi tanto como odiaban al

Canillón. Merced á ello la limosna no faltaba nunca. Y como era cada día más bonita y más dulce, y sólo con su presencia parecía alegrar todos los hogares, pusiéronle el apodo de la *Andarica,* aunque no fuese pelinegra como *Laina,* sino de un rubio claro como las hojas secas del maíz.

Cuando el ciego pasaba las horas muertas tomando el sol ó roncando en el camastro, después de una borrachera de aguardiente monumental, la *Andarica* cosía y remendaba las ropas propias y las ajenas, ó mariscaba en las playas de Palmera para vender luego su pesca en las fábricas ó á los forasteros que veraneaban en La Espina.

Muchas veces le ofrecieron colocación en aquéllas y en las casas particulares; pero jamás consintió en abandonar al ciego ni aún ofreciéndole, como se prometió una señorona de Oviedo, hacerle ingresar en un establecimiento benéfico. La *Andarica* ni se atrevió á proponer á Marrén semejante cosa; adoraba éste su salvaje independencia, y se había vuelto además muy avaro. La limosna en dinero y en especie, buena en todo tiempo y espléndida en verano, junto con lo que ganaba la moza cosiendo y pescando, daba más que de sobra para subvenir á las poquísimas necesidades del abuelo y de la nieta. Pagada la comida y algún otro gastillo indispensable del momento, el *Canillón*

se apoderaba del sobrante, iba cambiándolo poco á poco en plata á los forasteros y viandantes, y luego desaparecían las pesetillas sin que la *Andarica* averiguase su paradero.

El amor honrado y la pasión brutal y egoista llamaron repetidas veces á las puertas de la joven. Paisanos y pescadores la cortejaron para casarse; y la tía *Trazona* le hizo infames proposiciones por cuenta del maestro de escuela, quien la perseguía sin tregua ni descanso.

Así las cosas, como libertador, como representante genuino de la Providencia, *Mafañera* había llegado á La Espina de improviso y sin previo anuncio.

Sus primeros pasos en el pueblo fueron de caridad y de justicia. Los buenos batieron palmas prometiéndose mucho de aquel hombre tan simpático y tan emprendedor.

La envidia y otras malas pasiones rugieron impotentes; y *Mafañera,* fiel á la empresa de su escudo, «¡avante, avante siempre!», comenzó, como decía *Palangrero,* á injertar el árbol viejo, á sembrar progreso y cultura en aquella tierra bien abonada de antiguo por la fe, por la honradez y los hábitos del trabajo.

Mientras que al *Canillón* le pareció Luis Bravo pura y simplemente un filón explotable, la *Andarica* desde el primer momento vió en él á un ser superior, generoso y justo,

llamado á corregir en el pueblo muchos vicios inveterados.

Se le presentaba *Mafañera* como un árbol frondosísimo bajo cuya ancha copa todos podían guarecerse.

El *Vaqueriñu* no había logrado su infame propósito; la protección del Cristo era evidente. *Laína,* que había hecho á *Palangrero* encargos especiales para que los trasmitiese á Luis Bravo, murió bendiciéndole. Por él la *Andarica* y el abuelo ciego tenían ropa, sustento, casa y trabajo asegurados sin necesidad de mendigarlos de puerta en puerta.

Podía ser su padre, casi le doblaba la edad, y parecía no obstante más fuerte, más ágil, más mozo, en fin, que muchos zagales. ¿Quién en el pueblo podía ponérsele al lado?

La *Andarica,* desde que recibió de sus manos limosna por vez primera al caer de una tarde de julio en lo alto de la cuesta de la *Formiga,* hasta que, en hora aciaga, el *Vaqueriñu* le dió la puñalada por la espalda, había visto muchas veces trepar á *Mafañera* con agilidad pasmosa por los más empinados riscos de la costa, alejarse de la playa nadando hasta que se perdía de vista, y apostárselas á remar con los más fuertes.

¡Pero, Señor, á qué venían tales cuentos á propósito de la edad y condiciones de su bienhechor? Hubo un instante en que la

Andarica se espantó de sus recónditos pensamientos.

Palangrero, D. Fermín Cabrales, su mujer, el párroco... toda la gente buena y más calificada de La Espina se hacían lenguas del mucho saber, entendimiento y sólidas virtudes de aquel niño tan grande, del jabegote dorado, como le llamaba, á sus espaldas, el pelafustrán de Buitrago.

Con la venida al pueblo de *Mafañera* habían cesado, como por obra de encantamiento, todos los martirios y aflicciones de la *Andarica.*

Pero, ¡Dios poderoso!, ¿eran sólo el agradecimiento y la admiración más grandes los que motivaban aquellos discursos?

¡Qué insensatez!.. ¡ella, una mendiga ignorantísima, pobre, *sin padre por la Iglesia,* como le había dicho en la amiga la chica del confitero, aspirar á tamaña fortuna! Locura inmensa sólo el pensarlo.

Y, con ser así, aquel pensamiento, apenas esbozado pocos días después de morir *Laina,* tomaba ahora cuerpo y adquiría vigor extraordinario perturbando el espíritu angelical de la joven y vertiendo en él dulces caricias; no de otra suerte que las abejas revolotean tenaces en torno de las corolas vírgenes, y la golondrina con la punta de sus alas roza y altera al pasar la superficie del lago, tranquila de ordinario.

¿Qué culpa tenía ella de haber heredado tantos infortunios? De su propia conducta respondía con la cabeza muy alta.

Pero, no atreviéndose ya á volver los ojos hacia el herido, cerró los suyos para aislarse por completo, entregándose resueltamente á soñar con aquel cuento de hadas, y un dulce sopor fué invadiendo poco á poco su adorable cuerpecito; por fin dejó caer la cabeza en el respaldo de la butaca, y se quedó dormida profundamente con la sonrisa en los labios.

Y así la sorprendió *Mafañera* al despertar poco tiempo después.

XVIII

Visto y soñado.

Palangrero se había salido con la suya; desde el primer momento confió en que Luis Bravo se salvaría. «¡Es mucha persona!» exclamaba, no haciendo caso de los médicos. *Abafole* la muerte, pero él se *sonsañó* de la señora de la guadaña ¡es verdad! y díjole avante, y á segar en otro *prau,* que éste no está en sazón.

Mafañera abrió los ojos de par en par, aquellos ojos grandes, tristones y negros

como la miseria y el abandono juntos, clavándolos en el techo. ¡Qué bien se encontraba, qué sueño tan hermoso había tenido, como reparador del cansancio producido por la levantada, y como seguro indicio de que sus esperanzas se realizarían muy pronto!

No era *Mafañera,* cuando recorrió por primera vez los Estados Unidos del Norte de América, alondra deslumbrable con vulgares espejuelos.

¡Cómo no había de admirar el asombroso adelanto de su industria—él, que desde niño se arregostó siempre con todo progreso moral y material,—sus ferrocarriles y distintos otros medios de comunicación, sus fábricas, talleres y atrevidísimas construcciones de toda especie! Pero como el mozo ahondaba, y en sus viajes no iba de aquí para allá como una maleta, sorprendió pronto el hecho indudable de la inferioridad moral y humana, digámoslo así, en que se encuentra la gran república en relación con el resto del mundo civilizado.

Ya llevaba Luis la lección aprendida en la fábrica de cañones; no todo adelanto consiste pura y exclusivamente en la más acertada y espléndida aplicación de las ciencias físicas y naturales, de la mecánica y de la química, á la industria. La instrucción sin el temor de Dios, por sí sola, no consigue mejorar en absoluto la condición humana.

Las riquezas materiales no constituyen por sí mismas, ni accidentalmente, el ideal de la humanidad ni la felicidad del individuo, ni es tampoco la fuerza material cifra del derecho, aunque por desgracia veamos todos los días que en ella se cimenta..

Cuando en toda Europa la nobleza de la sangre es tenida en menos, si no mantiene el esplendor de sus escudos dorándolos con las obras propias de los que las heredaron, en los Estados Unidos buscan, para casar á sus bellas y riquísimas mujeres, un título europeo aunque no tenga ni hacienda ni crédito moral; basta que sea añejo. Y ésto es tan frecuente, que llega á producir alarma pública, y da motivo á la promulgación de leyes que eviten la salida del país de las grandes fortunas expuestas en semejante comercio de vanidades y bajos sentimientos.

Mafañera, que antes y después de salir de España había oído tronar tanto contra nuestra deplorable é inmoral administración pública, se enteró allí por la prensa de que un buque de la armada oficial contrabandeaba; que existían empresas dedicadas á desenterrar cadáveres clandestinamente para venderlos á los anfiteatros de las escuelas de medicina; que había médicos que producían el aborto sin perjudicar á las malas madres, y que las señoritas solteras de cierta población muy importante distraían sus ócios

visitando las mancebías, con otros muchos hechos tanto ó más estupendos, propalados en libros y revistas de crédito y de extraordinaria circulación, sin que nadie los desmintiese.

También observó *Mafañera* que en aquella nación americana, los siniestros de todo género y las calamidades públicas adquirían proporciones extraordinarias, causando siempre millares de víctimas las inundaciones, los incendios y descarrilamientos.

Comparaba por fin Luis Bravo á los yanquis aisladamente con los aldeanos y pescadores de La Espina, hombres y mujeres, y la superioridad moral estaba de parte de éstos, aún de los más aficionados al *tambor* y á la *gaita*, es decir, los más dispuestos siempre á dar de mano al trabajo. Al fin y al cabo aquellos *superhombres* no tienen aún historia, y estos descendientes eran de los que, por ser leales, lo fueron hasta con D. Pedro I de Castilla, negando á D. Enrique, su matador, y á sus parciales, «fabla, agua, pan, vino, candela y *llechu*».

También fué Asturias la primera que declaró la guerra á Napoleón Bonaparte.

Traía aquella tarde *Mafañera* á colación todos estos datos, noticias y observaciones, porque, como excelente agricultor, quería recrearse en la tierra, ya abonada antes de esparcir sobre sus surcos la semilla.

Que encontraría ingratos y envidiosos... También en la fruta más apetitosa y madura pican los pájaros merodeadores y se ocultan los gusanos. El bien hay que imponerlo si es preciso, y realizarlo siempre por el bien mismo, sin aguardar premio ni correspondencia.

En sueños vió funcionar su fábrica, grande, limpia y alegrísima. La luz eléctrica, producida por el gran arroyo que lamía los muros, aprovechado como motor, brillaba en numerosas lámparas esparcidas convenientemente por todas las dependencias.

Como la luz, el agua, saliendo á borbotones por grifos y mangas, fría y caliente, arrollaba en un instante escamas, sanguaza, pringue y hollín. El vapor á altas presiones limpiaba cubos, pilas, depósitos de hierro galvanizado y toda suerte de herramientas y utensilios, cociendo el pescado en un santiamén, é imprimiendo fuerza y movimiento á la maquinaria: prensas, guillotinas, escamadoras, parrillas movibles y otros diversos aparatos de muy nueva y práctica aplicación.

Las operarias iban y venían, limpias, calzadas y con medias, vestidas decentemente y llevando todas ellas blancos y grandes delantales sujetos á la espalda con cinturón y tirantes, que les cubrían el pecho y la falda, así como la cabeza con unos gorritos

del mismo lienzo, parecidos á los que gastan los cocineros y marmitones franceses. Esta especie de librea del trabajo era de cuenta de la fábrica; la vestían las operarias al entrar, y de ella se desnudaban terminada la tarea. Las *páxas* diariamente se sumergían, para su limpieza y desinfección, en un gran estanque lleno de cierta apropiada disolución química, de donde volvían á salir como nuevas. En la fábrica había bien provistos talleres de carpintería y tonelería, hojalatería y fabricación de cestos y otros envases.

Una amiga á la entrada para retener y educar en ella á los niños de las operarias durante las horas del trabajo cotidiano. En la amiga se les daba también el alimento para el cuerpo, nodriza y comidas de otra especie.

La manutención y el sostenimiento de las operarias que se inutilizasen violentamente trabajando en el establecimiento, correría á cargo del mismo que interesaba también á todo operario, que llevase más de cuatro años con buena nota, en una parte proporcional de las ganancias líquidas. Por fin, la fábrica tendría escuela propia y nocturna para ambos sexos.

Mafañera seguía inmóvil, mirando al techo, como si en él estuviese pintado todo aquel cuadro tan hermoso.

De pronto vió aparecer como una nubecilla, insignificante, pero que no dejaba por eso de contrariarle... ¿Cómo se llamaría la fábrica? *¿Mafañera?* Esto sería presuntuoso. ¿Delfina? Parecióle demasiado sagrado el recuerdo de su buena madre para asociarle á una empresa industrial, aunque se levantara sobre cimientos tan nobles como los de su sueño, ya en vísperas de realizarse. Y la nubecilla fué ensanchándose y tomando tintes más negros, porque á Luis Bravo le vino á la mente la triste idea de su soledad en este mundo, aun estimando tanto como estimaba el cariño y desinterés de sus buenos amigos. *¿Laína?* ¡Jamás! Desde que había huído del pueblo, abandonando patria, honra y familia, sólo pudo ser acreedora por parte de *Mafañera* á un recuerdo de conmiseración. Verdad era que indirecta y directísimamente había sido la causa primera de la expatriación, y luego de la fortuna, de Luis Bravo; que como Teresa fué blanco lucero que iluminó la dorada mañana de su vida...

Mafañera quiso de pronto cambiar de postura, y sus ojos, ya muy habituados á las casi tinieblas que invadían el cuarto, se inundaron súbitamente de la bellísima figura de la *Andarica.* Seguía durmiendo plácidamente con la sonrisa en los labios.

Era blanca; la fina piel cubierta de sutilísimo vello dorado, como el que envuelve

á los jugosos duraznos que se crían en las huertas de la imperial Toledo, y salpicada de pecas muy pequeñitas. La rubia cabellera bien peinada servía en parte de apropiado marco á la cabecita, colocada airosamente sobre el cuello mórbido y flexible como tallo de una azucena.

Un mantón negro, así como la falda, la cubría cruzado hasta el sencillo vivo blanco con que terminaba el cuerpo del vestidito. Y sobre el matón tenía cruzadas las manos, breves, blancas y cuidadas á pesar de los rudos trabajos á que estaban hechas.

Fué tan viva la impresión, que *Mafañera* se incorporó en la cama, y hubo un momento en que creyó que volvía á delirar, víctima de la fiebre.

La *Andarica,* á aquella luz, era *Laína* en lo alto de la rampa que baja al *Pedreo del Conexal,* la mañana de la pesca de las esquilas.

El último sonido de este mundo, que percibió *Mafañera* al caer herido de la puñalada del *Vaqueriñu,* fué la voz de *Laína,* que pronunciaba á su oído idénticas ó parecidas palabras á las que murmuró al pie de la rampa cuando Luis Bravo, herido entonces también, perdía el conocimiento.

Y aquella voz, pero mucho más dulce, como un arrullo, como manantial inagotable de promesas, como mágica amalgama de

suspiros y de besos, había sonado constantemente en los oídos atolondrados del enfermo durante sus largos días y en sus interminables noches de dolor y de fiebre. Parecía ahora que la parte de su existencia dichosa no se había interrumpido; que vivía en la tarde de aquella hermosa mañana, que el espíritu de *Laina*, abandonando su cuerpo, como el ave abandona el nido profanado, fué á refugiarse en el adorable cuerpo de aquella otra niña, tan buena y tan desgraciada.

¡La Andarica!... bonito nombre para la fábrica. ¿Pero cómo explicar su elección? ¿No habría algún malicioso que lo interpretase de un modo desfavorable para la muchacha? ¡Bah!... ¡Si podía ser su padre! Y *Mafañera* sintió mucho, sin darse cuenta de ello, poder serlo por la edad.

Llamaron secretamente á la puerta; la *Andarica* no despertaba.

—Pepina, Pepina;... que *pican* á la puerta...

La *Andarica* despertó sobresaltada, y al mirar á *Mafañera* antes de abrir, sus mejillas se tiñeron de amapolas.

Luis Bravo se cubrió la cara con el embozo.

¡Cualquiera hubiera dicho que temían mirarse frente á frente!

XIX

Elecciones y aguinaldos.

En La Espina hombres y muchachos andaban muy levantiscos y como revolucionados: preparábanse aquéllos para las elecciones generales de diputados á Cortes, y éstos se disponían á cobrar el aguinaldo.

Mafañera salía ya á la calle y hasta daba algún que otro paseo de importancia. Las obras de la fábrica estaban para terminarse, y *Palangrero* disfrutando una licencia temporal. La política le reclamaba en cuerpo y alma. Luis Bravo le había prestado además el carricoche en que le vimos entrar en La Espina, y el viejo patrón no se daba momento de reposo recorriendo el distrito de punta á punta. Por cierto que el modesto tren de *Mafañera* revelaba el prurito de éste de mejorarlo todo. El carruaje había sido restaurado por completo—parecía recién salido del taller,—y la jaquilla, gorda, limpia y con las cuartillas muy bien hechas, tenía el pelo corto y reluciente como un caballo de pura sangre, no obstante la estación.

La lucha iba á ser muy reñida; los partidos extremos trabajaban sin descanso. *Palangrero* estaba en sus glorias yendo de aquí para allá, como dispensador de mercedes, espada de Damocles, proveedor universal y hombre peritísimo en la intepretación de todos y cada uno de los artículos de la ley electoral.

Á éste ofrecía un destino; amenazaba á aquél con limpiarle el comedero; si votaba el de más allá la candidatura que nuestro muñidor recomendaba, ya se vería de sobreseer la causa seguida con motivo de los garrotazos que se repartieron en la última romería, ó de conseguir una sentencia favorable y sin costas en aquel endiablado pleito á propósito de un interdicto de obra vieja. Y, por lo que hace á la parte contraria, no escaparía con menos que ir á presidio ó quedarse más pobre que las ratas. No tenía por qué apurarse este otro; él se comprometia solemnemente á proveerle de maíz para la sembradura, ó á prestarle sin interés y por el tiempo que quisiera las pesetas que le hacían falta para mercar el *gochu;* pero «déme *daqué,* si quier, en seguridad de que votará la mía candidatura, y si non, fasta más ver»; y *Palangrero* recogía una prenda cualquiera que respondiese del trato. Por lo que hace á ingeniosísimas interpretaciones de la ley electoral y á tracamundanas y trapacerías

para eludir sus preceptos, cuento fuera de nunca acabar el referirlas; baste decir que en este punto *Palangrero* podía dar quince y raya al más redomado rábula, escribano enredador ó furioso picapleitos.

Mientras tanto, cada *aguilandero* iba proveyéndose con anticipación del que llamó Campoamor sexto sentido de los ciegos y de los partidos radicales; quiero decir, de un buen garrote, grueso y largo, capaz de servir de apoyo, de adorno, de pica para saltos y de arma ofensiva y defensiva.

La víspera de Noche Buena se reunieron los rapaces de La Espina debajo de un gran nogal, á la entrada de la *bolera,* para llevar á cabo la designación de *mayorales, medianos* y *pequeños.* De entre los primeros, ó sean los muchachos más espigados, se eligen dos cargos de la mayor importancia: el *caporal,* generalísimo de aquel *ejército* en miniatura, y el *bolseru,* tesorero general, de quien suele decirse, como de la mayoría de los que administran lo ajeno ó se enjuagan, que algo traga. De todas suertes el *bolseru* lleva las espaldas cubiertas por el *caporal,* que es siempre el de más arrestos entre todos los de la cuadrilla. Se tiene muy en cuenta para elegirle su hoja de servicios, en la que reza *valor acreditado* en las victorias conseguidas años anteriores, ó en retiradas honrosas y expediciones heroicas como la del Mar-

qués de la Romana, aunque sea mala comparación.

De las primeras suele ser elecuente testimonio uno de los palos que los contrarios abandonaron, al emprender vergonzosa fuga, conservado como trofeo gloriosísimo.

Conviene advertir que los *pequeños,* formando parte del grueso ejército, piden sólo en las casas inmediatas á la *posada*. Es ésta campamento ó cuartel general de todas las fuerzas y comedor donde luego se consumen alegremente las provisiones recolectadas después del combate; vivero, en fin, de no pocos cólicos y de alguna que otra *moña* infantil sin ulteriores consecuencias, producida por el excesivo consumo del zumo de las manzanas.

Se libran tales batallas á modo de los antiguos *pasos honrosos,* sólo por lucir y acreditar el valor y gallardía de los combatientes, y sin otra mira de ruin ganancia ó premeditada conquista material: son ni más ni menos que torneos. Sirve de pretexto la oposición de los naturales de un pueblo á que sus vecinos cobren en él aguinaldos.

Cuando la victoria se decide, los dos ejércitos se retiran en buen orden ó á la desbandada, y entonces, al llegar cada cual á su pueblo, comienza en él la cuestación.

Reunidos por fin los guerreros-postulantes en la *posada,* se procede al inventario y

recuento de lo recolectado en especies y en metálico, y termina la fiesta con la comilona y reparto de lo que sobra entre los presentes, pero teniendo muy en cuenta los méritos y servicios de cada cual.

Entre los comestibles ocupan siempre las castañas lugar preferentísimo.

Con ellas el domingo que sigue á la batalla obsequian los guerreros á las mozas del pueblo, dándoles un *fornau*. Y aquéllas á su vez, corresponden otro día con análogo regalo.

Palangrero monopolizaba hacía años en La Espina el privilegio de asesorar al *caporal*, trazándole de antemano el plan de batalla.

Los de Carmiña echaban muchos *plantes* y había que darles una buena lección: los *pequeños* quedarían acuartelados en la posada; el resto de las fuerzas debían salir muy de mañana.

Mafañera quiso presenciar la partida desde las alturas de la cuesta de la *Formiga* con el propio *Palangrero*.

La mañana no hay para qué decir que estaba como un carámbano, pero sí que, por excepción, despejada y muy alegre en el campo y en la mar, y el sol salió pronto y con fuerza, dispuesto también á dar en tierra, ó debajo de ella, con la escarcha que alcanzaba honores de nevada.

Allá iba el pequeño ejército—pequeño por el número y por el tamaño de los combatientes,—ligero y animoso, cruzando el valle, ya desplegado en guerrilla, ya de dos en fondo, ó uno á uno, según lo consentía el terreno; camino de herradura ó veredita, que á modo de ribete contorneaba el prado. Cantaban y reían despertando alegres ecos en las montañas vecinas. De los caseríos y de los hórreos salían á verles hombres y mujeres, y hasta las pegas encaramadas en los *balagares,* los saludaban abanicándose con la cola. ¡Hurra por los valientes! Brillaban los palos mondados á los primeros rayos del astro del día como picas de acero bruñido.

Hizo alto la vanguardia, y desciñéndose las hondas, rodeadas antes á la cintura, comenzaron á probarlas, á modo de fogueo, lanzando pelados guijarros á larga distancia, que silbaban como balas, perdiéndose en los zarzales.

Mafañera contemplaba el simulacro con verdadero entusiasmo; aquellos debían ser los inteligentes obreros del porvenir, los que abriesen las duras entrañas de la tierra, hartas de producir, con máquinas nuevas; los operarios de su fábrica, los que arrancarían al mar sus tesoros, hondos y someros, con maravillosas artes de pesca en poco tiempo y sin exposición.

Decididamente aquella tierra estaba abonadísima; el culto al clásico heroismo se conservaba y crecía junto con el amor al trabajo.

De pronto apareció en un recodo del camino el ejército contrario. Los de La Espina se replegaron, y momentos después se trabó el más reñido combate que han presenciado ojos humanos. Los gritos animosos de los combatientes se mezclaban con los golpes secos que así arrancaban astillas de los garrotes como levantaban en las cabezas tolondrones del tamaño de las nueces más grandes. Aquí rodaba un combatiente resbalando en la escarcha; allá venía otro al suelo de un certero garrotazo, y todo era ruido, confusión y barahunda. Las boinas rojas y azules, caidas sobre las verduras del prado donde se libraba tan descomunal pelea, parecían las grandes hojas de las plantas acuáticas que crecen sobre la superficie de las aguas estancadas. Como los combatientes no levantaban polvo ni sus armas humeaban, *Mafañera* y *Palangrero* no perdían pormenor del combate desde su atalaya. Los de Carmiña comenzaron á perder terreno, visto lo cual por el *caporal* de La Espina, animó vigorosamente á los suyos, que iban rindiéndose también, y, metiéndose resueltamente por las filas enemigas, ya desmoralizadas, fuése derecho al encuentro

del *caporal* contrario, repartiendo certeros garrotazos á diestro y siniestro, mientras cuidaba de parar los que le dirigían. Aquello era, sin duda alguna, el comienzo de segura derrota para los de Carmiña, cuando el noble combate se trocó en infame celada.

Á retaguardia de los que ya cejaban arrojando las armas, aparecieron de pronto cuatro mozos carmiñeros haciendo frente á los heroicos muchachos de La Espina, y tratando de contener la desbandada de sus paisanos. Retrocedieron entonces aquéllos súbitamente, aunque en buen orden, y, á una voz del *caporal,* y ya á cierta distancia, requirieron las hondas haciéndolas funcionar con notable presteza y no menos acierto.

Uno de los proyectiles acertó á un mozo carmiñero descalabrándole; furiosos los otros tres corrieron hacia los rapaces de La Espina dispuestos á hacer en ellos un buen escarmiento; pero antes de que pudiesen lograr su propósito, de la parte de acá salieron otros mozos de los caseríos, los que, como *Palangrero* y *Mafañera,* presenciaban el combate infantil; y lo que comenzó en juego, á punto estuvo de concluir muy en veras, de no haber corrido Luis Bravo cuanto pudo cuesta abajo y conseguido llegar muy á tiempo de apaciguar los ánimos.

Por fin, para firmar las paces, convidó Luis á los mozos de Carmiña á la *caldereta*

con que el día de los Santos Inocentes había de celebrarse la inauguración de la fábrica... que aún no había sido bautizada.

Suum cuique. Cumple á mi calidad de historiador imparcial declarar aquí, para que no quede en el ánimo del lector duda del tamaño de un grano de alpiste, que los guerreros de Carmiña, según pudo luego averiguarse á ciencia cierta, no contaban de àntemano con el improvisado refuerzo que les vino como caido del cielo y por una gansa humorada de sus cuatro paisanos, mayores en edad, puede que en gobierno, pero no en saber ciertamente.

Contraríame no poder describir, aunque no fuese más que en esbozo y torpemente quizá, como acabo de hacerlo con el famosísimo encuentro de los ejércitos de La Espina y Carmiña, la *caldereta* en que metieron su cuchara los vencedores juntamente con los vencidos. Pero, como el desenlace de esta historia se acerca y aún queda algo mucho más substancioso que referir, y á mí se me va ya acabando la cuerda, me limitaré á dar á mis lectores en cifra y en términos generales, noticia microscópica del guiso mentado, no forjándome ni á cien leguas la ilusión de cumplir con el sabidísimo precepto de Horacio: porque, si bien es cierto que doy una receta que pueden aprovechar las amas de casa y la gente aficionada á esparcir el

ánimo en giras campestres, tengo poca seguridad de haber deleitado al lector con las precedentes cantorriñas y vulgares lances ocurridos entre los modestos y, en su mayoría, rústicos personajes que puse en juego.

Del cargo que pudiera hacérseme por mechar, en el relato de las penas y bienandanzas de *Mafañera,* la receta del mentado guiso marinero, pretenderé defenderme recordando que hubo poetas que pulsaron la lira con el único fin de ofrecer la receta para hacer croquetas, mereciendo el aplauso del más castizo, ático y finamente regocijado escritor español.

La caldereta asturiana nada tiene que ver con la andaluza y manchega, cuya base es la carne de oveja muy salpimentada. El andaluz es guiso de pastores; el asturiano rancho de marinería condimentado por los pescadores de altura en las costas del Principado, ó á bordo mismo de las lanchas en pote ó cazuela. En él se cuece el pescado fresco, entero ó partido á grandes trozos, con aceite, cebolla picada y pimentón. Cuenta don Apolinar de Rato, en el *Vocabulario* de que ya hice mención en páginas anteriores, que esta *caldereta,* simple ó primitiva, fué perfeccionada por don Anacleto Alvargonzález, natural de Gijón, hasta hacer de ella un plato clásico y necesario en todas las giras campestres de aquel país, y luego aña-

de: «la confecciona dicho señor con mezcla de peces de cantil y mariscos, colocándolos en la marmita de cobre que tiene á propósito, por camadas mezcladas con cebolla picada, especies y pasta de pimiento, colocando los peces más duros en el fondo y empleando para una docena de comensales, media botella de aceite fino y media de Jerez; y, cubierta la cacerola, la pone al fuego muy vivo hasta que comienza á hervir; y entonces se procura hacer el fuego lento, y la cocción no debe pasar de tres cuartos de hora. Los peces más á propósito son el saramollete, llubinas, tiñosas, escurpiones, picas, macetes, doradas, escamones y barbadas».

Seguro estoy de que el lector tiene curiosidad por enterarse de quién *picaba* á la puerta del cuarto de *Mafañera*... y por ser pormenor muy importante, bueno será referirlo en el capítulo que sigue.

XX

El gran Galeoto.

Doña Caralampia, después de cerciorarse de que nadie andaba por los alrededores de la habitación, y de encargar mucho á la

Andarica que cuidase de que con ningún motivo ni pretexto viniesen á interrumpirles, se sentó en la misma butaca en que la joven dormía poco antes.

Mafañera, incorporado en la cama, estaba pendiente de los labios de la boticaria, que se hacía desear excogitando para sus adentros la manera más oportuna de dorar la píldora.

Tras de cuatro generalidades á propósito de la franca mejoría de *Mafañera,* y relativas al buen tiempo y á las obras de la fábrica, doña Caralampia se arrellanó, con la mano derecha se alisó más las ya estiradas bandas de cabello que le tapaban las sienes debajo de la toquilla de *crochet,* metió y sacó un par de veces el rascamoño en el rodete, y rompió por fin á hablar en esta forma:

—Bien sabe Dios, Luisico, que en el alma me apena poderte dar tal vez un disgustillo, en día tan señalado para todos, con lo que voy á decirte; pero precisamente, hijo, en el punto á que han llegado las cosas, estaba yo aguardando el momento de que estuvieses ya con la cabeza firme, para tratar contigo del caso, y ver en seguida cómo evitar un daño muy grande. Las malas lenguas, Luisito, tú lo sabes, abundan en estos pueblos más que los *xorreros* en las peñas del *Conexal,* y son como esos pícaros empleados de consumos, que meten el pincho sin cui-

darse de lo que van á atravesar, ni de si puede haber bota ó pellejo dentro de la carga de verdulaje, y hacerles una sangría suelta sin maldita de Dios la gracia. Ya sé yo que fuera de aquí hay otros usos y costumbres muy distintos, y nadie pára mientes en ciertas cosas, y no por ello es la gente menos honrada y temerosa de Dios: Pero aquí vivimos, y no hay que pedirle al pez que respire fuera del agua, ni á los pájaros que vuelen debajo de las olas. Y como «cuando la cabrina berra, toos van tras ella», las malas lenguas son más escuchadas que las buenas, porque así es nuestra podrida condición. Quiero decirte con todo ello, que el chisme levantó gran polvareda, y...

Mafañera rebullía en la cama, inquieto como si se revolcase sobre alfileres, atosigado por aquel interminable exordio.

—No te impacientes, Luisico mío, que ya voy derecha al caso; y el caso es que la *Andarica*...

Aquí Luis Bravo casi saltó de las sábanas como si le manteasen.

—...que la *Andarica,* ese ángel de Dios, es la comidilla de todas las brujas de La Espina, sobre que nunca se vió en ella hasta ahora que una moza tan joven y tan rebonita como Pepina, que hasta encaja en el dicho de que «la mujer y la sardina, piquiñina», no salga de la alcoba de un hombre soltero,

que si bien puede ser su padre, también pudiera ser su marido...

Nuevo salto de *Mafañera,* que exclama precipitadamente:—¡Qué disparate!—en un tono tan raro, que motiva nuevo y violento empleo del rascamoño, signo inequívoco, en doña Caralampia, de su honda preocupación por haberse hecho cargo de pescar, ó simplemente de adivinar, un hilo suelto.

—*¡Cenoyu!*... mira tú, como disparate, no lo es tanto que digamos, por lo que hace á los años. Diecisiete le llevo yo á Fermín—ya quisiera él que se los llevase de verdad,—y nadie que yo sepa se escandalizó cuando *tocamos á ñeru,* y para tí le pido yo á Dios la felicidad de que disfrutamos en nuestra modestia desde que nos echó las bendiciones el cura debajo del camarín del Santísimo Cristo. Como familia, no puede compararse la tuya con la de esa tortolilla infeliz; pero después de todo ¿qué culpa tiene ella de que la echaran al mundo por detrás de la Iglesia y de que la su pobre madre—¡Dios la haya perdonado!—se descarriase? Como hacienda... tampoco está mal que el hombre la lleve toda... ¡Pero, Señor, qué estoy yo hablando?... ¿Por dónde iba?...

—Usted verá—respondió Luis Bravo muy dulcemente, sonriendo al escuchar los discursos y divagaciones de la boticaria, que halagaban su oído como acordado acom-

pañamiento del pensar y del sentir propios.

—¡Ah, sí!... Decía, que sin percatarte de ello, y por la corriente misma de los sucedidos, le vienes haciendo muy mala obra á Pepina, de la que nadie tuvo que decir sino alabanzas hasta la hora presente; y que bueno será poner coto á la murmuración, mejor hoy que mañana. Entre Vicentona y yo te atenderemos muy ricamente, y algo nos ayudará también *Palangrero,* que ya anda barruntando las maldecidas elecciones, como burro de cara al pesebre. Vuelva la *Andarica* con el *Canillón* á su cuartito de la calle de la Marina; él á remendar boliches cuando no tenga la *moña* encima del su cuerpo condenao, y ella dale que dale á la rueda en lo alto de la cuesta de la *Formiga,* torciendo el filo para hacer aparejos de pescar. Dice Fermín—ya sabes tú que es muy leído en literaturas y que cuando estudiaba en Madrid iba siempre que podía al Teatro Real,—pues digo que dice que la *Andarica,* dándole al torno, parece la Margarita del *Fausto* cantando las coplas del Rey de *Tundé...* Tú sabrás lo que quiere decir Fermín... ¡Qué malo es el mundo!... ¡Pero qué retemalo! ¡Mira tú que sacar semejante premio de su conducta la pobreyuca mía, que no se desnudó en treinta y cinco días con sus noches, velando á la cabecera de tu

cama cuando nadie daba por la vida tuya una almeja! Tu propia madre, aquella santa Delfina, que puede ser que esté sirviendo de doncella en el cielo á la misma Virgen Santísima, no hubiese hecho más que la *Andarica* hizo contigo, sin permitir que Vicentona ni yo pusiésemos mano... Oye, á propósito, y si no es indiscreción: ¿es verdad que tu tienes en Chile un ama de llaves, que se llama... ¡ay, hijo! como aquí á los gatos, *misia, misia* Paquita, y que te escribe todos los correos?

—Es verdad, sí señora. ¿Por qué lo pregunta usted?

—¡Ya lo decía yo! Así son las muchachas. Hasta la más inocente y mirada, como es Pepina, tratándose de cosas que puedan oler á amoríos, han de ser maliciosillas...

—¿Sí?... ¿Y qué se maliciaba Pepina?

—Que *misia* Paquita pudiera ser algo más que tu ama de llaves, según la confianza con que te trata.

—¿Y cómo lo sabe?

—¡Toma! Por *Palangrero,* á quien tú dijiste, el primer día que pudiste hablar, que te leyese sus cartas. Por cierto que la *misia* gasta una lengua tan rara, que yo tomé en la memoria el principio de una de ellas: «Mi querido patrón; llegué á *corcobear* de gusto con tu letra, y ahí van estos cuatro renglones *chullescos* de respuesta. Yo *cuese* que

cuese; ahora estoy haciendo una *pollera* con su *manera,* y un *portosito* bien *frisudo,* y voy á comprar un *regalillo,* porque donde hace frío me le hielan los *deos*». ¡Mira que *corcolear* de gusto! ¡ni que fuese una cabra!... ¡y decir *chullescos* por torcidos!... Vaya, lo de *manera* es castellano de lo fino, según dice Fermín, y lo de *pollera* puede pasar muy bien; que algo se parecen las faldas á las nasas para cobijar los *pitus,* ¡pero decirle á un abrigo *portosito* y al manguito *regalillo!* Don Valentín, el piloto retirado que vive en el llanete, me tradujo la gerigonza...

—¿Y decía usted que Pepina?...

—Que á Pepina maldita la gracia que le hacen las palabrejas de *misia* Paquita.

—¿Sí?

—Lo que oyes. Dice que debería tratarte con más respeto y escribir menos. Ya se ve; la *Andarica* no se hace cargo del tiempo que tardan las cartas de aquí para allá y viceversa, y del que por eso necesitó *misia* Paquita para enterarse de que te dieron una puñalada tremenda que te abrió hoja y media del portón del otro mundo... Pero, aguarda, que me parece que llaman á ésta... Sí. ¡Adelante! Es *Palangrero.* De suerte que quedamos en que la *Andarica*...

—Se volverá mañana con su abuelo á la calleja de la Marina. Los reparos de usted son muy justos, y no hay para qué decir

cuánto le agradezco la buena intención y el paso oportuno que dió viniendo á informarme del suceso. Y con respecto á *misia* Paquita, dice usted bien: las muchachas en ciertas materias ven *carbayos* donde no hay más que hierbecilla. Paquita tiene más de *sesenta años*... y la pobre, aunque es un alma de Dios, parece la bruja del candilejo!

—¡De veras? ¡Poquita broma que voy á dar á Pepina cuando la vea!

—No; déjela usted tranquila...

—Bueno... ¡Pero, Señor, valiente cara de pocos amigos trae este otro! ¿Qué te pasa? *¡Cenoyu!* ¡No parece sino que oliste asafétida! Desembucha, hombre!... digo, si no es reservado...

—¡Qué ha de ser! ¡Mi alma! ¡Que me digan á mí si no hay para desesperarse! Más de mes y medio llevamos de ir y venir con el expediente pa la apertura de la fábrica, y ahora me salen con que tiene que volver á Uvieu pa no sé qué trámite!... «De Uvieu al Cielo, y allí un *furaquín* pa ver á Uvieu».

—El refrán viene al caso como la *cachapa* colgada del cordón de San Francisco de Asís. No te corriges, hombre, de la manía de soltar refranes, peguen ó no peguen. Y ya se ve, en el calor de la plática, «al enfornar, fácensete los panes tuertos».

—«Dixo el cazu á la caldera, quítate d'ahí, negrera». «Dixo el cazu á la sartén, quítate

allá no me *enlluxes*»... Dígolo porque usted, doña Caralampia, no se me queda atrás en lo de refranear, aunque los traiga y aplique con más entendimiento que este pobre patrón, retirao ya á la tierra.

—Verdad dices, *Palangrero,* y razón te sobra por la punta de las tus greñas en lo de quejarte de la administración pública, que á todo y á todos pone tranquillas é inconvenientes. «¿Dónde vas, Miguel? Onde la burra quier»; y la burra es la política, como «el dineru del *Infuru,* hoy míu, mañana tuyu»...

—Justamente; y eso que ahora estoy yo en el poder. Cuando vengan los contrarios, nos va á arder el pelo. Y lo de ganar esta vez las elecciones, muy difícil, y...

—¡Bueno, hombre! Todo se arreglará pronto, si Dios quiere. Usted, doña Caralampia, hágame el favor de encargarse en mi nombre del caso de la muchacha... No quisiera yo que pareciese que la despedía... Y ahora, porque como dijo usted muy bien me siento fatigado, les agradecería que me dejen reposar un poco.

Mafañera mentía. Puedo asegurar al lector que el verdadero motivo que impulsaba á Luis Bravo para querer quedarse solo, era ni más ni menos que un vivo deseo de rumiar una y mil veces el sabrosísimo bocado que le había ofrecido doña Caralampia.

Lo que sentía la *Andarica* tratándose de *misia* Paquita, ¿no era algo así como celos? Y quien los tiene, es porque quiere de veras; en esto no hay duda. Por otra parte, si las brujas del pueblo le creían capaz de cortejar á la muchacha, y á ésta de hacerle caso... claro estaba que la cosa era muy verosímil... y si lo era...

Decididamente, parecía operarse en su vida un retroceso... y la verdad es que á Luis Bravo le gustaba mucho dejarse llevar de la corriente. Tentado estaba, examinando su conciencia, á echar mano, como doña Caralampia y *Palangrero,* de los refranes aplicables al caso. Como parche al uñero parecían venir dos de ellos, muy castizos y corrientes.

¿Murmuraban, eh?... Pues «voz del pueblo, voz del Cielo», y «cuando el río suena»...

XXI

La última pesca.

Visto desde el mar, el risueño pueblecito de La Espina ofrecía aquella mañana el mismo aspecto que recreó tanto á *Mafañera* desde lo alto de la cuesta de la *Formiga,*

como se vió en el capítulo primero de este libro.

Miento: para hablar con toda exactitud, es preciso adicionar ahora en el inventario la partida correspondiente á una esbelta chimenea de ladrillo, sin revoque y con laborcitas mudéjares de lo mismo, perteneciente á la antigua fábrica de salazones y freiduría de D. Higinio Carrió, propia en la actualidad de don Luis Bravo, más conocido por *Mafañera*. Dominaba la chimenea, con alzarse en la parte baja del pueblo, á las demás construcciones de toda especie, excepto la iglesia del Cristo; y se alzaba perpendicular y paralela al tambor cilíndrico de la antigua escalera, por la que subían antaño, de rodillas, los devotos hasta el camarín de la milagrosa imagen.

Parecía el tambor á modo de cilíndrico y robusto contrafuerte, muestra tallada en la roca de la fe y devoción de toda una raza, y cifra de sus tradiciones más caras.

Proclamaba la chimenea la noble aspiración de un idólatra del progreso, y el sueño que no había podido realizarse sino á medias durante seis meses de dispendios, de trabajo y de sacrificios de toda especie, incluso de amor propio, que son siempre los que más cuestan al hombre.

Sobre el tambor se extendía, barnizándole, la pátina de los años: musgos de

lluvias pertinaces y cristalizaciones de las salitrosas brisas marinas, entremezclados como la oración del labriego y del pescador se confundían ante el altar del Crucificado.

En cambio, apenas si en el collarín de la esbelta chimenea había logrado el humazo, á fuerza de capas superpuestas, redondear las aristas de los arquillos mudéjares, cuando ya estaba decretada la clausura de la fábrica para aquel mismo día. Y no era ciertamente que *Mafañera,* como la mona de la fábula, arrojase la nuez al primer amargor de su cáscara verde; nada de eso. No cejaba Luis en sus buenos propósitos; antes por el contrario, pensaba volver á la carga con nuevos bríos, aunque en la empresa hubiera de gastar doble número de miles de pesetas y dosis dobles de paciencia y sacrificio. *Mafañera* quería convencerse de que necesitaba descansar un poco de aquella lucha, al parecer estéril, como se nos antoja á veces que lo son las fuerzas ocultas de la madre tierra aplicadas á la germinación de la semilla cuando ni siquiera una sutilísima brizna verde logró romper la superficie y asomar cara al sol. ¿Cómo negar que Luis había tenido horas de mortal desfallecimiento, si el mismo Redentor del mundo pidió á su Padre que apartase de Sí aquel cáliz de amargura?

Sea como fuera, la siembra estaba hecha y no podían perderse todos los granos, por mala que resultase con el tiempo la recolección. Precisamente para precipitar el éxito de sus ideales, había creido *Mafañera* muy conducente marcar un calderón ó compás de espera en el funcionamiento de la industria por él creada, y desconocida hasta entonces en La Espina en semejante forma. Durante aquella especie de suspensión de hostilidades, los mal aconsejados tal vez volviesen sobre su acuerdo, convencidos de que habían servido de juguete ó de escabel á la envidia, al mercantilismo sin entrañas, ó á la ciega ignorancia.

Algo, quizás mucho, copiarían en lo sucesivo de la fábrica de *Mafañera,* en maquinaria y procedimientos, los dueños de las otras, con lo cual, sumado á la clausura temporal de aquélla, disminuiría mucho mañana la tan cacareada competencia calificada por Buitrago de infame imposición del capital sobre el trabajo.

Además, todos los operarios de «La X»—así la llamó por fin su dueño provisionalmente—habían adquirido muchos conocimientos útiles en su industria y aprovechables dentro y fuera de La Espina, en la que los difundirían necesariamente.

Palangrero, pues, como le acontecía de ordinario, aplicaba mal al caso el ya citado

refrán: «Ensertar en árbol vieyu nin llena el plato ni el güeyu». ¡Vaya si lo llena, desde aquí y desde donde quiera que se le mire!, afirmaba Luis Bravo, refiriéndose aquella mañana á la chimenea cuyo negrísimo aliento se esparcía, quizás por última vez, ensuciando el espléndido celaje.

Realizaban la expedición de pesca proyectada en la convalecencia de Luis. Habían ido á *mafaños* eu un bote propio de la fábrica. La mar estaba muy bella; la embarcacioncilla se mecía dulcemente, como cuna si la madre ó la nodriza se están también durmiendo con el niño. *Mafañera,* dale que le das, movía el arte que llevaba su nombre por la banda de estribor, de un lado para otro con oscilaciones de péndulo.

—Mira tú—decía *Palangrero*—lo que yo ví siempre peor en el negocio fué la ocurrencia de dar parte en él á las mozas, á los *tostones* y hasta á los rapaces de lancha. Tú dijiste: «Así le tomarán más cariño al trabajo y á la fábrica, como quien mira por lo suyo...» ¡Ca, hombre! Así se ensoberbecieron y trabajaron menos, y si se les arreaba, salían con el registro de que en el pecado llevaban la penitencia, y que no se les podía echar en cara que robaban del todo al amo, pues que á sí propios se robaban; nada, que «burra de muchos cómenla los lobos». No dirás que éste no encaja mismamente como

un sable en su vaina... ¡recontra, mi alma, y cómo me puso el *mafaño!*

En efecto, parecía que en la cara de *Palangrero* acababan de estrellar un frasco de tinta Stephens de la negra y de marca mayor.

—Muchas cosas aprendiste en la otra banda, Luis, pero se te ha olvidado el manejo del arte que lleva el tu nombre; de rapaz los embarcabas por *trolleras,* sin que salpicasen á bordo una sola gota de su pringue negro, y ahora al primero que aferraste me has puesto como el cuello de la chimeneota aquella, cortándome también á golpe de *macheta* el *filo* de la plática. Decía que «la que se aveza á poca ropa, con una sayiquina ponse lloca». ¿Estamos? Y ésto les sucedió á las señoras mujeres de la fábrica. ¡Son muchas golosinas las que trujiste para digerirlas así de pronto! Mira tú que ponerles en la bodega hasta trampitas pa cazar moscas, cuando hay alguna de esas mozas que se deja picar por un alacrán y no lo siente!...

—Qué idea tan miserable tuviste siempre de las mujeres, *Palangrero!* Para tí no hay en el mundo más que sidra y política.

—¡Es verdá! Son las únicas hembras que me tiran con fuerza, ¡recontra! Las demás...

—¿Las demás, qué?

—Pues las otras, Luisico, como el tabaco, ni más ni menos: lo enciendes... arde bien...

pues chupa el tiempo que arda y luego tira la colilla, y en paz; y mejor písala pa que se apague pronto y no cause daño: ¿me entiendes tú?

—De sobra. Mira éste que viene, que guapo es.

—¡Bueno de verdá! pero cuida de no volverme á embetunar, ¿eh?

El agua de esmeralda estaba muy clara, y allá en el fondo, aferrado en los alfileritos de la *mafañera,* que parecía araña de alumbrado de una casa de muñecas, venía el calamar debatiéndose como una masa informe y fosforescente; á medio metro de la superficie soltó la tinta, que fué difundiéndose en las ondas saladas á manera de una madeja de lana negra; después volvió á aparecer otra vez el animalejo, del que se distinguían ya los ojos como dos cabezas de alfileres de azabache; Luis le izó esta vez hábilmente hasta el bote, embarcándole sin más tropiezo; luego torció la *mafañera* de un sólo golpe seco, cogiéndola por el extremo superior; y el calamar se *estrapalló* sobre las tablas del bote. Allí se encojía y se dilataba, cambiando de colores como el camaleón, y produciendo un sonido semejantísimo al gargajeo de los ancianos asmáticos; parecía de talco ó celuloide; á través de la capucha se transparentaban los demás órganos.

Volvió *Mafañera* á echarla en el agua y, dale que le das, seguía moviéndola distraido, como si acompañase con aquel vaivén la resaca de sus propios pensamientos.

Palanqrero continuó su charla.

—Y mira tú, ya que tocamos el punto del mujerío, déjame que te abra el pecho; aquí estamos solos, esta tarde te vas de La Espina, y Dios sabe si volverás...

—Volveré pronto, si antes no me muero.

—Dios no lo permita, hombre, en muchos años; y cuando te llegue la hora, mejor que sea en La Espina que en otra parte. No se debe dormir mal allá arriba, de cara al Cantábrico, y cerca del Cristo, en familia con los de uno. ¡Es verdad! Pero ¿quién piensa ahora en eso?

—Dí lo que ibas mascullando.

—Digo, y si te ofendo quiébrame esta cabezota más dura que el Cabo de Probas, que también una mujer es la causa verdadera de que te vayas del pueblo...

—Cierra el pico y no me toques ese punto.

—Déjame hablar; si no, me ahogo; ya no me cabe el pecho en el elástico, ¡recontra! ¿Tú la quieres y te *presta*?... porque «*zapica* que non llena, non merez la pena»... pues alantre; engancha con la moza y á *galdear* por el mundo, que edad teneis de ello y aparejo te sobra.

Y como *Palangrero* aguardase en vano la respuesta, siguió impertérrito, mientras Luis continuaba también moviendo como un sonámbulo el bramante de la *mafañera* de derecha á izquierda.

—Como buena y honrá lo es, como lo fué tu madre que esté en gloria, y me parece que no puedo ponerla más alta, porque la izé hasta el camarín mesmo de la Virgen del Rosario, nuestra patrona. Bonita... no lo son tanto las rosas de mayo, y cuenta que ésto pa mí es lo que menos importa cuando *tocan á ñeru,* porque, hijo, al mes de casaos toos los piscaus le saben al hombre lo mesmo; ¿tú me entiendes? Las *xardas* como el mero, y el salmón como las sardines. Luego que la muchacha, vela á buscar más *dirna* y con tanta vergüenza después de haber pedío limosna de puerta en puerta. ¿Quién haría lo que ella hizo? Venir días pasaos á decirme que ya no tenías que pagarle la habitación en la calleja de la Marina...

—¿Por qué?, vamos á ver.

—No te sulfures hombre, que la razón pesa y tiene el mejor fundamento en la entraña misma de la nobleza; porque dice que saca ya lo necesario *filando* pa los palangres y tóo lo demás preciso al alimento y vestimentas de ella y del abuelo.. ¡Vamos, hombre; que esto es canela de la fina!

—Yo creo que es orgullo. ¿Por qué no bajó ella á decírmelo á la fábrica? ¿Por qué me lo callaste?

—Porque pensaba reducirla á que no se diese tal paso, que había de cosquillearte, ¿estamos? y luego... Pero, hablemos claro: los dos estais como aquel hambriento vanidoso que pasó por una tahona, le dió vaho de *fornada* en las narices y, como no llevaba una *perrina* en bolsu, iba diciendo: ¡Fó, como jiede á pan! Desde aquellos cuentos que trujo doña Cara el primer día que te levantaste del llechu, debió de haber algún mal entendío, y parece que los mismos demonios enrearon la *sedeña*. La culpa primera fué tuya, que no hablaste á la *Andarica* directamente del caso, sin nombrar embajadora á la boticaria, cuya lengua parece la hélice de una fregata. La alejas de á bordo porque si dicen ó si cuentan, y luego comienzas á rondarle la calle.

—¡Yo!

—¡Anda! no te he visto pocas veces por bajo de la cuesta de la *Formiga* mirando embobao cómo *filaba*, y otras seguirla desde lejos cuando iba por agua á la fuente de Saltarúa. No machaques, ¡recontra! Te vas de La Espina dejando á la *Andarica* más enamorá que tórtola en celo, y cuando tú te derrites también por ella y sin haberos dicho dos palabritas de caramelo; no lo nie-

gues. ¿Querías quizás que viniese á arrojarse á tus pies después de haberla despedío sin una palabra de consuelo, en pago de haberte cuidiao como una madre? Y no le hablaste por miedo, ¿estamos?, y porque ya la querías. ¿Que huyó de tí cuando luego la buscaste querencioso?... *Dirnidá* y vergüenza, y no más que *dirnidá*. Tan y mientras, Buitrago la persigue como la su sombra.

El bramante de la *mafañera* comenzó á temblar en las manos de Luis, como si éste tiritase.

Palangrero le miraba con el rabillo del ojo.

—Y sábete que he visto dos ó tres veces al oscurecer, ocultándose en la *carballera*, al maestro de escuela y á la *Trazona* en apartes mu tiraos. Á ver si anda maquinando alguna infamia esa *xente* contra la muchacha; ahora sube al hórreo de la cuesta algunas veces pa ir bajando los trastucos que allí dejó, á los que dice que tiene mucha ley. La bruja revuela por aquellas alturas, y «quien fai un cestu, fai cientu, si i dan banielles y tiempu». En fin, dígote que la desamparas cuando puede que más necesite de tu sombra... y tóo por no explicaros claro, ¡recontra! Piensa bien lo que te digo; deja el viaje para dentro de unos días, güelve á dar tus poderes á doña Cara, y luego, luego á la mar de cabeza; quiero decir, salta con tu

gusto y haz feliz á ese angeluco de Dios, pronto, que «colada y casamientu quier escalientu». Pero yo, dale que le das á la lèngua, más que doña Cara, y tú callao como una ostra, ¡recontra! ¿Qué me dices?

—Que bastante has disparatado ya y bastantes *mafaños* van cobrados. Conque proa á tierra, y ¡avante... avante siempre! Decidido tengo salir hoy de La Espina para seguir estudiando algo relativo al negocio de la fábrica, y no he de volverme atrás, Dios sobre todo, para ocuparme en otros asuntos mucho más complicados.

Y Luis Bravo fué cobrando bramante y, á bordo ya todo el aparejo, lo relió con mano febril en un corcho, clavando por fin en él la *mafañera*.

Cada cual empuñó un remo, y preocupados y silenciosos bogaron con rumbo al puertecito.

El viejo Patrón, con el alma anegada de amargura, iba pensando: si me hubiese oido la *Andarica,* habría visto que puse toa la carnaza en el anzuelo pa darla gusto; pero á éste parece que los dineros le enfriaron el corazón una miaja.

Por lo que hace á *Mafañera,* como chico voluntarioso y tozudo, en su interior daba la razón á *Palangrero* sin querer confesarse vencido. Sentía que sin la *Andarica* todo le faltaba, pero le hería la altivez de la joven;

pensaba que se encontraría en ridículo casándose con ella, pasada la luna de miel, y le horrorizaba que sacase alguna veta de sus padres. Decididamente, huir de La Espina era lo más cuerdo.

De empresario tronado, que ofrece á su compañía volver con dinero fresco, fué la despedida de Luis Bravo: triste, fría, sin lágrimas ni aplausos, como extreno de una comedia mediana. Más fueron los que se alegraban del fiasco de aquel ensayo que los que compadecían sinceramente al autor. *Mafañera* estrechó muchas manos lacias, y devolvió otras tantas sonrisas enigmáticas antes de subir al carricoche; abrazos y cariño, los hubo sólo con los boticarios y con *Palangrero*. La *Andarica* formaba con ellos, muy pálida, y sonreía también; el *Canillón*, postrado é imbécil, no salía ya de su cuarto, cuando le tocó el turno á Pepina, alargó á *Mafañera* la punta de los dedos, murmurando: «que lleve feliz viaje, y Dios le pague lo que hizo por nosotros».

Luis Bravo subió al cochecillo y, á buen trote, se perdió pronto de vista por la nueva carretera que conduce á Xixia.

XXII

Más vale llegar á tiempo que rondar un año.

Tres kilómetros llevaba recorridos cuando comenzó á obscurecer. Luis Bravo puso entonces la jaquita al paso, abandonó las riendas y se sumergió en hondas meditaciones, dándoles mil vueltas á los rústicos discursos de *Palangrero*.

«¡Qué triste verdad es, se decía, que hacia el ideal debe caminarse indefinidamente, pero no se llega jamás! Y no lo es menos, como asegura Sanz y Escartín, que quien aspire más que al aplauso del vulgo, á la verdad y al bien social posible, ha de rendir por fuerza pleito homenaje á esa ley, tan cierta en la naturaleza como en la sociedad, según la cual sólo es duradero lo que mediante una evolución moral se adapta al medio ambiente; no lo violento ni lo prematuro. Para el establecimiento de la nueva industria volví quizás demasiado pronto á La Espina; para el asunto de la *Andarica* un poco tarde».

En la marisma junto al camino, un rapaz se entretenía toreando á una cabrita blanca; colgado de un cable pendiente de una pértiga secadero de redes, iba y venía meciéndose y dando puntapiés en los cuernos al animalillo, que le embestía furioso. *Mafañera* se detuvo un momento celebrando la ocurrencia del chico y envidiándole; con gusto se hubiese cambiado por él.

La jaquita, abandonada á su instinto, iba y venía mientras tanto de un lado para otro de la carretera. Medio retozando y sin llevar un paso uniforme, se paraba de pronto en seco, ó arrancaba con un trotecillo cochinero. Como á causa de semejantes alternativas solía interrumpir bruscamente las cavilaciones de su dueño, la castigó éste con dos enérgicos latigazos, pero sin cuidarse al mismo tiempo de refrenarla. Y aconteció que en la violenta huida, la bestezuela arrastró el carricoche hasta la cuneta, donde volcó, quebrándose nada menos que cuatro rayos de la rueda derecha.

Luis Bravo fué á dar en un talud, y salió del lance sin un arañazo ni el más pequeño magullamiento.

¡Estaba de Dios que había de volver al pueblo! *Mafañera* confió la custodia de su tren al dueño de un ventorro cercano, y anda que anda, sobre sus pasos, llegó al comienzo de la cuesta de la *Formiga,* y por

ella se aventuró, abandonando la carretera sin tener para nada en cuenta que «no hay atajo sin trabajo».

La luna acababa de salir. Gozoso porque la Providencia ó la casualidad le conducían, sin haber puesto él nada de su parte, á la realización de su deseo más ferviente, coronaba ya *Mafañera* la larga y penosa cuesta, cuando sintió una voz angustiadísima y como apagada que pedía socorro. Miró entonces muy sobresaltado de una parte á otra; á la derecha surgía un grupo de casucas ruinosas y abandonadas, en medio de las cuales reconoció Luis el hórreo que había servido de refugio á la *Andarica* y al *Canillón* cuando pedían limosna. De allí, sin duda alguna, partían las voces, que volvieron á escucharse aún más angustiosas. Por el lado del pueblo se sentía al mismo tiempo que alguien se acercaba corriendo. Á *Mafañera* se le erizaron los cabellos; no cabía duda, era la *Andarica* quien pedía socorro. La escalera para subir al hórreo estaba apoyada en un árbol cercano; *Mafañera* se apoderó de ella inmediatamente, después de gritar con toda su alma:

—¡Ánimo, *Pepina*, ánimo; defiéndete y no temas, que aquí estoy yo; quítate de detrás de la puerta!

Las voces cesaron por encanto; Luis Bravo apoyó la escalera de mano sobre la trave

principal, y subió al hórreo en dos zancadas. Un instante después la puerta caía hecha astillas. Entonces se sintió que por la espalda, aprovechando un ventanuco ó portillo del *colondrame,* se descolgaba alguien precipitadamente; luego la voz de *Palangrero,* sin aliento, que gritaba:

—¡Ah, ladrón, no te me escapas!... ¡Date, date!... ¡Á ese, á Buitrago el asesino!—Y por fin nuevas carreras.

Después todo volvió á quedar en silencio.

Luis Bravo, con el frío de la muerte en las venas, avanzó en la obscuridad del hórreo agachándose y con los brazos extendidos hacia delante.

Un piadoso rayo de luna acudió solícito á ayudarle en sus pesquisas, filtrándose por la brecha abierta en el *colondrame.*

En un rincón estaba la *Andarica* desmayada, no se sabe si de terror ó de felicidad.

Luis Bravo bajó las escaleras con su preciosa carga; la jóven abrió entonces los ojos, y sin hacer la más insignificante alusión á la infame encerrona, y recreándose en *Mañera,* le dijo muy bajito:

—Huías de mí, y el Santísimo Cristo te trujo para salvarme... Ahora, sigue tu camino si quieres... ¡Avante, avante siempre! Yo ¿qué valgo para detenerte?

—¡Llucerín de la mañana, luz de mis ojos! ¡Abandonarte yo más! Nò lo permitan los cie-

los... Sí; ¡avante, avante siempre! Contigo me quedo, amor de mi vida, y no es retroceder, porque navego avante ¡avante siempre! puesta la proa por primera vez hacia la felicidad.

Sonó un doble beso, y detrás de unos zarzales se escucharon rumores como de reptil que escapa; era la *Trazona;* la impotencia y la envidia royéndose las uñas de desesperación.

Entre tanto las estrellas y las luciérnagas brillaban con más vivos resplandores.

«Acabóse».

NOTA

de algunas voces y frases bables empleadas en «¡Avante!» (*).

Abafar, v.—«Echar l' alientu á la cara d'algún».

Abertal, aj.—Campo abierto sin cercas y también sin cultivo, cubierto de maleza.

Ablanes, f.—Avellanas.

Aguilandero, por Aguinaldero. (Usado en las Arriondas.)

Aguión, m.—... «el machu de la andarina».

Alezna, f.—Erizo de mar. (Candás.)

Alitorda, f.—Mujer levantística, jovial.

Amentar, v.—«Fazer amentaciones rezando y llorando ena iglesia pe los defuntos...».

Amolar el diente.—Abrir el apetito.

Añando, gerundio de *añar*.—Balancearse al andar.

Apigazar, v.—Descabezar el sueño dando cabezadas, echando pigazos.

(*) Los artículos que no llevan autoridad, entiéndase que están tomados á la letra del *Vocabulario* de don Apolinar de Rato y Hevia, Madrid, 1891.



Arbeyos; arbeyus, m.—Guisantes.
Atopecer, v.—Obscurecer.

Balagar, m.—Montón grande de yerba ó paja seca. Almiar pequeño.
Banielles, f.—«Les ripies de castañal para facer cestes.»
Benita. —Grano. (General en Asturias.)
Bigaru.—Bígarro.
Bolera.—Juego de bolos.
Boroña.—Borona.
Brañas.—Lugares donde habitan los *vaqueiros de alzada,* acerca de los cuales, entre nosotros hizo detenidos estudios antropológigos, sobre el terreno, don Manuel Antón y Ferrándiz en 1898.

Cachada, f.—Gran trago de agua ó de sidra tomado sin respirar.
Cachapa.—Bolsa de madera, que cuelgan los labriegos, por un gancho, de la pretina, dentro de la cual llevan la piedra de afilar la guadaña. (Covadonga.)
Cachón, m.—Ola espumosa y rugiente. Oleaje.
Calavia, f.—Asa ó cogedera de ferrada ó balde.
Calderón, m.—El pez delfín.
Cangru, m.—Piojo.
Canillones.—Tiburones.—(Candás.)

Cantín, m.—Punta del pan con corteza.
Cantu.—Canto, guijarro.
Canxilón.—Tazo de bronce dorado con el que se saca el agua de la herrada. (Candás.)
Carbayera, f.—Robledal.
Carbayo, m.—Roble.
Carbayón.—Roble grande y viejo.
Carquexas.—Algas marinas. (Gijón.)
Carrizo, m.—Pájaro muy pequeño, de mucha vivacidad, de color pardo, que vive en los vallados.
Casa de piso.—Casa mata; en ellas suelen establecer ventorrillos. (Asturias.)
Cay, m.—Muelle.
Celleru, m —Huerto de poca extensión.
Cenoyu, m.—Hinojo.
Centollu.—Centolla.
Colondrame.—Cuerpo central del hórreo.
Compaña. —Tripulación. (Candás.)

Chigre, m.—«Tiendes de bebies al pormenor». Taberna de sidra.

Daqué, pron.—Algo.
Días de gües.—Medida de tierra: 16.000 pies cuadrados; y en otros concejos, menos. («Tiene tantos *días de gües...*» como «Posee tantas fanegas de tierra.») (Asturias.)

En' luxes, de *enluxar,* v.—Ensuciar.

Escalientu, m.—«Ye un poco de fuenu entre zeniza...»

Escayo, m.—Especie de un espino silvestre.

Es mucha persona.—Es un hombre fuerte.

Espicha.—Apertura de un tonel de sidra nueva. Suele anunciarse en los periódicos. «En casa de fulano habrá espicha el sábado». Porque «la sidra, de la pipa á la tripa». (Oviedo, Gijón.)

Espinela, f.—Espino blanco.

Estrapallar, v.—«Facese torta, estrapallase un contra el suelu si cai de muy altu... les peres y los figos cuandu caen maduros.»

¡Es verdad!—Exclamación ó estribillo de uso muy frecuente en Asturias.

Felechu, m.—Helecho. «Tierra de felechu, ye de provechu.»

Ferrada.—Herrada.

¡Fo!, v.—Fué. Exclamación producida por el mal olor.

Fuelgu, m.—Descanso.

Galdear, v.—Bolichar.

Gochu.—Cerdo. (Asturias.)

Güeyu, os, m.—Ojo.

Laina.—Diminutivo de Eulalia. (Asturias.)

Llámpara, f.—Lapa.

Llamuerga, f.—Lodo sucio y fétido.
Llangostino.—Langostino. (Candás.)
Llar.—En sentido figurado, hogar. (Asturias.)
Llucerín.—Lucerito. (Candás.)

Macona.—Canasta de tamaño mediano, construída con ripias de castaño ó de avellano. (V. *Macón*, en Rato.)
Mafañera.—V. en el tomo IV, lám. 85, fig. 2.ª, del «Diccionario histórico de la pesca», de Sañez Regnart.
Moña, f.—Borrachera.
Moza de cama.—Ramera. (Candás.)
Muertos.—Estanquitos para salar el pescado. (Candás.)
Musión, m.—Marisco bivalvo, llamado *morcillón* en Málaga.

Nisal, les.—Cierta planta silvestre. (Candás.)
No hay inconveniente.—Por «Pierda usted cuidado». (Candás.)

Ocla, f.—Hierba marina.
Orbayar, v.—Caer agua menuda. Chispear.

Paisanu.—Aldeano.
Paniega, f.—Planta perjudicial en los prados. («La tierra de la ortiga ye pa la mio fia; la de paniega pa la mio nuera». Refranes asturianos coleccionados por D. Fermín Canella.)

Panizal, m.—El hervor de la sidra al escanciarla.

Pardiella.—Ave marina. (Candás.)

Patexa.—Cangrejo de mar. (Candás.)

Paxa.—Especie de cesta plana en la que se lleva el pescado. (Candás.)

Pedreo.—Playa pedregosa. (Candás.)

Perrina.—«Perra chica». Cinco céntimos. (Gijón.)

Perrona.—«Perra grande». Diez céntimos. (Gijón.)

Piaña.—Especie de centolla. (Candás.)

Pinxapo.—Pececillo del Cantábrico. Los *escamones* se comen; los *mormones* no. (Candás.)

Pitus.—Plural de *pitu, ta.*—Pollo, polla.

Presta.—De *prestar,* v. Servir, agradar. *No me presta* = no me sirve. *Prestó mucho* = agradó, fué muy útil.

Pumarada.—Pomarada. (Asturias.)

Punta nablero.—Gran temporal; galerna. (Candás.)

Raba.—Huevas de bacalao.—«Les oeufs forment *la rague,* l' appât indispensable aux pêcheurs de sardine». (Meurtrière, «Conquê) te de la morue à travers le monde».—Charles Rabot. «Lectures pour tous», Janvier, 1901, página 325.)

Rabisca, f.—Yegua ó vaca montaraz que no está domesticada.

Rameres.—Plural de *ramere,* ramera, joven soltera y virtuosa, nombrada por el cura para recolectar el *ramo* ó cuestación en ciertas romerías asturianas, con objeto de costear al año venidero las *xatas* ó terneritos que se rifan en aquéllas en beneficio de la Iglesia.

Rapazucu.—Diminutivo de rapaz.

Remocicado.—Rejuvenecido. (Oviedo.)

Respigu, m.—«La flor que brota en lo alto del maíz.» (Cf. Rato.)

Rueñu.—Rueño. (En Cangas de Tineo, Corra y Corrita).

Sacabera, f.—Reptil venenoso.

Saín, m.—Aceite de sardina ó de ballena (también de bonito) del que se hacía uso para amechar los candiles.

Salmoria.—Salmuera; agua de mar. (Candás.)

Santina.—Llaman así en Asturias á la Virgen de Covadonga.

Sardu.—«Tejido de mimbres que se coloca sobre el *llar* para abrigar la cocina, y donde se colocan las avellanas para turrar.»

Sarrio, m.—Hollín de chimenea.

Secaño.—Gran bebedor de sidra. (Oviedo.)

Sedeña, f.—Sedal para pescar.
Sonsañar, v.—Hacer burla.
Sueya.—Pez. (Candás.)

Tangarte.—Cubito de madera, una de cuyas duelas se prolonga fuera del círculo superior, sirviendo así de agarradero. (Candás.)
Tendejón.—Cobertizo. (Caldas de Priorio.)
Tocar á ñeru.—Frase que se emplea cuando los enamorados se inclinan al matrimonio.
Tomar el cuarterón.—Como «tomar las once»; un cuartillo de vino blanco de Castilla. (Oviedo.)
Trébole.—Trébol. Canción muy popular en Asturias.
Trollera.—Como «rancho», en el sentido de cierta cantidad de pescado del mismo género. «Un rancho de boquerones...» pregonan por las calles de Málaga. (Candás.)
Truel.—Red, á modo de las mangas para cazar mariposas. (Candás).

Vaqueiros de alzada.—V. *Brañas.*
Vasa.—Cieno que queda en la arena ó en la dársena al retirarse ó vaciar la mar.
Viesco.—Monte bajo.

Xabrones.—Olas furiosas. (Candás.)

Xarda.—Caballa.
Xorra.—Lombrices que se sacan de las peñas que cubre el mar, para meter en los anzuelos de la caña de pescar.

Ye.—Tercera persona del presente de indicativo del verbo ser. (Asturias.)

Zapica, f.—Instrumento de palo para beber sidra en los lagares.

TABLA

Págs.

Cubierta. Título.............................. »
» Principales obras del Conde de las Navas.................... »
Hoja en blanco.............................. »
Anteportada.............................. I
Portada.............................. III
Tirada y propiedad.............................. IV
Dedicatoria.............................. V
I.—Desde las bambalinas.............. 1
II.—Pescando esquilas.................. 8
III.—El chigre de Prendes............... 21
IV.—Laína y Mafañera.................. 29
V.—Los padres de Laína.............. 34
VI.—A coger el trébole.................. 40
VII.—Sardinas con raspa.................. 47
VIII.—La cueva de las perlas............. 54
IX.—Desde la trainera á la fundición...... 67
X.—Desde la fundición á América........ 79
XI.—La fiesta de los patos.............. 93
XII.—Sardinas en fresco y escabechadas... 104
XIII.—La romería del Cristo.............. 115
XIV.—Bien vengas, desgracia, si vienes sola. 130
XV.—Antecedentes y consiguientes........ 141
XVI.—Palangrero factotum................ 153
XVII.—Alegrías y cavilaciones............. 163
XVIII.—Visto y soñado.................. 173
XIX.—Elecciones y aguinaldos............ 182
XX.—El gran Galeoto................ 192
XXI.—La última pesca................ 201
XXII.—Más vale llegar á tiempo que rondar un año...................... 214
Nota de algunas voces y frases bables empleadas en ¡AVANTE!.............. 219
Tabla.............................. 229
Colofón.............................. 231
Cubierta. (Cuarta plana.) En preparación. »

COLOFON

Hízose la impresión
de la novela titulada ¡AVANTE!.
en Madrid
en la Tip. de la «Revista de Archivos,
Bibliotecas y Museos»,
y se acabó de imprimir
el día 30 de Junio
de 1904
años.





